

Mas allá de lo humano la trascendencia como salto evolutivo.

Sinuhe Garcia.

Cita:

Sinuhe Garcia (2024). *Mas allá de lo humano la trascendencia como salto evolutivo* (Tesis). Instituto del Pensamiento de CG Jung, Puerto Vallarta, México.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/sinuhe.garcia/4>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pbrv/SvH>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Más allá de lo humano: La trascendencia como salto evolutivo

Sinuhe Ulises García Reynoso

2024

Contenido

1. Introducción	5
1.1 De la materia a la mente.....	6
1.2 El legado del cosmos.....	16
1.3 El cosmos reflexivo.....	22
1.4 Espacio, tiempo y forma.....	38
2. Arquetipo, crisis y psicosis colectiva.....	59
2.1 Matriarcado vs Patriarcado.....	75
2.2 El viaje del héroe femenino.....	112
2.3 El héroe solar.....	129
3. Arte y espiritualidad.....	144
3.1 El camino alquímico de transformación a través del arte.....	160
4. Conclusiones	179
Referencias.....	181

Resumen

La conciencia es una parte fundamental de la naturaleza, como ya intuían las antiguas religiones y filosofías. En tiempos modernos, los investigadores sugieren que no es solo un epifenómeno de la evolución de la materia; es, en esencia, una manifestación entrópica que danza y se regula conforme el tiempo se despliega libremente por el espacio. La conciencia emerge de grandes eventos físicos que siempre han existido en el universo, como sucesos cósmicos interconectados que susurran en silencio las leyes del ser. Estos parámetros de la realidad operan como piezas precisas de un mecanismo universal aún por descifrar en su totalidad, tejiendo juntos los hilos invisibles de nuestra existencia.

Nuestro cerebro, entonces, es un caleidoscopio de pulsos vibrantes: oscilaciones cerebrales, pulsiones libidinales y motivaciones anímicas que se transmiten como una “realidad”, creando un mundo fenomenológico que se entrelaza en los mitos. Desde la concepción del tiempo hasta la creación de sociedades tecnológicas, los arquetipos han forjado un espacio donde la imaginación y la percepción se funden, moldeando nuestra existencia y dándole forma a nuestra realidad.

Este artículo propone un viaje imaginativo a través de la historia universal, desde el Big Bang hasta los primeros destellos de creatividad que dieron forma a la civilización tal como la concebimos hoy en día. Considera la perspectiva neurobiológica, psicológica y cultural para intentar comprender la estrecha relación del hombre con su entorno a través de la interacción entre cerebro, mente, conducta y cultura.

Palabras clave: Astronomía, Mitología, Historia, Antropología , Psicología Analítica.

Abstract

Consciousness is a fundamental part of nature, as the ancient religions and philosophers already intuited. In modern times, researchers suggest that it is not just an epiphenomenon of the evolution of matter; it is, in essence, an entropic manifestation that dances and regulates itself as time unfolds freely through space. Consciousness emerges from great physical events that have always existed in the universe, like interconnected cosmic phenomena that silently whisper the laws of being. These parameters of reality operate as precise components of a universal mechanism yet to be fully deciphered, weaving together the invisible threads of our existence.

Our brain, then, is a kaleidoscope of vibrant pulses: brain oscillations, libidinal drives, and animistic motivations that transmit themselves as a “reality,” creating a phenomenological world that intertwines with myths. From the conception of time to the creation of technological societies, archetypes have forged a space where imagination and perception merge, shaping our existence and giving form to our reality.

This article proposes an imaginative journey through universal history, from the Big Bang to the first sparks of creativity that shaped civilization as we conceive it today. It considers the neurobiological, psychological, and cultural perspectives to attempt to understand the close relationship between humans and their environment through the interaction between brain, mind, behavior, and culture.

Keywords: Astronomy, Mythology, History, Anthropology, Analytical Psychology.

1. Introducción

La historia de la conciencia humana es tan enigmática como el origen de nuestro universo, una relación profunda entre el cosmos y la psique que nos revela nuestra naturaleza como contenedores del infinito, encarnaciones de grandes fuerzas cósmicas descritas desde tiempos antiguos en figuras mitológicas. Al explorar el vasto universo, nos encontramos con su inmensidad y con nuestros propios límites, reconociendo que quizás solo somos un estadio de la conciencia cósmica, iniciado con la complejidad de la vida y que evoluciona ahora con nuestra indagación de la realidad. Nuestra próxima etapa no será simplemente humana, sino una faceta trascendental que se extiende más allá de lo terrenal. El próximo salto evolutivo no serán agallas, alas o cuellos largos, sino un estado de conciencia superior que nos permita anticipar los peligros imaginarios que ponen en riesgo la continuidad de nuestra especie. Confinados a conflictos intelectuales y dilemas morales que nos confrontan con grandes amenazas a nuestra estabilidad psicológica. Sea cuáles sean las futuras amenazas que enfrentemos en nuestro desarrollo como civilización, allí encontraremos los recursos para afrontar los peligros de confrontar nuestra propia irracionalidad. Evolucionar o extinguirnos: esa es la cuestión.

1.1 De la materia a la mente

Desde el instante primordial del Big Bang, cuando toda la energía y el espacio se concentraron en un único punto infinitesimal, se trazó el camino hacia la vida y la conciencia. Las constantes cósmicas, definidas en esa fracción inicial del tiempo, establecieron un universo con reglas precisas: el tamaño de los átomos, el peso de los protones y la velocidad de la luz crearon el escenario necesario para que la vida consciente pudiera surgir. A partir de allí, el tiempo comenzó a transcurrir libremente en el espacio, dando forma a las estructuras ordenadoras que configuraron nuestra realidad.

En cosmología, el ajuste fino del universo señala que las condiciones necesarias para la vida solo son posibles si ciertas constantes fundamentales tienen valores extremadamente precisos. Incluso mínimas variaciones en estas constantes impedirían la formación de materia, estructuras astronómicas, diversidad elemental o vida. Ejemplos de estas constantes incluyen:

- **Constante de gravitación universal (G):** determina la intensidad de la gravedad y la curvatura del espacio-tiempo.
- **Velocidad de la luz (c):** es la velocidad máxima de propagación de señales o partículas, relacionada con G y la masa del electrón.
- **Masa del electrón (m_e):** fundamental para la estructura atómica y nuclear de la materia.
- **Constante cosmológica (Λ):** vinculada a la energía oscura y la expansión acelerada del universo.
- **Constante de estructura fina (α):** mide la intensidad de la interacción electromagnética entre partículas cargadas y la luz.

- **Constantes cuánticas, como la constante de Planck (h):** rigen fenómenos cuánticos, como la emisión de radiación.

Hasta ahora, los científicos han identificado aproximadamente 20 parámetros fundamentales que determinan las fuerzas, estructuras, dinámicas y evolución del universo. Según nuestro conocimiento actual estas constantes son clave para comprender cómo se ha configurado el cosmos y su capacidad para albergar vida.

En los primeros segundos del universo, la temperatura superaba el billón de grados y la energía se manifestaba solo como radiación. Diez segundos bastaron para que se formaran las partículas elementales, y en quince minutos, los núcleos de hidrógeno y helio, cimientos de las futuras estrellas, emergieron en una proporción de cuatro a uno. Pasados 10.000 años, el universo se enfrió lo suficiente como para permitir la formación de los primeros átomos de hidrógeno. Luego, 400.000 años después, esas nubes de hidrógeno se condensaron y dieron lugar a las estrellas y cúmulos que formarían las galaxias.

Hace 11.000 millones de años, la temperatura del universo descendió a 3.000 grados, permitiendo la formación de las primeras estrellas. En sus núcleos, la fusión no solo emitía luz, sino que también generaba los elementos químicos que hoy forman la Tierra. Las explosiones de estas estrellas enriquecieron el espacio con nuevos elementos, dando lugar a estrellas de segunda generación, como el Sol, que comenzó a brillar hace 5.000 millones de años, en un universo ya enfriado a aproximadamente -100 grados Celsius.

Los campos gravitacionales de los planetas y la fuerza de la gravedad fueron fundamentales para la formación del sistema solar. La gravedad fue la fuerza que unió trozos de materia para

formar los planetas, lunas y estrellas. La hipótesis nebular, desarrollada en el siglo XVIII, explica que el sistema solar se formó a partir del colapso gravitacional de una nube molecular gigante. De estas estrellas y de la evolución de sus elementos surgió la Tierra, inicialmente una masa incandescente. Al enfriarse, se formaron océanos y mares. La aparición de la capa de ozono y del campo magnético terrestre creó las condiciones necesarias para que surgieran compuestos orgánicos y, con ellos, la vida.

Hace 3.500 millones de años, la vida emergió en un proceso de evolución que condujo a los trilobites, moluscos, crustáceos, peces, anfibios y reptiles. Pasarían 6 millones de años para que, en África, surgieran los primeros homínidos: los Australopithecus. La evolución favoreció el desarrollo de la postura erguida, liberando las manos y potenciando la observación y la capacidad de manipulación, correlacionadas con el incremento de la complejidad cerebral.

2,5 millones de años después, apareció el Homo habilis, una especie que ya no pertenecía al género Australopithecus. Con su mayor capacidad craneal y su habilidad para fabricar herramientas, inició la Edad de Piedra. La adaptación y la invención fueron esenciales cuando, hace aproximadamente 2 millones de años, durante la glaciación, surgió el Homo erectus, el cual sobrevivió, entre otras cosas, porque aprendió a valerse del fuego. Por aquel entonces, no sabía producirlo ni controlarlo, sino que lo encontraba cuando un rayo incendiaba un árbol. Cuando descubrió su gran poder, aprendió a conservarlo como algo sumamente valioso.

A lo largo de las glaciaciones, el Homo erectus perfeccionó la caza en grupo y sobrevivió, en parte, gracias a su capacidad de comunicarse, mientras otras especies sucumbieron. En la tercera glaciación surgieron el Homo sapiens y el Homo neanderthalensis, con una capacidad craneal que

triplicaba la de sus predecesores. La evolución no solo fue cuantitativa; también implicó cambios cualitativos en la estructura cerebral.

Los descubrimientos de fósiles, como el Homo naledi, hallados en 2013 en Sudáfrica, revelaron comportamientos simbólicos que antecedieron en 100.000 años a los rituales de los Homo sapiens. El Homo naledi enterraba a sus muertos con sumo cuidado, colocando los cuerpos en posición fetal, acurrucados y cubiertos con tierra. Este acto simbólico ha dejado perplejos a los científicos, pues se considera uno de los primeros entierros fúnebres conocidos por el hombre.

Estos actos, al igual que las marcas en las paredes, sugieren un incipiente sistema de creencias y una percepción abstracta del entorno. Diversas especies de Homo coexistieron durante milenios. Sin embargo, hace 40.000 años, el Homo sapiens se convirtió en el primer poblador de Australia y, hace 35.000 años, mostró su supremacía cultural en el arte prefigurativo del Paleolítico Superior. Este arte, indicativo de un pensamiento abstracto, marcó la transición hacia un lenguaje articulado que mejoró la colaboración en actividades cruciales.

Con el tiempo, el Homo sapiens, ahora único en su género, desarrolló mitos y rituales. La percepción del Sol, la Luna y las fuerzas naturales como entidades con voluntad propia dio paso a los primeros mitos, reflejando el temor y la fascinación ante lo desconocido. Así, el lenguaje, la cultura y la espiritualidad tejieron los cimientos de una humanidad que, desde su vulnerabilidad ante el cosmos, buscó comprender su lugar en él.

El surgimiento del pensamiento abstracto priorizó la existencia de relaciones afectivas entre padres e hijos. Las conductas parentales fueron cruciales, ya que unas crías completamente indefensas no podían sobrevivir sin una dosis significativa de cuidado y amor. Probablemente,

estas crías fueron las primeras en llorar y reír como un recurso para mantener la atención de sus padres.

Estas relaciones afectivas también debieron mantenerse entre los adultos, extendiéndose a otros miembros de la tribu, lo que generó vínculos más profundos. Así, llegaron a sentir el dolor de la muerte y buscaron proteger los cuerpos de sus fallecidos para evitar que fueran devorados por fieras. De este modo, surgieron los primeros rituales simbólicos y, con ellos, las primeras formas de religión y mitología.

Aunque cada cultura, crea sus propios mitos, existen marcadas similitudes entre los mitos de diferentes culturas, lejanas en el tiempo y el espacio. El origen de los mitos refleja el deseo humano de comprender el universo y encontrar respuestas a preguntas fundamentales sobre el origen de la vida, la muerte y las fuerzas que rigen el cosmos. Inicialmente, estas narraciones servían como una forma de explicar fenómenos naturales y dar sentido a lo desconocido mediante relatos fantásticos, poblados de dioses, semidioses y criaturas sobrenaturales.

A pesar de las diferencias geográficas y culturales, es notable cómo los mitos de diversas civilizaciones comparten arquetipos y estructuras similares. Un ejemplo destacado es el mito del diluvio, presente en múltiples tradiciones: el relato sumerio de Utnapishtim, la historia bíblica de Noé, el mito chino de la gran inundación, que fue controlado por el dragón Yu o el mito huichol del arca de Warakame.

La evolución de estos relatos en el contexto griego muestra cómo el mito se transformó de un sistema simbólico de creencias en una forma de religión que estructuraba la interacción con lo divino. Este proceso se enriqueció mediante la absorción de elementos culturales de otras

civilizaciones, como Egipto y Oriente, que aportaron nuevas perspectivas y prácticas al pensamiento griego.

La influencia de los mitos de Isis y Osiris en Egipto dio origen a los misterios órfico-dionisiacos en el mundo helénico. De esta búsqueda de redención a través de prácticas rituales surgieron los primeros medios de interacción con los dioses, siguiendo las complejas y arcanas reglas del culto a Dionisio. Sin embargo, las necesidades expresivas de la dinámica sociedad helénica impulsaron un progresivo desprendimiento de estas rígidas normas. Poco a poco, el mito comenzó a dar paso a la representación de problemas cotidianos de las sociedades de la época.

Así, de temas míticos y abstractos, los relatos se fueron concretando en preocupaciones más mundanas, centrándose en el ser humano y su entorno. De manera paralela, el desarrollo de la razón fue desplazando las explicaciones míticas sobre el funcionamiento del mundo y la naturaleza, dejando atrás los elementos más fantasiosos para dar lugar a explicaciones racionales, propias de la filosofía y la ciencia.

La transición del mito al logos, es decir, del relato mitológico a las explicaciones racionales, marcó el surgimiento de la filosofía como una nueva forma de indagar sobre el mundo. Los presocráticos, como Tales de Mileto y Pitágoras, introdujeron un pensamiento más crítico y empírico que, aunque conservaba ciertas conexiones místicas, se alejaba del simbolismo mítico para explorar principios universales y naturales de manera sistemática. Así, la filosofía y la ciencia nacieron con un pie en la imaginación y el otro en la razón, guiadas por el deseo de comprender la realidad.

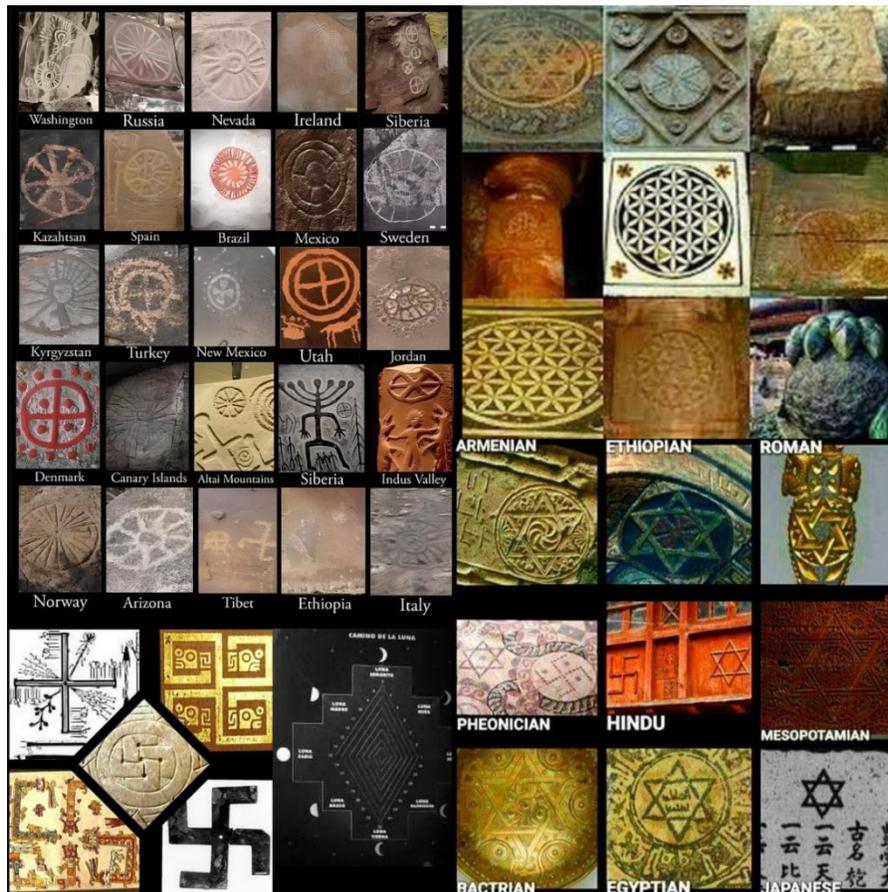
Con el tiempo, la razón se fortaleció y desarrolló herramientas como el método científico, lo que permitió a la ciencia distanciarse de las explicaciones míticas. Sin embargo, los mitos no desaparecieron. Se transformaron en símbolos y metáforas que quedaron profundamente arraigadas en la psique colectiva.

En la actualidad, aunque la ciencia ha despejado muchos misterios antiguos, esos antiguos símbolos siguen vigentes. Representan verdades abstractas y profundas que la ciencia moderna apenas comienza a explorar, recordándonos que la razón y la imaginación continúan siendo fuerzas complementarias en la búsqueda del conocimiento.

Por ejemplo, la antigua geometría sagrada revela un profundo vínculo con las formas de comprensión del universo que eran comunes en las civilizaciones antiguas. Así como los mitos fueron una manera de darle estructura y sentido a la realidad mediante narrativas cargadas de símbolos, estos patrones geométricos y símbolos universales representaban un lenguaje subyacente que iba más allá de las palabras y el pensamiento lineal, proporcionando un acceso intuitivo y directo a las verdades fundamentales de la existencia.

Para Freud, los «restos arcaicos» se relacionan con ciertos contenidos inconscientes y con el concepto de huella mnémica que él formuló, refiriéndose a rastros psíquicos heredados del pasado. Estos símbolos y formas, al aparecer repetidos en culturas de todo el mundo, sugieren la existencia de una conexión intrínseca o de patrones compartidos. Carl Gustav Jung desarrolló esta idea al proponer el concepto de inconsciente colectivo, un depósito de experiencias ancestrales comunes a toda la humanidad, donde residen los arquetipos que moldean el pensamiento y el comportamiento humano.

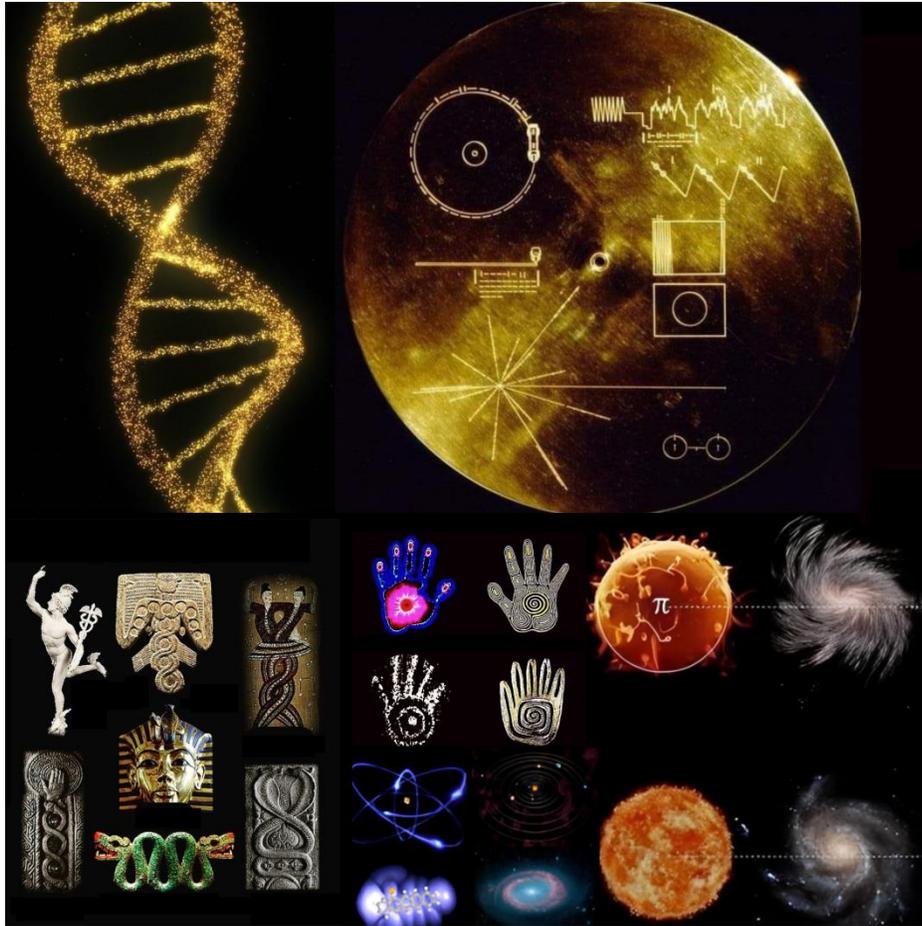
Freud postulo que los "restos arcaicos" y las huellas mnémicas representan contenidos inconscientes que se transmiten a través de generaciones como recuerdos reprimidos. Estos vestigios culturales no son accesibles directamente, pero se manifiestan en fenómenos como sueños, mitos, narraciones, arte y rituales. Por ejemplo, el uso de patrones geométricos como el punto, la línea, la espiral, y figuras regulares como el triángulo y el cuadrado, tanto en la estructura de los mitos como en la construcción de templos y monumentos, es una muestra clara de la conexión entre la estructura del cosmos, la cultura y la psique humana.



Los descubrimientos de un gran número de símbolos nos hablan de un prehistórico lenguaje escrito, presente en todos los continentes, desde la Patagonia Argentina hasta el Misisipi, desde la Europa nurágica hasta Mongolia, desde la Polinesia hasta África. Son una de las más sólidas pruebas de la existencia de un proto lenguaje escrito hace más 12.000 años de antigüedad.

A través de sus rituales y prácticas, los pueblos originarios demuestran que la comunicación no se limita a las palabras, sino que se expande a lo simbólico y lo espiritual, trascendiendo la mirada antropológica, utilitarista y racionalista. Esta es una lección que el mundo moderno ha intentado retomar, aunque de forma fragmentada y, a menudo, con un enfoque más práctico que místico. Un ejemplo de esto lo vemos en el caduceo de Hermes, un símbolo asociado con la medicina, que fue rescatado y utilizado por médicos militares en el siglo XX. Este símbolo se convierte en una expresión cultural que busca un significado más profundo, en medio de los avances científicos y tecnológicos más grandes de la humanidad.

Este deseo de conectar con lo cósmico y transmitir un mensaje más allá de nuestras fronteras también se evidencia en la exploración espacial. En 1977, la NASA lanzó las sondas espaciales Voyager 1 y Voyager 2, llevando consigo un disco de oro que contenía instrucciones en lenguaje simbólico sobre el origen de la nave y cómo reproducir el disco. Dentro de este dispositivo se encuentran las palabras de líderes de 43 naciones, lo que representa un gesto de una humanidad unida en la búsqueda de nuevas fronteras y en la afirmación de nuestra capacidad para explorar y descubrir el universo.



“El hombre es un peregrino que ha emprendido un largo viaje: partió desde la piedra, siguió adelante hacia el vegetal y el animal y ha llegado ahora hasta la etapa humana. Tiene aún largo camino por recorrer para alcanzar lo divino, de modo que no debe detenerse. Cada momento es precioso; cada paso debe llevarlo adelante y acercarlo a su meta”.- Sai Baba

1.2 El legado del cosmos

El funcionamiento de la conciencia humana es un fenómeno asombroso, comparable a las leyes matemáticas: carece de presencia física o dimensiones mensurables, pero influye de manera misteriosa en nuestras acciones físicas. Aunque durante mucho tiempo su naturaleza inmaterial dificultó su estudio, desde la década de 1970 la conciencia ha emergido como un tema central en la investigación filosófica.

La humanidad, desde tiempos ancestrales, ha buscado expresar y comprender su conexión con el cosmos, reflejando una verdad esencial: somos parte de un proceso evolutivo universal que trasciende la materia y la mente. En este contexto, el tiempo, como magnitud física, permitió diferenciar secuencias de eventos, otorgando orden a la realidad. Sin embargo, desde una perspectiva cultural, el tiempo es una creación imaginaria que da sentido a la existencia humana, con raíces en el pensamiento simbólico originado en la observación de los dos principales astros: el Sol y la Luna.

Los científicos examinan cómo la radiación, la materia y la vida han cambiado y se han desarrollado a lo largo del tiempo, integrando disciplinas como la física, la astronomía, la química, la biología y la antropología para formar una narrativa coherente desde el Big Bang hasta la actualidad. Esta narrativa permite explicar en la línea del tiempo universal en qué momento y de qué manera surge la consciencia.

La idea de la evolución cósmica, progresivamente aceptada por la ciencia moderna, conecta profundamente con antiguas visiones humanas que concebían el universo como un todo interconectado y en constante transformación. Esta perspectiva de un cosmos vivo, animado por fuerzas universales representadas en los mitos como dioses o principios arquetípicos que crean,

destruyen y sostienen la realidad, dio origen a corrientes filosóficas que, a su vez, impulsaron el desarrollo tecno-científico de nuestra era.

Durante la primera mitad del siglo XX, los científicos trataron la evolución de los planetas, las estrellas y las galaxias como fenómenos aislados productos del azar o la casualidad, y los historiadores de la ciencia todavía tienden a hacerlo por lo que el universo se nos muestra como algo inherente sin un significado relevante para el hombre.

Un cambio de paradigma supuso la idea asombrosa y sorprendente que el universo entero está evolucionando, que todas sus partes están conectadas e interactúan, y que esta evolución se aplica no solo a la materia inerte, sino también a la vida, la inteligencia y la cultura. La evolución física, biológica y cultural es la esencia de un universo en constante expansión.

Esta idea general es lo que se llama evolución cósmica, y la idea en sí misma ha evolucionado hasta el punto de que algunos científicos modernos incluso conceptualizan, la "vida del cosmos" y la "selección natural" de universos. Influenciados por Darwin, los astrónomos y divulgadores del siglo XIX ocasionalmente propusieron la posibilidad de que el diseño cósmico en su totalidad tuviera como finalidad poder manifestar vida inteligente, pero tal conjunto de ideas generales estuvieron durante mucho tiempo lejos de ser tomadas con seriedad como un programa de investigación.

A pesar de ello en el primer medio siglo del mundo post-darwiniano, la evolución cósmica no encontró terreno fértil entre los astrónomos que estaban presionados para encontrar evidencias empíricas. La espectroscopia, que mostró las distintivas "huellas dactilares" de cada uno de los elementos químicos, reveló a los astrónomos que esos mismos elementos se encontraban en los reinos terrestres (biológicos) y celestes, así la ciencia revelaba un antiguo refrán bíblico: *“pues polvo eres, y al polvo volverás”*.

Hoy en día, la evolución cósmica ha tenido mayor aceptación entre astrónomos y biólogos como un principio guía, abarcando el universo físico y extendiéndose a los ámbitos de la vida, la inteligencia y la cultura. Carl Sagan popularizó la frase "*Somos polvo de estrellas*" para permitirnos imaginar de qué manera el ser humano está conectado con eventos cósmicos como las colisiones estelares.

Ahora podemos suponer en la evolución cósmica un concepto general que abarca el desarrollo continuo del universo desde sus orígenes hasta el presente, integrando la evolución planetaria, estelar y galáctica con la evolución de la vida, la inteligencia y la cultura. Esta visión unificada implica que el universo y sus componentes están interconectados y evolucionan conjuntamente, en lugar de ser solo fenómenos aislados sin sentido.

El auge de la cosmología del Big Bang y las observaciones de Edwin Hubble sobre un universo en expansión proporcionaron apoyo empírico para un cosmos dinámico y en evolución. La idea de una evolución cósmica completamente integrada, en la que cada componente del universo evoluciona en conjunto, se enfrentó con el escepticismo frente a la noción de que la vida consciente solo puede surgir por el efecto de un ecosistema cósmico.

La evolución cósmica ahora forma un programa de investigación sustancial, integrando la evolución física, biológica y cultural en un marco unificado, el cual ofrece una visión global que abarca desde la formación de galaxias y estrellas hasta el desarrollo de la vida y las culturas humanas. Esta perspectiva integral, basada en el cambio constante descrito por Heráclito como "*todo fluye y nada permanece*", sugiere que la energía, en sus diversas formas y flujos, es un motor fundamental detrás del aumento de complejidad en el universo.

Las estructuras del universo, desde galaxias hasta formas de vida, son sistemas abiertos y en desequilibrio, caracterizados por flujos de energía que permiten la formación y el

mantenimiento del orden. Aunque la segunda ley de la termodinámica establece que los sistemas tienden a desordenarse y aumentar su entropía con el tiempo, la disponibilidad de energía permite la creación temporal de orden dentro de sistemas abiertos, sin violar esta ley. La energía, necesaria para el funcionamiento y la evolución de los sistemas, se refleja en la creación de estructuras complejas a través de flujos energéticos y fluctuaciones.

El modelo estándar del Big Bang ilustra cómo la densidad y la temperatura del universo han cambiado desde sus inicios hasta el presente. A medida que el universo se expandió, la radiación dio paso a la materia, permitiendo la formación de átomos neutros y la transición a la “Era de la Materia”, que facilitó la formación de galaxias, estrellas y planetas.

Con el tiempo, apareció la vida, marcando el inicio de la “Era de la Vida”, que prosiguió hacia la “Era de la Conciencia”, donde la inteligencia emergió y comenzó a dominar la materia. Esta etapa representa una nueva transformación, con la tecnología permitiendo a la vida manipular la materia de formas antes imposibles. Así, la evolución cultural y tecnológica de la humanidad cambió radicalmente el planeta y, en algunos casos, ha llegado a influir en la naturaleza misma.

Este enfoque interdisciplinario permite entender cómo la evolución no solo afecta a la vida en la Tierra, sino a toda la materia en el universo, desafiando el antropocentrismo y reconociendo que los sistemas complejos surgen de un equilibrio entre orden y caos. La idea del "flecha del tiempo" simboliza este proceso de cambio continuo hacia mayores niveles de complejidad, sin sugerir una progresión lineal o finalista, sino como una combinación dinámica de sucesos cósmicos que genera estructuras cada vez más organizadas y complejas.

Los organismos conscientes no deberían ser descartados de manera casual como simplemente otro tipo de sistema físico, aunque peculiar. Las cualidades de los sistemas conscientes son totalmente diferentes a cualquier otra cosa encontrada en la naturaleza. Las

entidades mentales, como los pensamientos y sentimientos, claramente no son solo "otros tipos de cosas", comparables a objetos materiales como átomos o rocas. Ocupan una clase aparte.

Es cierto que es posible determinar las correlaciones entre estados físicos (neuronales) y estados mentales, pero esto aún deja intacto el llamado problema difícil de la subjetividad y las cualias. Por esta razón, algunos filósofos están dispuestos a defender la naturaleza fundamental del ámbito mental y argumentar que la experiencia subjetiva no puede relegarse a una secuencia de meros epifenómenos adjuntos a procesos físicos.

Los seres humanos han llegado a entender el mundo, al menos en parte, a través de los procesos de razonamiento y ciencia. Al desarrollar las matemáticas, ha sido posible para los científicos desentrañar el código oculto de la naturaleza que llamamos las leyes de la física. Estas leyes no se manifiestan en las observaciones cotidianas, sino que deben deducirse a través de una secuencia de procedimientos y razonamientos. El conjunto de Mandelbrot, el número Phi, la secuencia de Fibonacci y la constante de estructura fina son solo algunos de los descubrimientos que revelan un orden natural.

La comprensión humana de la naturaleza a través de las matemáticas apunta a un vínculo profundo y aún no explicado entre vida, mente y cosmos. De alguna manera, el universo ha logrado no solo su propia auto-conciencia, sino también su propia auto-comprensión. Es difícil ver esta asombrosa propiedad de (algunos) organismos vivos como un subproducto accidental e incidental de la física, un golpe de suerte de la evolución biológica. Más bien, el hecho de que la mente esté vinculada a los profundos mecanismos del cosmos de esta manera sugiere que hay algo verdaderamente fundamental y literalmente cósmico en la sensibilidad humana.

La afirmación de que la vida y la mente son intrínsecamente fundamentales para el funcionamiento de la naturaleza, implica que están "escritas" en las leyes del universo y, por lo

tanto, son el producto esperado, incluso inevitable, de la ejecución de estas leyes. Este punto de vista a veces se llama el “principio antropico” fuerte y ha recibido el apoyo de algunos científicos prominentes.

A partir de la noción de participación retroactiva del observador de Wheeler, podemos explorar si es posible explicar por qué las leyes de la física están afinadas para la vida. Es evidentemente un gran salto desde el experimento de elección retardada, que trata con fotones individuales, hasta la idea de que todo el universo sea de alguna manera modelado por sus propios participantes-observadores.

Así, la evolución cultural, a una escala cósmica, sería de hecho el punto clave en la auto-síntesis del universo, permitiendo al universo crear y dirigir su propio destino. En palabras de Wheeler: *“La explosión futura de vida abre la puerta a un papel abarcador para la participación del observador: para construir, en el tiempo por venir, no una pequeña parte de lo que llamamos su pasado—nuestro pasado, presente y futuro—sino todo este vasto mundo”*.

A medida que nuestro entendimiento del universo se expande, también lo hace la necesidad de reflexionar y adaptar nuestros marcos culturales y filosóficos. Esta integración de la evolución cósmica en varios aspectos de la vida humana destaca tanto el poder transformador del descubrimiento científico como la búsqueda continua de significado mitológico sobre nuestro lugar dentro del cosmos.



(Nature Timespiral, es una obra que resume 13,700 millones de años en una sola infografía.)

1.3 El cosmos reflexivo

Sin duda alguna, el destino de la humanidad está definido por aquel momento en que nuestros primeros ancestros redirigieron su mirada al cielo. A partir de ese momento, algo cambiaría para siempre en nuestra forma de percibir e interpretar la realidad. Las estrellas, planetas y cuerpos celestes presentes en el cielo nocturno han sido temas de gran relevancia para las culturas de todo el mundo, que desarrollaron sus propias formas de interpretar el cosmos.

Desde tiempos remotos, el ser humano ha buscado comprender y medir el paso del tiempo mediante la observación de los fenómenos naturales. Los primeros métodos de medición surgieron

al notar la regularidad en los movimientos del Sol y la Luna, permitiendo la creación de sistemas lógicos para dividir el tiempo en días, meses y años. Así nacieron los primeros calendarios, como el egipcio, que estableció un año de 365 días, dividido en 12 meses de 30 días, con cinco días adicionales dedicados a festividades.

Cuando algunas culturas midieron el paso de las estaciones y las observaciones solares, eso dio origen a los calendarios lunisolares. Los sumerios y los babilonios fueron los pioneros en crear este tipo de calendarios hace 5.000 años en la región de Mesopotamia (actual Oriente Medio). El calendario sumerio inspiró el calendario de otras civilizaciones como los hebreos, los antiguos egipcios y los griegos clásicos.

Por su parte, los primeros calendarios solares aparecieron en Egipto hace 3.000 años. La civilización maya también creó su propio calendario en ciclos de 52 años. Los mayas calcularon las fechas desde el 3114 a.C. hasta el año 2012. De acuerdo a sus mediciones, el año solar tenía 365 días, pero las fechas se marcaban combinando tres calendarios diferentes: el Tzolkin o calendario divino, el Haab o calendario ceremonial y la cuenta larga, que contemplaba un período de más de 5.000 años. En la combinación de escritura y matemática que caracteriza los textos mayas, es posible "ver" el tiempo mediante representaciones gráficas. Su concepción única del tiempo se mostraba en una representación visual de los "señores-tiempo".

En la cultura maya, la riqueza visual hace que el método de escritura sea pletórico en imágenes: rostros y cuerpos zoomorfos y antropomorfos que devienen una especie de umbral entre lo abstracto y lo concreto. Ese es el lenguaje de las piedras mayas prehispánicas, una conjunción de imágenes que demuestran que para este pueblo las ideas tienen forma y presencia física.

Fray Diego Durán escribió en 1570 en su libro *"Historia de las Indias de Nueva España"* o *"Códice Durán"*: *"Alzaban los ojos al Sol, y que llamaban al señor de lo creado, con alguna ansia y sentimiento y entiendo era invocación al Sol, al cual tenían por creador de las cosas y causa de ellas."* Los cálculos calendáricos de los antiguos mexicanos eran leyes espacio-temporales que definían la unidad entre la vida y la multiplicidad de los movimientos celestes y la vida de los organismos terrestres de acuerdo con sólidos sistemas de reglas matemáticas de gran precisión.

Los antiguos mexicanos sabían, siglos antes que los europeos, que gracias a Tonatiuh (el Sol) existía la vida en la Tierra. Para estos pueblos originarios, su cosmovisión les permitía comprender, manejar y explicar el entorno mediante un lenguaje matemático, aplicado en acciones como clasificar, ordenar, modelar, medir, calcular, contar y distribuir patrones presentes en la madre naturaleza. La concepción matemática de un ser divino radicaba esencialmente en la energía proveniente del universo. Para ellos, "Dios" no solo tenía una dimensión metafísica, sino también matemática. Por ello, no se limitaron únicamente a creer, sino también a observar y saber.

Los relojes solares fueron los primeros instrumentos utilizados para medir intervalos de tiempo durante el día. El más antiguo conocido data de la época de Tutmosis III, alrededor del año 1500 a.C. Posteriormente, surgieron variantes como el reloj lunar, que seguía el ciclo de la Luna. Con el tiempo, se desarrollaron otros dispositivos como las clepsidras, velas y cuadrantes, capaces de medir fracciones más pequeñas del tiempo, como horas, minutos y segundos.

Un avance significativo ocurrió en el siglo X con la creación del primer reloj mecánico por Gerberto de Aurillac, quien más tarde sería el Papa Silvestre II. Este mecanismo utilizaba pesas que, al descender, accionaban un sistema de engranajes, marcando un hito en la historia de la

medición del tiempo. La evolución de los relojes continuó hasta llegar al reloj atómico, cuya precisión es tan extraordinaria que puede mantener exactitud durante 30,000 años. Este avance ha llevado la medición del tiempo a niveles inimaginables, consolidando el papel fundamental del tiempo en la organización y el entendimiento del universo.

El tiempo como coordenada de desarrollo vital del individuo transformó para siempre nuestra consciencia, permitiéndonos categorizar la experiencia vital en pasado, presente y futuro, categorías indispensables para definir el flujo de la vida desde la niñez hasta la vejez. La experiencia del tiempo es una realidad arquetípica profunda que nos conecta con lo infinito. Como observó Jung, la pregunta crucial de la vida es si estamos o no relacionados con algo eterno, lo que da verdadero valor a nuestra existencia y nos aleja de las trivialidades.

En la mitología griega, el tiempo era representado como el río oceánico y la serpiente del Zodíaco, figuras de un flujo continuo. Cronos, el dios del tiempo, era visto como la medida circular y el creador del tiempo. Para los hindúes, el ciclo del tiempo simbolizaba la rueda infinita de nacimiento y muerte, de la que solo se podía escapar mediante la iluminación, trascendiendo la dualidad de vida y muerte. El mito del "eterno retorno" se encuentra en múltiples culturas, como mostró Mircea Eliade.

En el cristianismo, la pascua simboliza la renovación de la creación. En el taoísmo chino, el tiempo y el espacio forman parte de los principios dinámicos yin-yang, que rigen el cosmos como ritmos cósmicos cíclicos. Los mayas y los aztecas también vinculaban el tiempo con deidades y lo estructuraban a través de ciclos e imágenes divinas que trazaban el destino y la conexión entre el cielo y la tierra. Jung interpreta el número como un arquetipo de orden consciente,

ya que en muchas culturas los dioses del tiempo también eran números. La Dra. Jolande Jacobi, discípula de C. G. Jung, escribió:

"No es por casualidad que en la simbólica de casi todas las civilizaciones los números impares son símbolos de masculinidad y los números pares, de femineidad. Jung los había encontrado en la India, en África, en América, en las representaciones cristianas medievales, con el Cristo en el centro y los cuatro evangelistas en los puntos cardinales, y la misma figura le volvía bajo forma de dibujos que personas totalmente ignorantes de ese símbolo trazaban para describir sus sueños".

Las ideas sobre el tiempo como una realidad compleja e interconectada encuentran profundas raíces en la cosmología griega y en las concepciones platónicas, especialmente a partir de las ideas de Tales y Platón. Para Platón, las ideas son entidades eternas y perfectas, y el tiempo eónico es una instancia intermedia que conecta el mundo perecedero con el eterno. La física moderna ha debatido ideas similares al explorar modelos de tiempo cíclico, como el teorema ergódico, que sugiere que un universo finito podría pasar por todos los estados posibles y retornar a su estado inicial.

No obstante, la visión dominante desde la teoría del Big Bang plantea una "muerte térmica" final. Esta concepción fue transformada con la introducción de la segunda ley de la termodinámica, formulada por Carnot y Boltzmann, la cual describe el aumento inevitable de la entropía, o desorden, en el universo, representando así una "flecha del tiempo" que avanza de manera irreversible hacia el caos. En contraposición, algunos físicos, como Costa de Beauregard, han propuesto que la mente podría ser un factor negentrópico, capaz de crear orden y reconstruir sistemas organizados, sugiriendo la existencia de una "alma cósmica" como fuente de negentropía.

Desde otra perspectiva, los desarrollos darwinistas añadieron una visión lineal del tiempo, asociada a procesos evolutivos en los que las modificaciones vitales obedecen a factores aleatorios y mecánicos. Así, se consolidó una idea del tiempo como una línea inalterable, aunque algunos vitalistas y pensadores contemporáneos han intentado cuestionar esta visión estrictamente materialista.

La noción de ritmos se extiende más allá de la física al ámbito biológico. Los organismos vivos, desde plantas hasta animales, se rigen por ritmos biológicos que les permiten sincronizarse con los ciclos del entorno, como el día solar o las fases lunares. Estos ritmos son, en gran medida, endógenos y están intrínsecamente ligados a la adaptación de los seres vivos. Por ejemplo, algunas plantas muestran una "memoria temporal", abriendo sus capullos justo antes de la salida del Sol, lo que sugiere una sincronización interna con los ciclos naturales.

En los organismos más complejos, la regulación de estos ritmos puede estar centralizada en el cerebro, donde se ha identificado una organización cronológica que coordina la actividad fisiológica. Por ejemplo, la producción de melatonina aumenta en la oscuridad y disminuye cuando hay luz. Estos ritmos también afectan el comportamiento y las emociones, evidenciando que la experiencia humana está profundamente ligada a la dinámica del tiempo.

Este entendimiento del tiempo como un ritmo cósmico y biológico, donde cada forma de vida manifiesta una gestalt única en relación al espacio y al tiempo, invita a una visión holística del universo. En este entramado, lo cualitativo y lo cuantitativo se entrelazan, creando un tejido complejo en el que todos estamos inmersos, evidenciando que la existencia no es lineal, sino una danza entre múltiples dimensiones temporales.

Jacobo Grinberg, en su obra "*La luz Angelmática*", profundiza en esta idea al proponer que somos la convergencia de diversos tiempos: el tiempo de los átomos, de las células y de las imágenes mentales. Esta perspectiva sugiere que cada instante es una síntesis de múltiples tiempos, revelando la naturaleza intrincada del tiempo como una construcción subjetiva y objetiva a la vez. La experiencia humana del tiempo, por tanto, no se limita a la percepción consciente, sino que está íntimamente relacionada con nuestra capacidad de aprender, adaptarnos y gestionar esos tiempos múltiples, integrando lo cósmico, lo biológico y lo psicológico en nuestra experiencia vital.

Cada especie viviente tiene su propio mundo dentro del mundo compartido, un mundo de percepciones, "umwelt", término acuñado por Jakob von Uexküll, quien propuso reemplazar el único mundo de la ciencia clásica, que comprendía todas las especies vivientes ordenadas jerárquicamente, por una variedad de mundos perceptivos, "umwelts" o ambientes existenciales, tantos como especies vivientes, todos estos mundos perfectos, conectados entre sí, pero al mismo tiempo incomunicados y remotos.

El concepto de arquetipo está profundamente vinculado al tiempo, ya que Jung sugiere que las dinámicas temporales pueden manifestarse a través de la repetición de ciertos temas en los sueños, así como en la vida cotidiana. Las configuraciones arquetípicas pueden verse como un ritmo temporal que subyace a los eventos de la vida, donde la astrología, por ejemplo, se presenta como un intento de entender y expresar este orden recurrente.

La perspectiva de Jung sobre los complejos inconscientes y su naturaleza rítmica y periódica resalta la importancia de las repeticiones y patrones en la psique humana. Según Jung, los complejos, que son estructuras psíquicas compuestas por recuerdos, emociones y pensamientos

asociados, se organizan en torno a situaciones arquetípicas en un momento específico de la vida, como la niñez, la adolescencia o la vejez.

Jung sostiene que cualquier desviación neurótica del ritmo del Yo, que abarca tanto la conciencia como el inconsciente, está asociada a una relación alterada con el tiempo. Esta idea se complementa con la noción de que los ritmos biológicos y los procesos de memoria juegan un papel crucial en nuestra experiencia subjetiva de la realidad. La observación de Jung sobre los sueños y su conexión con eventos externos destaca un aspecto fascinante de la psique humana: la idea de que existe una interrelación profunda entre el mundo interno y el externo.

La sincronicidad, según Jung, no es simplemente casualidad, sino un fenómeno que revela un orden acausal, donde los eventos no están conectados a través de la causalidad tradicional, sino que están ordenados de una manera que escapa a nuestra comprensión habitual. Esto se manifiesta tanto en la naturaleza —por ejemplo, en fenómenos como la desintegración radiactiva— o en la psique, donde ciertos números o patrones emergen con significados específicos que no se pueden atribuir a causas claras, tal como lo descubrieron Wolfgang Pauli y C.G. Jung al profundizar sobre los misterios del número 137.

A medida que avanzamos en la comprensión de la física moderna, se han desarrollado teorías, como la teoría de la matriz S, que apuntan a una realidad similar a la que Jung describía. Sin embargo, hay una distinción clara entre los eventos sincrónicos, que poseen un significado psicológico, y las "singularidades" físicas, que pueden no tener una interpretación psicológica discernible. Jung introdujo el concepto de "similaridad" para describir esos eventos sincrónicos cuyo significado no se puede definir, lo que resuena con las ideas de L. L. Whyte sobre los patrones incompletos que buscan completarse en la naturaleza.

El argumento de Jung y las afirmaciones de físicos modernos sobre la unidad fundamental del cosmos sugieren una interconexión intrínseca entre la materia y la psique. Fritjof Capra, por ejemplo, argumenta que las partículas no son entidades aisladas, sino patrones de probabilidad que forman parte de una trama cósmica inseparable. Este enfoque resuena con la noción de “*Unus Mundus*”, que abarca tanto la realidad psíquica como la física, y que trasciende estas dimensiones. La psique como una parte integral de la realidad unificada son manifestaciones de esta unidad.

La relación entre número y mente se presenta como una forma de entender el universo y nuestra existencia en él, donde el número se convierte en un principio fundamental que conecta nuestras experiencias y la naturaleza del cosmos. La idea de que la vida se manifiesta como una gestalt en el tiempo y el espacio es fundamental. Así como las melodías tienen un desarrollo específico en el tiempo, los seres vivos también atraviesan cambios y transformaciones. El estudio de los ciclos de vida de las plantas, que pasan por estados de vigilia y sueño, así como la metamorfosis de las mariposas, son ejemplos claros de cómo los organismos vivos tienen prefiguraciones que se despliegan a lo largo del tiempo.

Algunos físicos también han argumentado que la conciencia es una propiedad fundamental del mundo. Un argumento que se centra en el papel peculiar que el observador juega en la mecánica cuántica. La exploración de la relación entre los números, los átomos y la esencia del universo refleja una profunda conexión entre las disciplinas científicas y filosóficas. Desde los tiempos de Demócrito, el concepto de "átomos" ha evolucionado, y la comprensión moderna de la materia ha llegado a descomponer estas unidades fundamentales en partículas aún más pequeñas, como quarks y electrones. Esta búsqueda por comprender los componentes básicos de la realidad ha

llevado a una representación numérica que es fundamental para la ciencia, ya que permite articular un lenguaje sobre todo aquello que observamos en el mundo.

Un equipo de investigadores liderado por Yong-Cong Chen, de la Universidad de Shanghai, ha propuesto una teoría innovadora que sugiere que el entrelazamiento cuántico podría ser crucial en la emergencia de la conciencia en el cerebro humano. Publicada en "*Physical Review E*", la teoría plantea que las vainas de mielina, que rodean las fibras nerviosas, podrían interactuar con fotones infrarrojos generados por las mitocondrias neuronales, resultando en la emisión de pares de fotones entrelazados. Este fenómeno cuántico podría permitir una integración más rápida de la información, fundamental para la experiencia consciente unificada.

En "*Numero y Tiempo*" Marie-Louise von Franz, escribe acerca de como el número actúa como un principio unificador entre la psique y la materia, sirviendo como un puente entre los mundos interno y externo dentro de la visión de von Franz. Las estructuras matemáticas son manifestaciones primordiales del espíritu que mantiene una relación directa con el *Unus Mundus*. Desde este postulado los números son "campos" de secuencias rítmicas, donde los patrones subyacentes de la energía psíquica y física se despliegan de manera ordenada y predecible.

Los números son más que meras herramientas matemáticas; son configuraciones isomorfas que expresan movimientos energéticos tanto en el plano material como en el psíquico, revelando un orden intrínseco en el cosmos. Los modelos matemáticos históricos que exploran el *Unus Mundus* refuerzan esta conexión, mostrando cómo las leyes que rigen la naturaleza y los procesos psíquicos pueden ser entendidas como expresiones de un mismo fundamento arquetípico.

Los "códigos numéricos" que forman la estructura del universo pueden ser vistos como matrices que rigen la organización y el comportamiento de la materia. En este contexto, el código binario que describe al universo absoluto, con el 1 como el átomo verdadero y el 0 como el vacío, proporciona una representación dual de la existencia. Esto sugiere que, en su esencia, el universo está compuesto de opuestos que, sin embargo, son inseparables y coexisten en una unidad mayor.

Esto también se expresa en el dualismo del 3 y el 4. Según Jung, los símbolos cuaternarios (el cuadrado, la cruz) dominan el inconsciente colectivo. En contraparte, para Georges Dumézil, los símbolos tripartitos dominan la ideología indoeuropea que subyace en la cultura occidental. La cuaternidad tiene una gran relevancia como símbolo de la totalidad e integración de la psique, en contraste con la trinidad, que representa una psique incompleta. Esta idea se refleja en múltiples tradiciones: en la alquimia, en los mandalas, y en las cuatro funciones psíquicas junguianas — sensación, pensamiento, intuición y sentimiento— que juntas representan la manera en que la consciencia logra proyectarse en el mundo exterior.

La cuaternidad es una característica esencial del mándala Jung, menciona: *“La cuaternidad presenta el paso a la conciencia de un contenido inconsciente, de ahí su frecuente presencia en mitos cosmogónicos, siendo precisamente la cuatripartición del mándala una toma de conciencia”*. La cuaternidad sería el principio que fundamenta todo en la realidad física, mientras que la trinidad incompleta consiste solo en espíritu. Jung descubrió que el mandala surgía en momentos de crisis profundas desde el interior del inconsciente para propiciar la adaptación de la consciencia a las dificultades que supone afrontar las situaciones conflictivas en *“Recuerdos, sueños, pensamientos”* escribió: *“Vi que todos los caminos que había seguido , todos los pasos emprendidos, conducía siempre a un solo punto, osea al centro. Tuve cada vez más claro que el mándala es el centro es*

la expresión de todos los caminos, es el camino hacia la individuación. Dios es una esfera infinita o un círculo, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia, en ningún lugar”.

El mandala se presenta como el equivalente intrapsíquico del *Unus Mundus*, una imagen simbólica que encapsula la totalidad psíquica en una forma estructurada y armónica que integra los ritmos numéricos; el número cuatro en específico es relevante también en la numerología caldea y la astrología, donde representa el recorrido del Sol a través de los cuatro cuadrantes del cielo, vinculados a las estaciones (primavera, verano, otoño, invierno), que metafóricamente reflejan las etapas de la vida: nacimiento, juventud, madurez y muerte.

El número, dentro de la visión del *Unus Mundus*, se concibe como una cualidad del Uno-Continuo, una totalidad primordial que se distingue y despliega en función del tiempo y el ritmo. En este marco, el "dos" representa el primer ritmo del Uno-Continuo, generando simetrías que permiten la aparición de dualidades y, con ellas, contenidos observables tanto en la psique como en la materia.

El "tres" emerge como una configuración rítmica más compleja, marcando un proceso dinámico que conecta estas dualidades con un movimiento hacia el consciente humano y su expresión en el espacio y lo corporal, simbolizando el flujo del cambio y la evolución. El "cuatro" introduce un modelo de integridad y equilibrio, manifestando el Uno-Continuo en estructuras relativamente cerradas, tanto en la conciencia humana como en el mundo material, proporcionando un marco de estabilidad que refleja la totalidad dentro de la diversidad.

La cita bíblica: *“La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno”* (Juan 17:22) expresa una unidad espiritual, en la que los seres humanos

trascienden sus divisiones para alcanzar una integración universal. Esta idea de unidad también se encuentra en el Axioma de María, presente en textos herméticos y alquímicos, que afirma: “*Uno se convierte en dos, dos se convierten en tres, y del tercero sale el uno como el cuarto*”. Este axioma describe un proceso simbólico de transformación y retorno a la unidad: el "Uno" original se fragmenta, generando una dualidad, que luego da lugar a una tercera fuerza, culminando en un estado superior de integración, representado por el "cuarto".

El ministerio de Jesús simboliza precisamente esta dinámica de transformación. Representa cómo la divinidad se materializó para hacerse accesible al ser humano: “*la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*” (Juan 1:14). En este proceso, la esencia divina tomó forma humana, estableciendo un puente entre lo celestial y lo terrenal. Finalmente, al cumplir su misión, volvió a unificarse con el Padre, restaurando la unidad original y mostrando el camino hacia la integración espiritual para toda la humanidad.

Jung abordó esta relación entre números y simbolismo en su artículo de 1910, “*Una contribución al conocimiento del sueño numérico*”, donde exploró la numerología en el contexto de las teorías oníricas de Freud. Este artículo, publicado en la revista *Zentralblatt für Psychoanalyse* de Wiesbaden, defendía la naturaleza científica de la psicología al subrayar la importancia de los números en el contenido onírico.

Para Carl Gustav Jung, los sueños no solo reflejan deseos o conflictos individuales, sino que permiten acceder a una dimensión que trasciende el tiempo lineal. Según él, los sueños no pertenecen estrictamente al pasado, presente o futuro, sino que existen en un “lugar” donde todo lo que ha sucedido, sucede o sucederá, coexiste. Este acceso no es directo ni racional, sino que ocurre a través de símbolos que emergen del inconsciente.

En tiempos antiguos, los sueños y las visiones eran considerados manantiales de sabiduría, canales sagrados a través de los cuales lo divino revelaba sus misterios y trazaba senderos de evolución para la conciencia colectiva. Estas revelaciones ayudaban a encontrar un mayor sentido a la existencia, conectando a las personas con una misión y visión significativas para el bienestar común.

En este contexto, las escrituras bíblicas presentan los Diez Mandamientos como revelaciones sagradas, símbolos de un pacto diseñado para elevar la conducta humana y forjar un código moral que guiara a la humanidad a lo largo de generaciones. Asimismo, los sueños, envueltos en velos de simbolismo, eran interpretados bajo la guía de sabios, ofreciendo orientación a monarcas en momentos de incertidumbre y crisis.

Explorando estas ideas desde una perspectiva contemporánea, la startup REMspace ha desarrollado Remmyo, un innovador "lenguaje de los sueños". Este avance permite la comunicación entre personas mientras se encuentran en un estado de sueño lúcido. En experimentos recientes, se logró que dos participantes transmitieran y confirmaran información mientras dormían, utilizando señales enviadas y recibidas durante la fase REM del sueño.

De manera complementaria, un estudio realizado por investigadores de la Universidad Johann Wolfgang Goethe y el Centro Médico de la Universidad de Gotinga, publicado en *Nature Neuroscience*, logró inducir sueños lúcidos mediante estimulación cerebral. Este avance profundiza en la interacción entre el inconsciente y la conciencia durante el sueño, destacando su potencial para aplicaciones terapéuticas y de autoconocimiento.

Jung, al reflexionar sobre la naturaleza universal de la psique, comparaba su estructura con la anatomía del cuerpo humano, la cual es común a todos y está determinada por el código genético. De manera similar, sostenía que la psique tiene una anatomía universal que trasciende las diferencias culturales y se manifiesta en los arquetipos: imágenes primordiales que emergen de manera intuitiva en los sueños y mitos, conectando a toda la humanidad a través de estas representaciones compartidas.

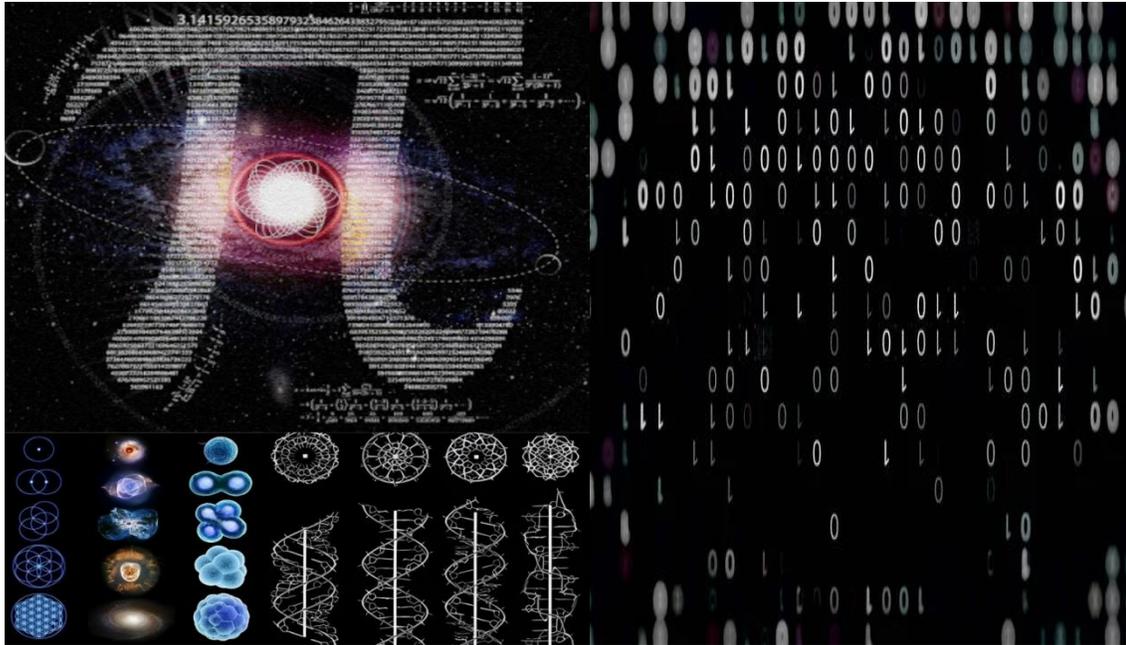
Además, Jung exploró el simbolismo de la numerología, asignando significados específicos a los números según su carácter arquetípico. Diferenció entre números impares, asociados con lo masculino, y números pares, vinculados a lo femenino, destacando la riqueza simbólica inherente a esta representación:

- **0:** Retorno de lo reprimido.
- **1:** Comienzo, individualidad, masculinidad, indivisibilidad.
- **2:** Dualidad, luz y oscuridad, feminidad receptiva.
- **3:** Energía, espiritualidad, creatividad.
- **4:** Estabilidad, completud, materialización, sensación.
- **5:** Forma física, vitalidad.
- **6:** Simetría, belleza, trascendencia de la materia, unión con lo divino.
- **7:** Ciclos vitales, ritmo, energía propia.
- **8:** Generación, degeneración, muerte y resurrección, infinito.
- **9:** Culminación, gestación de lo nuevo.
- **10:** Nuevo comienzo, renovación.

Esta numerología postulaba los números como principios arquetípicos que influyen en la psique, el desarrollo espiritual y la percepción del universo. En 1960, el físico Eugene Wigner planteó una pregunta fundamental: ¿por qué el mundo natural siempre obedece las leyes matemáticas? Según estudiosos como Philip Davis y Reuben Hersh, las matemáticas existen independientemente de la realidad física y los matemáticos descubren las leyes que rigen este mundo abstracto.

Posteriormente, los físicos aplican estas matemáticas al mundo natural. Sin embargo, a menudo las matemáticas se desarrollan antes de cualquier observación empírica y, en ocasiones, las leyes matemáticas no tienen una aplicación física conocida. Un ejemplo es la teoría general de la relatividad de Einstein, basada en las matemáticas de Bernhard Riemann, que no tenían aplicación práctica cuando se desarrollaron.

En 2004, el físico Roger Penrose propuso que el universo está compuesto por tres mundos independientes: las matemáticas, el mundo material y la conciencia humana. Penrose destacó el misterio de cómo estos tres mundos interactúan de formas que desafían cualquier modelo racional o científico convencional, cuestionando, por ejemplo, cómo los átomos y moléculas físicas pueden originar algo inmaterial como la conciencia.



"La mente intuitiva es un regalo sagrado y la mente racional es un fiel sirviente. Hemos creado una sociedad que honra al sirviente y ha olvidado el regalo." - Albert Einstein

1.4 Espacio, tiempo y forma

Los antiguos textos védicos y shástricos nos narran la historia de un descenso, un viaje de las almas que, nacidas en planos astrales, fueron convocadas a la tierra bajo los rayos del Sol y la Luna, símbolos celestes que, desde tiempos inmemoriales, han guardado para la humanidad un misterio esencial. Estos astros no solo iluminan el cielo: representan dos principios fundamentales de la existencia humana, polaridades arquetípicas de lo consciente y lo inconsciente, lo activo y lo receptivo, lo masculino y lo femenino. En su paso por el mundo material, las almas atraviesan el espejo de estas dualidades, separadas de su esencia unitaria y sometidas al flujo de fuerzas opuestas que, aunque necesarias, anhelan reunirse en la completud.

En este sentido, el Sol y la Luna no solo son astros, sino principios arquetípicos que personifican aspectos del ser. El Sol es la energía activa y consciente, mientras que la Luna representa la fuerza pasiva e inconsciente. Esta división arquetípica puede observarse en cómo hombres y mujeres tienden a sintonizarse, respectivamente, con estos aspectos solares y lunares, aunque el arquetipo completo no se manifiesta en forma pura en ningún individuo. La importancia aquí radica en la necesidad de integrar estas polaridades para alcanzar la totalidad del ser.

La integración de los opuestos es el encuentro del alma con el Ego, del consciente con el inconsciente que conduce al acceso a una totalidad más grande: el Self, una unidad que engloba tanto el Yo personal como el colectivo y universal. Carl Gustav Jung, con su visión del inconsciente colectivo y su concepto del Self, intuyó este lazo cósmico y atemporal que liga a cada ser humano con algo más vasto y profundo.

Al observar la naturaleza como un espejo del alma, Jung entendió que la psique humana no termina en los límites del cuerpo; más bien, se extiende hacia el entorno, hacia el "todo" de lo que formamos parte. Esta percepción fue un aspecto central en su noción de individuación, el proceso de integrar todos los aspectos de nuestra psique para alcanzar la plenitud, y que es incompleta sin una conexión con la naturaleza y la espiritualidad. Tal como expresa en sus "Recuerdos, sueños, pensamientos", cuanto más inseguro se sentía sobre su identidad, más profundo era su sentido de pertenencia y parentesco con el universo y la vida en todas sus formas.

Hoy, al igual que en la antigüedad, contemplamos el vínculo entre la Tierra y el universo como una vasta red de fuerzas interconectadas. Nada ni nadie escapa a la influencia de lo que sucede, sin importar la distancia que medie entre ambos. Esta percepción de la interrelación

cósmica se refleja incluso en las misiones aeroespaciales más reconocidas, cuyos nombres evocan antiguas mitologías.

Las misiones Apolo y Artemisa, por ejemplo, llevan los nombres de los arqueros divinos de la mitología griega, simbolizando el alcance y la precisión en la exploración del espacio. De manera similar, el proyecto Gémini de la NASA también está impregnado de resonancias mitológicas: los cohetes utilizados en sus doce misiones se llamaban Titán II, haciendo referencia a los titanes, seres poderosos que en la tradición griega simbolizan fuerza y grandeza. Esta conexión entre ciencia y mitología subraya el deseo humano de comprender el cosmos a través de símbolos que enlazan el pasado con el futuro.

En la mitología griega, el mundo fue creado a partir del caos primordial. En este estado de desorden y confusión, surgieron Gaia (la Tierra), Urano (el Cielo) y Eros (el Amor). Gaia y Urano se unieron para dar origen a los titanes, figuras que personificaban las fuerzas primordiales de la naturaleza. Sin embargo, su reinado fue desafiado por sus propios hijos. Así desde entonces y hasta la fecha un gran número de conflictos religiosos e ideológicos han teñido de sangre la historia de la humanidad.

Simbólicamente la figura de los titanes representa un ciclo arquetípico que simboliza la lucha entre el orden y el caos. Este enfrentamiento, conocido como la Titanomaquia (Guerra de los Titanes), refleja el despertar de fuerzas primordiales que desafían la estabilidad cósmica. Los titanes, como encarnación del caos, se oponen a los dioses olímpicos, liderados por Zeus, quienes representan el orden y la lógica divina. No se trata solo de una batalla física, sino de un conflicto simbólico entre fuerzas opuestas. La intervención de los Hecatónquiros y los Cíclopes en el combate destaca la importancia de la cooperación entre la fuerza bruta y la creatividad para

restablecer el equilibrio. El hecho de que los titanes sean finalmente encadenados en el Tártaro, un abismo aún más profundo que el Hades, sugiere que, aunque el caos es poderoso, puede ser contenido para garantizar el triunfo del orden.

De manera similar, en la mitología nórdica, el Ragnarök describe un apocalipsis en el que no solo los dioses, gigantes y monstruos son aniquilados, sino que prácticamente todo el universo es destruido. Sin embargo, tras esta catástrofe, surge la esperanza: Líf y Lífthrasir, una pareja humana, sobreviviente y heredera de un mundo renovado que florece sobre los restos de los antiguos dioses. Este renacimiento evoca la transformación cíclica, donde la muerte y el caos dan paso a una nueva creación.

En la mitología mesoamericana, un relato similar se encuentra en la historia de Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, quienes modelan el mundo a partir del cuerpo de un monstruo primigenio. Esta narrativa también ilustra el proceso de destrucción y creación como fuerzas complementarias.

Estos mitos, en conjunto, no solo narran el surgimiento de nuevos panteones y realidades, sino que revelan una tensión eterna entre las fuerzas de la creación y la destrucción, el orden y el caos. A través de ellos, se nos enseña que el cambio y el crecimiento son inevitables, aunque a menudo dolorosos y acompañados de conflictos internos. Sin embargo, este proceso cíclico de disolución y renovación es esencial para la evolución del cosmos y de la conciencia humana.



La astrología y la mitología están profundamente interrelacionadas, ya que loreflejan situaciones arquetípicas que, con sorprendente similitud, se repiten una y otra vez en diversas culturas y épocas.



Marte, el dios de la guerra, simboliza la esencia humana del caos y la destrucción. En el plano terrenal, se manifiesta en la batalla, alimentando el espíritu combativo de los guerreros. Su energía representa no solo la agresión y el conflicto, sino también la voluntad y la determinación necesarias para enfrentar desafíos. Por otro lado, Saturno es una figura central en la astrología y mitología, conocido como el gran maestro del tiempo y las estructuras que rigen la realidad.

Asociado con la disciplina y la restricción, Saturno enseña lecciones esenciales a través del sufrimiento y las limitaciones. Su influencia empuja al ser humano a confrontar sus debilidades, superarlas y desarrollar virtudes como la paciencia, la responsabilidad y la autodisciplina. De esta manera, Saturno no es solo un símbolo de restricciones, sino una fuerza que impulsa el crecimiento personal y espiritual, preparando el camino hacia la madurez y la sabiduría.

Júpiter, identificado con Zeus, representa el crecimiento, la expansión y la confianza en la vida. Su energía está asociada con las aspiraciones, los ideales elevados y la búsqueda incansable de la verdad y la justicia. Júpiter impulsa la expansión de la conciencia, la sabiduría y el entendimiento, estimulando la visión de un propósito mayor en la vida.

Mercurio, el dios romano del comercio y la comunicación, es el equivalente de Hermes en la mitología griega. Representa los principios del mentalismo, la habilidad para intercambiar ideas, el habla, la escritura y el aprendizaje. Además, simboliza la astucia, el ingenio y la agilidad mental, cualidades esenciales para la adaptabilidad y el comercio intelectual. Su influencia también se relaciona con la capacidad de moverse entre distintos mundos, tanto lo material como lo espiritual.

Urano es el arquetipo del cambio, la rebelión y la revolución. Representa la energía creativa y disruptiva que rompe con lo establecido, desafiando normas y estructuras. Urano invita a la

liberación, al avance hacia lo nuevo y lo desconocido, impulsando el progreso y la transformación a través de ideas innovadoras y la ruptura de viejas formas.

Neptuno, en su forma arquetípica, simboliza la trascendencia de la realidad física hacia la imaginación y la espiritualidad. Es el principio de la disolución de los límites, representando la conexión con lo sublime y lo intangible. Neptuno nos invita a explorar el reino de los sueños, la intuición y la creatividad, abriendo puertas hacia lo místico y lo transcendental.

Finalmente, Plutón, conocido como Hades, es el dios del inframundo y regente de las fuerzas universales que impulsan la evolución y la transformación. Su energía se asocia con los procesos de muerte y renacimiento, como una fuerza vital que permite la regeneración. A través de su influencia, se manifiesta la libido, los instintos innatos y los procesos primarios de la psique, que son los motores de nuestra existencia, motivaciones profundas y cambios esenciales en nuestro camino hacia la integración y el crecimiento personal.

Además, los planetas, al combinar sus energías, pueden crear una serie de efectos que a menudo coinciden extrañamente con movimientos sociales. Dos astros están en conjunción cuando, observados desde un tercero (generalmente la Tierra), se hallan en la misma longitud celeste. Un ejemplo de esto es el ingreso de Plutón en Acuario, un acontecimiento astrológico que trasciende la materia y penetra en los dominios más ocultos del alma colectiva. Plutón, el arquetipo del dios del inframundo, invoca la muerte y el renacimiento, una dialéctica entre el fin de lo obsoleto y el surgimiento de lo nuevo. Su energía impulsa el viento de la revolución.

Este tránsito no es más que un reflejo de los movimientos históricos que, en el pasado, reconfiguraron el orden mundial. Como en la Revolución Francesa y la Revolución Industrial,

donde las estructuras monárquicas y económicas fueron barridas para dar paso a nuevas concepciones de libertad, igualdad y fraternidad, hoy nos encontramos nuevamente ante la posibilidad de una metamorfosis social.

La alquimia simbólica de Plutón y Acuario, en su conjunción, podría facilitar una conciencia ampliada que permita a la humanidad no solo adaptarse a los avances tecnológicos, sino trascenderlos, reconociendo que en la evolución de las ideas y las formas reside la oportunidad de una regeneración profunda del alma colectiva. Es un tiempo de grandes cambios a nivel mental, comunitario, y claramente, en todo lo relacionado con internet, la inteligencia artificial y las redes sociales. El espíritu de la época nos plantea un dilema: unirse a esta propuesta planetaria y explorar los cambios que promueve, o quedarse estáticos, renuentes al cambio, y padecer por nuestra propia rigidez.

Cada Dios-Planeta representaba una fuerza y principios vivos del Universo, encarnándose tanto en la naturaleza como en la cultura. La psicología junguiana vio en estos dioses y diosas personificaciones del arquetipo del *Ánima* y el *Ánimus*, que conectan directamente con el inconsciente colectivo. Independientemente del género sexual, todos de algún modo expresamos estas representaciones psíquicas a nivel individual y colectivo, reflejando tanto los conflictos internos como los externos.

Jung definió el *Ánima* como el aspecto femenino en el inconsciente del hombre, y el *Ánimus* como el aspecto masculino en el inconsciente de la mujer. Estos arquetipos son las experiencias de todas las cualidades, y al igual que el Ego (el complejo de identidad) y el arquetipo de la Persona (el complejo de adaptación social), *Ánima-Ánimus* están en relación directa con la Sombra. Daryl Sharp, en el "*Lexicon Junguiano*", hace referencia a estos conceptos como claves

para comprender cómo los aspectos no reconocidos de la psique: *“El anima desea reconciliar y unir; el animus trata de discernir y discriminar.”*

Una forma de observar el efecto de los arquetipos es a través de la proyección. Cuando experimentamos repulsión por las cualidades de una persona o, por el contrario, sentimos una atracción intensa, estamos proyectando aspectos de nuestro inconsciente, reflejando nuestras propias características psíquicas en el otro. En realidad, todo el tiempo nos estamos proyectando en la dinámica de nuestras relaciones interpersonales.

El enamoramiento, por ejemplo, es una proyección mutua. En estos casos, es fundamental lograr ver al otro más allá de nuestra proyección. Si no lo conseguimos, podemos descubrir amargamente, después de años de relación, que la persona amada no es la imagen ideal con la que contrajimos matrimonio, sino que, en realidad, era una representación distorsionada de nuestro inconsciente. La proyección, entonces, puede distorsionar nuestra percepción de los demás y, si no somos conscientes de ello, puede generar desilusiones profundas. Sobre el amor nos dice Jung:

«Quisiera subrayar que la integración de la sombra, o la realización del inconsciente personal, marca la primera etapa del proceso analítico, y que sin ella es imposible el reconocimiento del ánima y el animus. La sombra sólo puede realizarse a través de la relación con una pareja, y el ánima y el animus sólo a través de la relación con una pareja del sexo opuesto, porque sólo en tal relación se hacen operativas sus proyecciones.»

El trabajo analítico también implica una proyección arquetípica. Cuando el inconsciente del paciente se proyecta sobre el analista, se genera una idealización de la figura del terapeuta, un fenómeno conocido como transferencia. Esta proyección puede ser tanto positiva como negativa.

De manera opuesta, cuando ocurre una proyección del inconsciente del analista hacia el paciente, se habla de contratransferencia.

Estas proyecciones también se manifiestan culturalmente a través de personificaciones que se vuelven accesibles a la conciencia mediante imágenes arquetípicas y símbolos universales. Los arquetipos presentes en el inconsciente tanto de hombres como de mujeres, a nivel individual y colectivo, contienen luces (virtudes) y sombras (defectos). Dependiendo del momento y las circunstancias, algunos de estos aspectos pueden predominar sobre otros. Por ejemplo, las siete diosas griegas se dividen en tres grupos que representan diferentes facetas de lo femenino:

- **Las diosas vírgenes**, que expresan la independencia femenina, la autosuficiencia y la competitividad. Entre ellas encontramos a Atenea, Artemisa y Hestia.
- **Las diosas vulnerables**, caracterizadas por su énfasis en las relaciones afectivas y los vínculos emocionales, como Hera, Deméter y Perséfone.
- Finalmente, **Afrodita**, la diosa alquímica, representa el amor, la sensualidad y la creatividad.

Estas figuras mitológicas son símbolos arquetípicos que nos conectan con lo profundo del inconsciente colectivo. Las diosas vírgenes, como Artemisa, Atenea y Hestia, representan arquetipos de independencia y autosuficiencia, cada una encarnando diferentes aspectos de la feminidad y la espiritualidad.

Artemisa, hija de Zeus y Letona diosa de la caza, simboliza la integridad y la capacidad de perseguir objetivos propios sin distracciones. Como protectora y líder, inspira a las mujeres a buscar sus propios caminos, aunque este arquetipo puede llevar a una desconexión emocional si

no se desarrolla con empatía y compasión. En su aspecto negativo desprecia la vulnerabilidad, tiene una colera destructiva y puede llegar a ser cruel.

Atenea, la diosa de la sabiduría y estratega guerrera, es la hija de Zeus, surgida completamente armada de su frente. Como arquetipo, representa la mente racional y la planificación estratégica, valores que impulsan el desarrollo profesional y la autonomía en las mujeres. Sin embargo, este enfoque racional puede desconectarlas de sus emociones y de los demás, haciendo necesario equilibrarlo con sensibilidad y empatía.

Hestia, diosa del hogar y del fuego, personifica la paz interior y la introspección. Este arquetipo de auto-suficiencia se encuentra en el sentido de estar "en casa" consigo misma, hallando serenidad en tareas cotidianas como la limpieza del hogar. No obstante, su desapego social puede llevar a un anonimato o falta de ambición, que es preciso moderar con otras cualidades de expresión personal.

Por otro lado, las diosas vulnerables como Hera, Deméter y Perséfone representan la conexión con las relaciones y el mundo emocional. Hera, esposa de Zeus y diosa del matrimonio, es símbolo de unión y lealtad, aunque su arquetipo puede derivar en celos y venganzas, especialmente en respuesta a infidelidades. Las mujeres que la emulan buscan relaciones equilibradas y reconocidas.

Deméter, diosa de la cosecha y madre de Perséfone, simboliza la maternidad y la generosidad, expresadas en su instinto de nutrir y cuidar a otros. Sin embargo, cuando se identifica demasiado con el rol de madre, puede sufrir depresión, especialmente al quedar sola. La independencia emocional y el autocuidado son esenciales para equilibrar su naturaleza.

Por último, Afrodita es la diosa alquímica que representa la energía de la sensualidad y la creatividad, y actúa como el arquetipo de la amante. Ella encarna la energía de la atracción y el magnetismo, conectando a las personas a través de un campo erótico y espiritual. En su aspecto positivo, el arquetipo de Afrodita es esencial para fomentar la creatividad y la capacidad de enamorarse tanto de personas como de proyectos, de la vida misma y de sus momentos estéticos y emocionales.

Estos arquetipos no se limitan a una etapa de la vida en particular, sino que emergen en distintos momentos. La integración consciente de estos aspectos puede ayudar a una persona a vivir de manera más completa, reconociendo sus múltiples facetas como mujer y más allá de su rol de amante, madre o esposa. Cada una de las diosas impulsa un tipo de energía esencial en el momento de emprender, comprometerse o expresarse. Su aspecto anímico se refleja en las motivaciones que impulsan la creación de un proyecto laboral, una relación interpersonal o una actitud determinada.

Por ejemplo, las mujeres emprendedoras que tienen activada la energía de Afrodita vivirán su proyecto de manera intensa y entusiasta, buscando finalizarlo para poder comenzar uno nuevo. Aquellas mujeres con inquietudes emprendedoras que tengan como patrones dominantes a las diosas vírgenes como Artemisa o Atenea trabajan arduamente y de manera constante para alcanzar las metas y objetivos que se han fijado para su proyecto, cada una con sus características propias. A diferencia de las otras dos diosas griegas, una mujer emprendedora cuyo arquetipo dominante sea Hestia vivirá su proyecto de manera más tranquila y paciente.

Las mujeres con el arquetipo de Perséfone tendrán más dificultades para mantener el compromiso con su proyecto, pero este reflejará un carácter muy personal. Las mujeres

predominadas por Hera y Deméter, por su parte, orientarán su idea laboral hacia el cuidado o el servicio a los demás, destacando su entrega y dedicación.

La integración de estos opuestos complementarios es fundamental para lograr la unidad última de la personalidad, el Self, el centro que ordena y unifica toda la psique (consciente e inconsciente). Podemos decir que las mujeres que sienten que necesitan al hombre y los hombres que sienten que necesitan a la mujer para sentirse completos, proyectan al *Ánima* y al *Ánimus* para vivirlos a través de los demás. Sin embargo, no se trata de una relación amorosa en el sentido convencional, sino de una relación interior que Jung conceptualizó como la *boda alquímica del Sol y la Luna*.

Para integrar y equilibrar el *Ánima* y el *Ánimus*, es necesario conocer, reconocer y aceptar los aspectos relacionados con estos opuestos que habitan en la psique. En el caso del hombre, implica aceptar e integrar armónicamente sus aspectos femeninos o *Ánima*. En el caso de las mujeres, el trabajo analítico también implica integrar los aspectos masculinos de manera funcional y limitar los efectos sombríos de los mismos.

Las diosas olímpicas griegas son una forma de ilustrar cómo las energías potenciales femeninas y masculinas influyen desde el inconsciente hacia la consciencia. Su efecto puede ser sutil, e incluso imperceptible, pero no por ello deja de ser relevante para la vida anímica del individuo.

Afrodita, la diosa del amor, puede hacer que el hombre se sienta arrastrado por la energía arquetípica que ella simboliza, impulsándolo a buscar la unión con la amada. Si el hombre es particularmente inconsciente de la presencia arquetipal de Afrodita, la diosa se manifestará en el

nivel más bajo, explícito e intensamente libidinoso. En el nivel más alto, utilizará su poder para impulsarlo hacia la unión sublime con la divinidad creadora. Si el hombre niega esa energía interior, esta le atormentará profundamente, manifestándose en obsesiones sexuales, ansiedad o depresión. Para algunos hombres, Afrodita representa el arquetipo psicológico más importante, y hasta cierto punto, todos los hombres gravitan hacia el mundo de lo femenino.

Hera, diosa del compromiso, el matrimonio y la familia, era famosa por su naturaleza celosa y vengativa hacia las amantes de Zeus. Este arquetipo se expresa en todas las instituciones sociales que representan el orden social y los más altos valores. Un hombre en el que prevalece Hera se sentirá atraído por el orden social y su preservación. La institución del matrimonio será importante para él debido a los valores que alimenta y protege, aunque su relación actual con su esposa pueda carecer de intimidad y profundidad.

Artemisa, diosa de la caza, se manifiesta en los hombres que son constantes y dignos de confianza en sus relaciones, aunque algo distantes. El área especial de su relación no es el mundo de la sexualidad y el deseo, sino un firme y duradero sentido de compañerismo.

Deméter, diosa de la agricultura en un hombre cuya influencia es poderosa, lo llevará a sentir una inclinación hacia los niños. Será un padre amoroso y fiel, protegiendo y alimentando a los seres jóvenes y desvalidos.

Hestia, diosa del hogar, personifica el fuego del hogar. En un hombre, esta diosa representa el instinto que lo aleja del mundo exterior y lo inclina a procurar seguridad y comodidad a través de los sentimientos y el hogar. Encuentra satisfacción en disfrutar de los placeres sencillos.

Finalmente, Atenea, diosa de la guerra inteligente y ordenada, personifica la capacidad de vivir con más grandeza de lo habitual. Un hombre bajo su influencia expresará una tendencia a ser heroico, tendrá inventiva y se inclinará hacia los logros culturales. La relación del hombre con la mujer (madre, esposa, hija, amiga) refleja la relación personal con su propia *Ánima*. Esta es la vía de acceso hacia su propio mundo interno y se expresa como una sensibilidad que permite gestionar favorablemente sus sueños, emociones e intuiciones.

El tema de la feminidad y el *Ánima* en el hombre es extenso, y de manera similar, la masculinidad en el *Ánimus* de la mujer también representa rasgos y cualidades que una mujer debe cultivar para alcanzar la plenitud. La fuerza, el valor, la independencia, la inteligencia y demás cualidades tradicionalmente asociadas con lo masculino no corresponden exclusivamente al género sexual, sino que son aspectos universales presentes en cada uno de nosotros.

A menudo, estas cualidades se representan en el mito de las mujeres amazónicas, que en los años 80 fueron encarnadas en la figura heroica de la “Mujer Maravilla”, seguida por otras figuras similares. Este cambio radical marcó una transformación en el cine, donde la mujer dejó de ser aquel personaje débil y sumiso que debía ser rescatado para tomar un papel central en su propia mitología.

La figura de la Mujer Maravilla ocupa un lugar especial en la historia de los cómics. Ella no viene de otro planeta ni obtiene sus poderes a través de experimentos científicos, sino que se sitúa en los orígenes de la civilización, en un momento histórico en el que los límites entre lo divino y lo humano no estaban tan diferenciados. Además, refleja una influencia matriarcal en la sociedad. En la película de Marvel *Black Panther*, el protagonista de Wakanda está rodeado de

roles femeninos que destacan por su fuerza e inteligencia, más allá de cualquier etiqueta romántica o sexual.

En el caso de las mujeres, ya existe una predisposición genética e instintiva hacia la conexión con el alma, especialmente por sus rasgos maternos, pero la salida al mundo externo se da siempre a través del Ánimus. Es así como surgen figuras intermediarias en el inconsciente, como el poderoso y brillante Zeus, que ayuda a concretar un proyecto de negocios; o ese Hades tenebroso y maléfico, que en ocasiones se proyecta en la figura del padre; o el astuto Hermes, que media los conflictos personales, permitiéndonos encontrar ingeniosas soluciones.

El arquetipo del Ánimus permite discernir y discriminar, funcionando como una mente independiente en el inconsciente que susurra el camino correcto. Es la voz de la consciencia, que podemos elegir escuchar o ignorar, como un sabio consejero. La relación de la mujer con las figuras masculinas es, en primer lugar, una relación intrapsíquica consigo misma y, posteriormente, una proyección hacia el mundo externo. La relación con su Ánimus es fundamental para determinar el grado de adaptación que tendrá al mundo exterior.

La relación con estos arquetipos refleja la travesía del alma y sus efectos sobre el Ego. Por ejemplo, las “Ateneas” que nacieron de la mente del padre. La relación con su Ánimus se verá como una posesión, pues aquí lo viven tan encarnado, que tienen la necesidad de competir con todos los hombres para ocupar un lugar preferente ante su padre. Así logran desarrollar la estrategia, la lógica, el discernimiento y la competitividad. Aunque puede desarrollar fuerza en el aspecto físico, la principal espada de esta diosa será la mente por encima del corazón. El Logos por encima del Eros.

Por otro lado tenemos a las “Artemisas”, que nacieron hijas cazadoras y protectoras de lo femenino. En este caso la hija se convierte en la protectora de la madre. El Ánimus se pone al servicio de lo femenino encarnando el poder de la acción y el discernimiento bajo el gobierno de lo femenino. Artemisa también era una diosa Virgen; no necesitaba a ningún hombre para sentirse completa, pero a diferencia de Atenea, que necesitaba demostrar su valía por encima de los hombres, para ser hija predilecta del padre, Artemisa protegía a sus bosques y su comunidad. Artemisa era la Zeus de los bosques. Artemisa ayudó a su madre justo después de nacer a parir a su hermano Apolo. Y siempre defendió su independencia del hombre, incluso con la muerte, si así era necesario. Vemos en esta historia como el Ánimus se convierte en un fiel paladín para el alma.

Y por último tenemos a las “Perséfontes” las hijas raptadas llevadas al inframundo a la fuerza. En este caso el Ánimus es considerado un enemigo que en un momento de nuestra vida nos lleva a la fuerza para arrancarnos del vientre materno y arrojarnos al mundo externo. Aquí es tal el choque entre lo femenino y lo masculino que se genera una herida profunda en el linaje femenino que transmite de generación en generación.

El mundo conocido antes como el Edén, ya no volverá a ser el mismo. Hay una muerte y un nuevo nacimiento. Pero a pesar del dolor de esta herida eterna, esta tiene el potencial de convertir a las “Perséfontes” en reinas del mundo interno. Sólo si logran abrazar el poder de su propia oscuridad, que las llevó a la fuerza a ese reino de tinieblas. Esto significa renunciar al abrazo de la madre, diferenciarse y levantarse como alguien independiente que no necesita ni una madre ni un padre que gobierne en su reino, pues ella misma se convierte en su propio gobernante.

La herida marcará una escisión entre lo masculino y lo femenino, lo que provocará que estas energías deban vivir por separado en esos dos reinos, aceptando esas dos mitades. Perséfonte

visitará durante seis meses a su madre Deméter, quien deberá soportar la mancha de la oscuridad que mancilla a su hija. Luego, Perséfone regresará durante seis meses a su reino en el inframundo, y su esposo Hades deberá soportar la mancha de inocencia que reviste a su esposa. Sin embargo, a pesar de estos contrastes, Perséfone será amada incondicionalmente tanto por su madre como por su esposo (padre).

Estos arquetipos, reflejos de las cualidades y desafíos presentes en cada individuo, actúan como guías para la realización psíquica. Todos llevamos en nuestro interior una batalla entre dioses con intereses opuestos, y para trascender el conflicto, es necesario encontrar un camino que nos permita actuar, pensar y sentir de manera unificada. Esta dualidad, que se refleja en las figuras de Perséfone, Deméter y Hades, simboliza el proceso interno de integración de las fuerzas opuestas que habitan en nosotros, y la necesidad de reconciliarlas para lograr una evolución psíquica plena.

La interpretación de las divinidades masculinas y femeninas, muestran cómo estos patrones ancestrales moldean la identidad y el comportamiento humano desde el inconsciente colectivo. Figuras como Zeus, Poseidón, Hades y Apolo simbolizan fuerzas y conflictos internos que influyen tanto en el desarrollo personal como en la dinámica cultural. Zeus encarna el control y la autoridad patriarcal, Poseidón representa emociones desbordantes y pasiones reprimidas, Hades profundiza en el mundo interior y el conocimiento introspectivo, y Apolo simboliza el orden, la lógica y la ambición pragmática. Por su parte Hermes refleja la mediación entre opuestos.

Según diversos análisis sociológicos y antropológicos realizados a grupos de poblaciones representativas, nuestra cultura se expresa en los arquetipos Zeus, Apolo, Hera y Atenea. Debido a que a través de estas figuras simbólicas se muestra la forma cultural de nuestra época. De esta manera, podríamos decir que el mundo es una evolución de un lenguaje místico cuyo origen

arquetípico serían los planetas, llevado posteriormente al terreno de las interpretaciones arquetípicas y proyecciones psicológicas que han dado forma a la visión cultural de nuestro concepto de sociedad.

Las pautas culturales en última instancia surgen por la influencia de los arquetipos los cuales no son accesibles directamente por la consciencia, por lo que solo se puede circunscribir la forma de sus contornos a través de los mitos, leyendas, religiones y otras actividades humanas colectivas e históricas como el arte y la ciencia. Carl Gustav Jung y Jean Shinoda Bolen profundizaron desde una perspectiva psicológica en los arquetipos de los dioses griegos, siendo 8 arquetipos masculinos y 7 femeninos.

Los arquetipos ponen en marcha un proceso de transformación interna, donde es posible encontrar un movimiento vital de la energía libidinal que impulsa la transición entre diversas facetas mentales. Todos, en cierto momento de la vida, llegamos a ser huérfanos inocentes, hasta que aceptamos el llamado a la aventura y nos transformamos en guerreros heroicos. Este viaje nos lleva a avanzar hacia estados más complejos del ser, donde nos convertimos en gobernantes de nuestro propio reino: exploradores, rebeldes, cuidadores, amantes, etc. Este proceso es un ciclo continuo de crecimiento y expansión, donde cada faceta del ser se integra para lograr una comprensión más profunda de nuestra conexión con el todo. Nos dice Jung: *"La terapia es menos un tratamiento que un desarrollo de las semillas creativas que están dentro del paciente"*.

Jung, gracias a su análisis cultural, desarrolló los 12 arquetipos de personalidad que clasifican a los seres humanos según su carácter y la forma en que se desarrollan tanto en el ámbito consciente como, especialmente, en el inconsciente. Estos arquetipos nos permiten comprender

cómo, en la psique humana, cohabitan fuerzas universales que impulsan el cambio y la evolución, incluso en los momentos más oscuros.

Según Jung, uno de los grandes problemas que afronta la modernidad es la pérdida del polo místico, que la humanidad dejó atrás cuando pasó del mito al logos. A partir de ese momento, la civilización se dejó cegar por la razón analítica, enterrando en el pasado la raíz espiritual de la imaginación simbólica. Es cierto que, en la actualidad, el mito ha sido suplantado en gran medida por el entretenimiento y los símbolos de transformación han sido absorbidos por agendas políticas y comerciales. En lugar de ser un vehículo de sabiduría y de conexión con los aspectos profundos del alma humana, los símbolos ahora sirven para impulsar intereses materialistas. La búsqueda de poder y riqueza se ha convertido en el motor de la sociedad moderna, desplazando la búsqueda de sentido y trascendencia.

El avance tecnocientífico, aunque ha logrado proezas inalcanzables en el pasado, ha venido acompañado de una desconexión con las cosmovisiones que históricamente han guiado a la humanidad: la místico-simbólica, la sagrado-sobrenatural (de las religiones monoteístas), la sapiencial-espiritual (de las religiones politeístas), y las visiones más integradoras como la naturalista-ecológica y la humanística-filosófica. Estas cosmovisiones ofrecían una mirada holística de la vida, en la que la naturaleza, el espíritu, el ser humano y lo divino formaban una unidad interconectada.

Los dioses han mutado y, en lugar de ser fuerzas arquetípicas vivas que guían el crecimiento interior, ahora se manifiestan como máquinas autónomas, sistemas tecnológicos y mundos digitales que parecen haber despojado de alma a la técnica misma. La creación humana, que alguna vez estuvo entrelazada con la espiritualidad y la sabiduría, ha dado paso a una técnica

desalmada, cuyos logros impresionantes, aunque útiles, a menudo no están acompañados por una conciencia ética o ecológica. En lugar de contribuir a la expansión del alma humana, estas tecnologías pueden, en muchos casos, poner en riesgo la continuidad de nuestra especie en el espacio-tiempo.

Algunos filósofos y pensadores contemporáneos sugieren que para restaurar el equilibrio perdido, es necesario revisar nuestra relación con la ciencia, incorporando nuevamente una dimensión ética y espiritual que nos permita reconciliarnos con el mundo natural y con los aspectos más profundos de nuestra existencia olvidados por la modernidad. Este regreso a lo simbólico podría ser clave para superar los desafíos existenciales y ecológicos que enfrenta nuestra especie en esta era tecnológica.

2. Arquetipo, crisis y psicosis colectiva

La historia humana desde sus inicios ha sido guiada por fuerzas invisibles que trascienden el tiempo y el espacio: los arquetipos, esos patrones primordiales que habitan en el inconsciente colectivo y que, como dioses dormidos, emergen en épocas de crisis y transformación aun conservan un gran poder sobre el imaginario colectivo. Cuando la humanidad pierde el contacto con sus raíces más profundas, el desequilibrio anímico puede arrastrar al hombre a la irracionalidad más cruel.

Dentro del mundo de la psicología, Jung fue uno de los pocos que se atrevió a correlacionar sucesos cósmicos con eventos históricos, en específico los catastróficos acontecimientos que comenzaron a partir de 1914 con la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Con valentía señaló a Wotan y Saturno como las energías causantes de los eventos sangrientos que marcarían para

siempre el rumbo de la historia. Jung afirmó, con inquietante precisión, que el pueblo alemán estaba predispuesto a este tipo de posesión que recae sobre las masas, en uno de sus más oscuros y enigmáticos escritos “ Himno a Wotan” afirmó:

“Con la guerra mundial parece haber irrumpido en Europa una época en la que pasan cosas que antes como mucho sólo podían soñarse(...). Lo que ha seguido a la guerra ha sido un auténtico aquelarre de increíbles revoluciones, cambios en los mapas, regresos a modelos políticos medievales y antiguos, Estados que engullen a pueblos y que superan en su pretensión de totalidad a los anteriores intentos teocráticos, persecuciones a cristianos y judíos, matanzas políticas en masa y, finalmente, un alborozado asalto pirata a un pacífico pueblo semicivilizado.”

La cosmología nazi se estructuraba en torno a una reelaboración de mitologías para legitimar sus ideales y prácticas. Esta cosmovisión incorporaba elementos de la astrología y la mitología germánica transformando los arquetipos en símbolos que justificaban la supremacía racial, la violencia y la expansión territorial. El nazismo estuvo altamente influenciado por el misticismo que se expresaba en su indumentaria, el cual era el reflejo de la creatividad de un artista frustrado que había encontrado en el poderío militar un medio para canalizar sus más profundas intuiciones.

Adolf Hitler, lector voraz pero desordenado, moldeó su cosmovisión a partir de lecturas que reforzaban sus creencias sobre la supremacía aria y la lucha constante por la supervivencia. Entre sus influencias destacan las novelas de Karl May, biografías y obras históricas, así como la revista Ostara, dirigida por Jörg Lanz von Liebenfels, un ariosofista que promovía teorías racistas y ocultistas.

La ariosofía, corriente que combinaba teosofía, ocultismo y racismo, propugnaba el regreso a un glorioso pasado ario liderado por figuras con poderes ocultos. Conceptos como *ario*, *nórdico* o *indogermano* se usaban indistintamente, ignorando su origen lingüístico, para justificar la ideología de supremacía racial. Sociedades como la Liga Pangermánica y la Sociedad de Thule jugaron un papel clave en la propagación de estas ideas.

Thule inicialmente fue una agrupación de investigación etnográfica, cuyo objetivo, según el registro de sociedades de Múnich, era el estudio de las antigüedades teutonas, y desde 1912 había publicado varios opúsculos sobre poesía nórdica. Su símbolo era una esvástica que coronaba una espada con hojas de roble; con el tiempo se transformó en un núcleo ideológico del nazismo, con miembros como Dietrich Eckart, quien se convirtió en mentor de Hitler, ayudándole a pulir su oratoria y a acceder a círculos influyentes.

Eckart fue fundamental en la carrera política de Hitler, algo que el mismo reconoció en su primer libro “ *Mi lucha (Mein Kampf)* ” describiéndolo como un hombre que dedicó su vida al despertar del pueblo alemán. Estas influencias, junto con el simbolismo esotérico y el culto a la raza superior, apuntalaron el ideario del Tercer Reich, justificando su expansionismo y políticas genocidas mediante una combinación de pseudociencia, misticismo y propaganda.

Durante el Tercer Reich (1933-1945), el ideal de pureza y supremacía aria promovió la deportación y exterminio de razas consideradas "inferiores" para instaurar un "nuevo orden" basado en una humanidad superior. Además, se fomentó que los oficiales de las SS fecundaran a mujeres seleccionadas para crear una "raza de señores", aunque estos experimentos solo generaron una generación de huérfanos desorientados. El famoso médico de las SS Josef Mengele

realizó diversos experimentos médicos inhumanos para llevar a la práctica estas teorías con desastrosos resultados.

Según los registros históricos, Hitler envió investigadores a diferentes partes del mundo para explorar ruinas arqueológicas en busca de objetos con gran trascendencia en leyendas medievales y modernas, considerados como elementos de poder. Tal era su obsesión por recuperar reliquias perdidas que creó la “*Ahnenerbe*”, una organización vinculada a las SS y liderada por Himmler. Los arqueólogos y antropólogos al servicio del ocultismo nazi viajaron alrededor del mundo en busca de misteriosos tesoros, como la *Lanza del Destino*, con la que supuestamente el soldado romano Longinos hirió a Cristo en el costado, la *Piedra de Scone*, sobre la que se coronaban los reyes ingleses, o el *Santo Grial*. Se dice que incluso Hitler planeó robar la Sábana Santa de Turín para llevarla a Alemania lo que obligó al Vaticano a trasladar la reliquia a un lugar seguro.

Las creencias ocultistas nazis se inspiraban en mitos como el de Hiperbórea-Thule, un continente legendario en el lejano norte mencionado por Heródoto, similar a la Atlántida de Platón. Estas ideas, junto con las teorías de Edward Bulwer-Lytton en “*La raza futura*”, influyeron en movimientos esotéricos como los rosacruces y los teósofos, y en el propio Adolf Hitler. Este último buscaba la supuesta energía *Vril*, que, según las leyendas, residía en el interior de la Tierra y alimentaba a una civilización hiperdesarrollada.

El nazismo adoptó la suástica, un símbolo antiguo de buena suerte y bienestar originario de la India. Usado por hinduistas, budistas y jainistas durante milenios, también tenía raíces en las culturas nórdicas y bálticas, donde representaba al dios del trueno (Thor en Escandinavia y

Perkunas en los países bálticos). Por su asociación con la fuerza, fue adoptada como emblema por las fuerzas aéreas de Letonia y Finlandia tras la Primera Guerra Mundial.

De este modo durante la Segunda Guerra Mundial, además del conflicto militar visible, se libró una batalla paralela en la sombra, protagonizada por servicios secretos y figuras desconocidas que recurrieron a tácticas no convencionales. El ocultismo, la astrología y la magia jugaron un papel sorprendente en la lucha clandestina de los espías, reflejando el interés del régimen nazi por las artes esotéricas como herramientas de poder y control.

Estas prácticas, impulsadas por personajes como Heinrich Himmler y su organización Ahnenerbe, buscaban no solo legitimar su ideología, sino también obtener ventajas estratégicas en una guerra concebida tanto en el plano físico como en el mental utilizando el poder de fuerzas anímicas, en un intento por conquistar no solo territorios, sino también el imaginario colectivo.

Herman Rausching, quien grabó conversaciones directamente con Hitler declaraba: *“Se convirtió en el maestro hechicero y el sumo sacerdote (Saturno regente de IX) de los misterios religiosos del reino nazi”*. Hitler, según Rausching, asumió el rol de sumo sacerdote y maestro de los misterios ocultos de esta ideología, simbolizando al Saturno que rige los misterios y la tradición.

En el imaginario alemán emergió una mitología en la que las ideas románticas de un renacer heroico activaron un complejo que arrastró a las masas hacia su faceta más sombría. Es precisamente en esta amalgama donde se proyecta lo que Jung y otros autores han llamado el "arquetipo de Wotan", una corriente subterránea de energía arquetípica que el nacionalsocialismo aprovechó para manipular la psique colectiva. Al respecto Jung escribió:

“Ese murmullo de la selva primigenia de lo inconsciente no lo percibieron únicamente los adolescentes alemanes que celebraban el solsticio, sino que también lo presintieron y captaron Nietzsche, Schuler, Stefan George y Klages. De todas formas, la cultura existente en el Rin y al sur de la línea del Meno no puede desprenderse fácilmente de la impronta clásica, y por eso se remite gustosamente (apoyándose en modelos clasicistas) a la ebriedad y el exceso antiguos, es decir, a Dioniso, puer aeternus y Eros cosmogónico. Sin duda mucho más culto que Wotan, pero es posible que éste acierte más. Es un dios tonante y rugiente, desencadenador de las pasiones y de la combatividad, además de un poderoso mago y artista de la ilusión, implicado en todos los secretos de la naturaleza oculta.”

En esta época la tensión entre Saturno y Plutón se vuelve central en esta cosmología. Saturno representa la represión de lo oscuro, un freno ante la "inflación wotánica" que podría manifestarse en desórdenes colectivos y fenómenos sectarios. Plutón, en cambio, es visto como la "sombra" que debe ser destruida para preservar la pureza..

Girólamo Cardano identificó la conjunción Mercurio-Saturno como arquetipo de una comunidad cerrada, como el judaísmo, que Hitler intentó emular en su "pureza racial" germánica, provocando una ambivalente mezcla de admiración y envidia que, bajo una visión arquetípica, lo transformaba en un héroe usurpador. Así, en la cosmovisión nazi, el derramamiento de sangre judía se tornaba en una "necesidad lógica" para purificar la sangre alemana, una racionalización que encarnaba la total psicopatía de su ascenso destructivo.

Hitler, comenta el historiador Morris Berman, tuvo como objetivo: *“copiar el formato de la iglesia de los francmasones, de las sociedades secretas e incluso de los judíos (pureza racial, comunidad cerrada, pueblo escogido), pero a la vez reemplazar el contenido con su propia*

comprensión de la herencia "mágica germana". Esta reflexión nos aclara la sustitución y apropiación en el plano arquetípico de la conjunción Mercurio-Saturno, pero dentro del contexto mayor del arquetipo Wotan. Además nos daría cuenta del sorprendente fenómeno- para los historiadores del nazismo como Jeffrey Hart – de que: “lo burocrático (Saturno-Mercurio) y lo romántico/demoníaco (Neptuno-Plutón) pueden operar juntos.

Los astros aquí sugieren la tensión entre Saturno y Plutón: Saturno, símbolo de orden y conciencia, actúa como un freno esencial ante la "inflación wotaniana," que, en la historia, se ha manifestado en fenómenos de violencia colectiva, sectas y confrontaciones por el poder. Jung menciona: *“Estamos todavía tan poseídos por nuestros contenidos anímicos autónomos como si estos fueran dioses. Ahora se los llama fobias, obsesiones, etc.; brevemente, síntomas neuróticos. Los dioses han pasado a ser enfermedades, y Zeus no rige más el Olimpo, sino el plexus solaris y ocasiona curiosidades para la consulta médica, o perturba el cerebro de periodistas y políticos, quienes, involuntariamente, desencadenan epidemias psíquicas”*. James Hillman también señaló: *“un dios es simbólicamente, una perspectiva mítica, una actitud hacia la vida y un conjunto de ideas”*.

Una pandemia, aunque diferente de una guerra, comparte con cualquier calamidad colectiva, ya sea de origen natural como un terremoto o de raíz moral como un conflicto armado, la necesidad de una respuesta que trascienda las acciones inmediatas y logísticas para incluir un profundo "cuidado de sí". Este cuidado sustentado en prácticas psíquico-espirituales es esencial para afrontar este tipo de crisis.

En una conferencia dictada en Viena hacia 1932, en la que Jung ya presentaba una nueva guerra mundial, afirmó: *“Las catástrofes gigantescas que nos amenazan no son procesos elementales de índole física o biológica, sino acontecimientos psíquicos”*. Los alemanes

padecieron los síntomas de una «epidemia psíquica», dispersada por el poder de disuasión del Führer que pudo liberar las fuerzas represadas del inconsciente colectivo. Utilizando para ello el arte, la mitología y el simbolismo en una campaña propagandística nunca antes vista para dirigir las mentes individuales hacia fines oscuros, el estudioso alemán A. J. Nicholls nos dice respecto al bienestar del proyecto económico y propagandístico del partido de Hitler:

”La maquinaria de propaganda del partido nazi estaba bien diseñada para impresionar a esas gentes: desfiles, reuniones de masas, iluminados con antorchas y proyectores; discursos en los que los aplausos estaban cuidadosamente regulados y la oposición totalmente prohibida, carteles que gritaban la hostilidad a los enemigos de Alemania en el extranjero, que la estaban sangrando hasta deshacerla, y a los enemigos del interior, que traicionaban a la nación en beneficio personal.”

Hitler fue el gran director de orquesta que dirigió a las masas hacia la barbarie gracias a su capacidad narrativa y dramatismo gestual. Así por la gracia de las mayorías conmovidas llegó a ser transformado en el gran líder supremo. Hacia 1933, Jung escribió: *“Difícilmente podremos negar que nuestro presente es una de esas épocas de escisión y enfermedad. Las circunstancias políticas y sociales, la fragmentación religiosa y filosófica, el arte moderno y la moderna psicología están de acuerdo en esto. ¿Hay alguien que, dotado, aunque sólo sea de un vestigio de sentimiento de la responsabilidad humana, se sienta bien con este estado de cosas?”*

Wilhelm Reich explica, en *”La psicología de masas del fascismo”*, la construcción de esa histeria colectiva se forjó con desesperación y pulsión tanática. Se conoce la anécdota de que después de observar la represión ejercida por la policía de Viena ante una manifestación obrera socialdemócrata en 1927 Reich se encuentra con Freud y la comenta con indignación, siendo sorprendido por una respuesta “simple” en el sentido de que se trataba de una “catástrofe natural”.

Para Reich, el fascismo se nutre de la estructura autoritaria de la familia patriarcal y del misticismo, todo ello vinculado a la represión sexual. Reich observa que esta dinámica genera una histeria colectiva, transformada en pulsión de muerte; esto explica según Reich cómo el nazismo logró movilizar a las masas apelando tanto al nacionalismo como a una estructura organizativa similar a la marxista. El militarismo nazi, según esta perspectiva, activa mecanismos libidinales: los desfiles, los uniformes y el orden rítmico tienen un efecto erótico sobre las masas, un aspecto ignorado por los políticos y revolucionarios de la época.

La explicación de esta clase de fenómenos sociales no podía ser explicada a la totalidad desde la perspectiva económica, política o militar Jung escribió: *"Quizá podemos llamar a este fenómeno general 'posesión'. Esta expresión establece tanto un "poseído" como un "poseedor". Si no queremos deificar directamente a Hitler, algo que ya se ha hecho, el único recurso que queda es Wotan, un sugestionador capaz de hacer que los varones sean poseídos."*

C. G. Jung, en 1936 y 1945, escribió dos textos fundamentales relacionados con la guerra europea, el ascenso y la caída del fascismo en Alemania, y el papel protagónico de Mussolini en la situación de Europa. Desde su perspectiva, las masas eran empujadas progresivamente hacia la crueldad más irracional por fuerzas arquetípicas que operaban bajo el umbral de la consciencia. Wotan, el líder mítico de la caza salvaje, ha perdurado en el inconsciente colectivo alemán como una figura arquetípica relegada a la sombra, según la interpretación de Jung. A pesar de su ocultamiento, Wotan resurge a lo largo de los siglos en diversas manifestaciones culturales y míticas, desde Escandinavia hasta Suiza.



Friedrich Nietzsche, en su juventud, habría encontrado simbólicamente a Wotan en la figura del "Dios Desconocido", aunque no lo reconociera explícitamente debido a su enfoque en los ideales clásicos. Este arquetipo, con sus elementos esenciales —la noche, los bosques y la figura aterradora del cazador—, se convirtió en una visión profética del resurgimiento de Wotan en la conciencia colectiva alemana, según refiere Jung en su ensayo, el retorno de Wotan se relaciona con la incapacidad del cristianismo para contener la violencia interna en Alemania, sugiriendo que Hitler fue un catalizador de esta "posesión" colectiva.

Bruno Goetz, en su libro *Reich ohne Raum*, anticipó esta crisis como un conflicto entre las ideas y la vida, reflejando la dualidad de Wotan. Para Jung, el fenómeno no podía explicarse solo mediante factores políticos, económicos o psicológicos, sino a través de Wotan como "Ergreifer", una fuerza que "posee" y moviliza a las masas, similar al *furor teutonicus*.

Jung advierte que esta fuerza psíquica, liberada en Alemania, transformó la vitalidad juvenil en un fervor peligroso, visible en organizaciones como la juventud hitleriana. Sin embargo, su análisis fue malinterpretado, siendo acusado de simpatía con el nazismo, cuando en realidad

buscaba comprender el fenómeno colectivamente, del mismo modo que analizaría a un paciente individual.

En su obra sobre Wotan (1936), Jung evoca una pintura enigmática del dios de los bosques, quien encarna las fuerzas inconscientes de los grupos nómadas de origen rural y de los jóvenes que, sin comprender el porqué de sus acciones, potencian los poderes anímicos latentes en el inconsciente colectivo. Sin embargo, la voz del dios se vuelve audible y, con ello, toma una forma arquetípicamente primitiva, transformándose en un elemento del inconsciente colectivo.



Los caminantes del bosque fueron poseídos por ese arquetipo y llevaron consigo el mensaje transmitido por este dios encarnado, que forjó la figura y el fondo de un destino oscuro. Hitler fue solo el personaje histórico que siguió el murmullo de las fuerzas destructivas y seductoras de ese dios cuya voz fue capaz de seducir a todo un pueblo.

Cercano a Jung en alguna intersección explicativa del fenómeno del fascismo, Erich Fromm, estudiando el pensamiento de Lutero y Calvino, destacó el carácter pasivo de los campesinos alemanes y la tendencia obediente del hombre del campo y la clase ascendente,

sumisos a Dios y al Rey dueño de la tierra. Hay una línea vertical de obediencia y sometimiento que ahoga las libertades plenas del ser humano; y otra horizontal de prejuicios y dogmas que forman el ámbito cultural de sociedades de variados temperamentos, pero colmados de un obstinado amor por el más fuerte. En este sentido, Jung caracterizará a los países europeos, en el texto de 1945 “*Después de la catástrofe*”, como depositarios de un síntoma de inferioridad.

Después de la guerra en su residencia Suiza, Jung esculpía los símbolos y las figuras de sus sueños, lejos de los acontecimientos, y en cierto modo, sintiéndose culpable de aquel período tenebroso de la historia europea, medita lo suficiente como para tener ocasión de discutir los fundamentos de aquel fenómeno histórico en los denominados “Círculos de Eranos”.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Europa se hallaba desgarrada en un tenso abrazo de acero y sombras. Dos colosos surgieron, con pies de barro y coronas de hierro, para encauzar el destino de la humanidad en rumbos opuestos, reflejos distorsionados de una misma ansia de poder. Jung, desde su atalaya de análisis y misticismo, observó el feroz baile de las ideologías que desgarraban el alma colectiva; su pluma abrió una herida, y la sangre, como tinta, plasmó una advertencia y un lamento.

Por un lado, la vasta estepa rusa, teñida de rojo, abrazaba el estalinismo totalitario, un presagio de la tormenta maoísta que se gestaba en tierras más lejanas. Era un reino donde la individualidad se disolvía como una sombra en el crepúsculo de la obediencia, y el pensamiento divergente se apagaba con un susurro sepulcral. Por el otro, el imperialismo capitalista estadounidense extendía sus tentáculos, disfrazado de promesas brillantes, sembrando la semilla de una expansión que devoraba fronteras y consumía sin fin.

A partir de entonces el alma europea, partida y errante, se debatía entre estos titanes. Las ruinas de sus ciudades aún humeaban por las bombas, testimonio de una guerra cuyo clamor apenas se había apagado. Sin embargo, la humanidad, en un trance ciego, parecía avanzar hacia nuevos conflictos, abrazando banderas y doctrinas como quien busca redención en espejismos.

Nos advierte Jung en sus escritos: el camino del dios Wotan será recorrido por nuevos líderes histéricos como una secuela de los horrores de la guerra, aquel dios que ha pasado como un viento huracanado a destrozar toda certeza racional. Cuando este arquetipo se apodera de un individuo, su energía se amplifica en las masas, quienes reconocen en el rugido primitivo el reflejo de un destino común. Así, la figura de Wotan actúa no sólo en el individuo, sino a través de las multitudes, despertando una fuerza oscura que es a la vez fascinación y peligro.

Jung sugiere que estos "demonios" nunca desaparecen, sino que adoptan nuevos aspectos. Combatirlos requiere que cultivemos el juicio, usando la conciencia y la razón para enfrentar nuestra propia sombra, integrando la culpa en nuestro desarrollo psíquico. La aceptación consciente de la culpa y el reconocimiento de nuestras fallas históricas y personales se revelan como el único camino hacia la redención y el crecimiento del alma. Según Jung, "Dioses y Demonios" son nombres para los habitantes heredados de la psique, individual y colectivamente:

"Ya sea que los llamemos Dioses, Demonios o Ilusiones, ellos existen y funcionan y resucitan con cada generación. Tienen una enorme influencia tanto en la vida individual como en la colectiva, y, a pesar de su familiaridad, son curiosamente no humanos. Esta última característica es la razón por la que han sido llamados Dioses o Demonios en el pasado y porque han sido comprendidos en nuestra Era científica como las manifestaciones psíquicas de los instintos, en tanto que representan actitudes habituales y universalmente ocurrentes,

pensamientos-forma. Son formas básicas, pero no manifestaciones personificadas o, en otro sentido, imágenes concretizadas. Poseen un alto grado de autonomía, el cual no desaparece cuando la imagen manifestada cambia.”

Jung vislumbró, en medio de estas tinieblas, el peligro de la disociación psíquica de la civilización. El hombre, atrapado en sus extremos, corre siempre el riesgo de perder el puente entre su instinto y su espíritu, entre el Yo y el otro. En esa división externa de bloques, veía un reflejo interno de un alma que lucha por reconocerse. ¿Podría la integración de los opuestos, la reconciliación de la sombra con la luz, guiar a la humanidad hacia un despertar? O, quizás, ¿sería la historia, una vez más, la danza circular de fuerzas que se destruyen mutuamente, dejando tras de sí un eco sin respuesta?

La advertencia de Jung se cierne fatalmente sobre el futuro de la humanidad: el desprecio, la persecución y la destrucción parecen perpetuarse. Sin aprendizaje, la historia repite su tragedia con nuevos actores y máscaras, perpetuando el sufrimiento de los inocentes y la impotencia generalizada. El ataque a las Torres Gemelas en Nueva York, el 11 de septiembre de 2001, mostró una vez más la aparición del lado oscuro emocional e instintivo del inconsciente, simbolizado por Wotan, quien compensa de manera tenebrosa el poder de la misma naturaleza humana, desatada por el nuevo orden de 1989 con la caída del Muro de Berlín. Cuando los sistemas entran en crisis, se exagera una "sombra" colectiva que, sin contención, conduce al caos.

La fragmentación de las relaciones sociales, el debilitamiento de la religión, el vacío moral de la era contemporánea y la falta de ética son factores que alimentan la paranoia, transformando a la sociedad en un campo fértil para la propagación de ideologías destructivas. El resurgimiento de las energías olvidadas en la psique colectiva pudo haberse manifestado de diversas formas a lo

largo de la historia, pero como Jung y otros pensadores señalaron, el fenómeno tomó una forma particular en el nazismo alemán. Hitler, lejos de ser simplemente un líder político, era percibido por Jung como un “mago,” un “chamán” y un “avatar,” una figura capaz de encarnar y dar expresión a la sombra colectiva germánica. Para Jung fue un médium, portavoz de los “dioses de antaño,” sugiriendo de este modo que, los arquetipos pueden tomar forma y moldear los eventos históricos en tiempos de crisis.

Ciertamente, las advertencias de Jung revelaban sus más grandes preocupaciones sobre el destino de la humanidad. Él creía firmemente que las fuerzas irracionales continuarían arrastrando a los pueblos hacia nuevos conflictos. Hoy en día, el mundo corre un peligro mayor que durante la Guerra Fría; el desarrollo de la inteligencia artificial representa una amenaza nunca antes conocida por el ser humano, más riesgosa que cualquier arma creada por el hombre.

Vivimos en un mundo tecnológico cuyo progreso es exponencial, pero nuestra psique no evoluciona al mismo ritmo. Este desajuste entre el avance tecnológico y el desarrollo humano es un problema señalado por Alexis Carrel, quien advierte que el entorno que moldeó a nuestros ancestros ha cambiado drásticamente, y esa revolución silenciosa no ha sido completamente comprendida. Carrel sostiene que las transformaciones impuestas por la ciencia han alterado profundamente el modo de vida ancestral, generando una desconexión con nuestra verdadera naturaleza. La civilización moderna, según él, no se ajusta a nosotros, ya que ha sido creada racionalmente sin tener en cuenta la totalidad de nuestra psique.

A pesar de la civilización tecnológica, el culto al racionalismo y la ciencia, así como la fachada cristiana, los antiguos arquetipos no desaparecen. Están reprimidos y acechan en las "sombras" del inconsciente colectivo. El pesimismo de Jung respecto a la situación mundial

aumentó, especialmente al ver el mundo posguerra obsesionado por la tecnología, el hiper-racionalismo y el consumismo desenfrenado. Aunque preocupado por el ascenso del comunismo, Jung consideraba que la oposición de Occidente estaba “completamente en bancarrota” en cuanto a ideas alternativas. Para él, Occidente enfrentaba cuatro problemas fundamentales: la tecnología, el materialismo, la falta de individualidad y la carencia de integración.

Jung, junto a otros pensadores como Eliade y Campbell, sugieren que el reto que afronta la humanidad es una integración consciente de los arquetipos. Este "retorno de los dioses" no implica una vuelta literal a antiguas deidades, sino una forma de equilibrio psíquico, donde lo numinoso y lo racional coexisten, brindando sentido y propósito. El desarrollo técnico y humano deben caminar juntos por el sendero del progreso de la civilización.

La crisis existencial moderna, reflejada en la tensión entre las ideologías opresivas, la alienación tecnológica y el materialismo, también puede entenderse a través de una perspectiva de integración de lo femenino y lo masculino, en la que la sombra colectiva no solo se proyecta a través de ideologías políticas o sistemas económicos, sino también en la dinámica de poder entre lo matriarcal y lo patriarcal.

El patriarcado dominante en la era actual, al desconocer lo matriarcal engendra un vacío interior. Al igual que el "eclipse de Dios" en la posmodernidad, la falta de integración de lo femenino crea un vacío espiritual, que se llena con nuevos ídolos, como la tecnología y el mercado, que, al igual que el antiguo Moloch, exigen sacrificios humanos y nos despoja de nuestra esencia más profunda. La verdadera liberación, en este sentido, podría residir en el equilibrio entre los principios masculinos y femeninos, en la integración de nuestra propia sombra. Reich sostiene que

la lucha contra el fascismo no debe limitarse a la propaganda racional o al ámbito intelectual, sino que debe dirigirse a transformar la estructura biopsíquica y sexual de la sociedad.

2.1 Matriarcado vs Patriarcado

La sensación de las mujeres a lo largo de la historia determina qué clase de sentimientos tendrán las generaciones venideras. No obstante el mito de la manzana no es un buen comienzo para el posicionamiento de lo femenino en el mundo actual, donde la mujer es considerada una fuente de pecado que debe someterse a la voluntad del hombre.

Las sagradas escrituras tienen múltiples niveles de interpretación, por lo que no deben ser analizadas únicamente en un contexto literal. Para revelar su mensaje completo, es necesario acceder al simbolismo metafórico que en ellas se encuentra. Desde una perspectiva empírica, podemos ver que Adán representa el átomo, la unidad fundamental de la materia, mientras que Eva es el electrón que orbita alrededor de ese núcleo. En esta interpretación, la "división del átomo" simboliza el inicio de la vida y la conciencia, siendo los electrones (Eva) vistos como "costillas" del átomo (Adán).

Esta perspectiva amplía la comprensión de lo femenino, al reconocer a Eva no solo como la causante del pecado, sino como una figura simbólica esencial en el inicio del desarrollo humano. Dios y el diablo, respectivamente asociados con la mente superior y la mente inferior, reflejan una dualidad que persiste en el cuerpo y la psique humana. La serpiente, entendida como energía electromagnética, y el árbol, como columna vertebral, simbolizan el flujo de esta energía a través del cuerpo. La manzana, entonces, se convierte en un símbolo de conciencia y de conocimiento adquirido a través de las experiencias.

La energía femenina, vista también como portadora de vida, toma un rol crucial en la sanación. Solo cuando el hombre reconoce la fuerza y el espíritu de la feminidad puede alcanzar un estado de equilibrio, que incluye su propia superación y crecimiento espiritual. Esta combinación de ciencia y mitología permite una reinterpretación del mito de Adán y Eva, enfatizando el valor de lo femenino no solo como fuente de pecado, sino como una energía indispensable en el equilibrio y la sanación del ser humano, capaz de llevarlo hacia un estado de mayor conciencia y conexión espiritual.

El mayor desatino de nuestra civilización ha sido disolver lo celestial en lo cotidiano, ocultando lo sagrado bajo el velo de lo profano, enterrando nuestra fascinación por lo invisible en el pasado y abriendo paso a un mundo vacío de esencia divina. Al descender Dios a la forma humana, el espíritu quedó atrapado en el dominio de lo masculino y el arquetipo divino se limitó a la figura de un padre. Así, el patrimonio se convirtió en una conquista externa, apartando la mirada del florecimiento interno. El Ego, embriagado en su propio reflejo, aprisionó al alma en los dominios de los sentidos. De este abismo oscuro emana la irracionalidad como un efecto inevitable de la supresión del espíritu femenino.

El arquetipo materno abre una puerta al mundo, una vía hacia la comunión con el alma del cosmos. Este viaje uterino es, también, un sendero que recorreremos en busca de unión; la madre es portadora de vida, una especie de nave estelar que transporta nuestro ser espiritual hacia la existencia terrenal. No obstante el dominio de los valores femeninos ha traído como consecuencia un abuso de la autoridad patriarcal. El machismo primario de la edad de bronce ha marcado nuestro rumbo histórico, con sangrientas guerras, y una mente de conquistador que creó la esclavitud y a su vez se transformó en una sociedad de clases.

La conquista de los pueblos originarios conllevó un olvido de las cosmovisiones que enfatizaban la sagrada conexión con el cosmos, la naturaleza y la comunidad, transformando para siempre el linaje de los antiguos guardianes del tiempo, hasta ser convertidos en las etnias más discriminadas por la modernidad. A partir de este momento, la supervivencia dependió de la capacidad de rechazar las propias raíces y someterse al nuevo orden social; quienes eran más capaces de engañar y manipular al enemigo lograban sobrevivir. Así la excesiva jerarquía del orden social creó cadenas de mando en las que las desigualdades e injusticias pasaron a ser un común denominador de oscuras épocas.

A medida que surgieron las civilizaciones, el patriarcado expandió su dominio, transformando la naturaleza en propiedad y estructurando las relaciones sociales, morales y religiosas. Hoy en día, más que nunca esas fuerzas inconscientes siguen operando bajo la apariencia de progreso: autoritarismo, consumismo, violencia y apatía. Estos problemas son reflejo de una mente aún patriarcal.

Este cambio de paradigma halló su expresión más poderosa en el monoteísmo. La Iglesia atribuyó a la mujer la Caída y decreta la persecución de las brujas, cuyo texto canónico es el *"Martillo de las brujas"* de Heinrich Institoris y Jakob Sprenger, popularizados desde inicios de la Edad Media. A pesar de ello, el culto a la Virgen próspero en zonas del sur de Europa, África, Asia y América Latina, siendo una clara expresión de antiguos cultos matriarcales. Esta posición dominante ha sido contestada en distintas épocas, en una suerte de reflujo matriarcalista dentro de la Iglesia.

Ya durante los siglos XII y XIII, se había producido una exaltación del principio femenino, con la Virgen Negra como símbolo central, apoyada por movimientos como la orden de los

Templarios, la iglesia Cátara, la alquimia y la poesía Sufí. Estos movimientos promovieron la figura de la Diosa y de Sofía como representación de la sabiduría que guía el alma de vuelta a su origen. Los trovadores, por ejemplo, rompieron con la imagen bélica tradicional y ofrecieron un ideal de hombres tiernos y poéticos, cuyas obras celebraban la vida y el ser, hasta que la cruzada papal de 1209 contra los cátaros los condenó al olvido.

Así mismo inspirados por las profetisas Priscilla y Maximilla, en Asia Menor aparecen los montañistas, que reverencian a Cristo con rasgos femeninos. En los siglos IV y V prospera el «Círculo de las mujeres» de Roma, que se dedican al estudio de la Biblia y dominan el hebreo y el griego. Se dice que colaboran en la traducción conocida como Vulgata, y fundan monasterios de mujeres en Roma y en Belén y otros lugares bíblicos. En el siglo XVI surge el movimiento de las beguinas, encabezado por Mechilde von Magdeburg, una visionaria que concibe la relación con Cristo como un vínculo de amor.

La Iglesia, como es de esperar, persigue a las beguinas, acusándolas de herejía, burlas a Dios y lesbianismo. Procesos y quemas públicas acaban con el movimiento en el siglo XV. De igual modo, Maria Ward funda el movimiento de las «señoritas inglesas», organizando agrupaciones de mujeres que estudian lenguas, artes varias, canto y trabajo manual. La Inquisición romana la juzga por herética. De este modo la antigua figura de sacerdotisa fue desterrada de la cultura.

Aun en nuestros tiempos el arquetipo femenino se encuentra envuelto en una “guerra de los sexos”, donde prevalece la búsqueda de dominación y superioridad entre hombres y mujeres. Sin embargo, si observamos con atención las escrituras, la verdadera esencia del cristianismo no radica en la culpa, sino en la figura de Cristo como redentor del pecado, quien libera la sabiduría

del espíritu femenino atrapado en la materialidad. En este contexto, el Espíritu Santo simboliza una transformación profunda de lo femenino, elevándolo hacia lo espiritual. Asimismo, la Iglesia se presenta como una madre universal, ofreciendo consuelo y redención a todos por igual.

A pesar de ello en pleno siglo XX, muchos países aún no permitían el voto femenino, prohibición que ya fue abolida en la mayoría de países. Sin embargo en el paisaje cultural actual aún existen lugares donde la mujer es sometida por usos y costumbres a la voluntad de los hombres, en algunos países se prohíbe inclusive que una mujer camine sola por la calle o muestre su rostro en público. Por el lado contrario en las sociedades liberales la mujer tiende a ser sexualizada como un objeto de placer. Actualmente, aún existen un sinnúmero de situaciones desfavorables en nuestras sociedades; desde el acoso, la desigualdad salarial y el machismo hasta los feminicidios y la trata de blancas. Por lo cual existe una gran brecha social entre géneros.

Desde una perspectiva evolutiva, probablemente los roles de género se originaron en los primeros momentos de nuestra historia, como resultado de las adaptaciones físicas y psicológicas necesarias para la supervivencia. El hombre, con mayor fuerza y contextura física, asumió la caza, una actividad peligrosa que requería valentía, fuerza y habilidades motoras avanzadas. Estas cualidades, promovidas por una mayor conexión entre la parte delantera y trasera del cerebro, permitieron una mejor percepción focalizada, acción coordinada y orientación, características fundamentales para su éxito en este rol. Además, la testosterona, vinculada a la agresividad y al impulso sexual, está presente en niveles significativamente superiores en los hombres, favoreciendo un comportamiento más activo y menos emocional, en parte por el desarrollo de la amígdala, responsable del control emocional y de respuestas ante el peligro.

Por el contrario, la mujer, encargada de la recolección y el cuidado de los hijos, desarrolló habilidades de empatía, sensibilidad y conexión emocional. Este rol fomentó una mayor conexión entre los hemisferios cerebrales, traducida en una capacidad superior para realizar múltiples tareas y respuestas emocionales más intensas y perceptivas. La "intuición" femenina tiene sus raíces en esta interconexión cerebral, potenciada por la oxitocina, una hormona que refuerza los lazos sociales y se incrementa durante momentos clave como el parto, la lactancia y el orgasmo. Esta hormona promueve atributos como el cariño, la confianza y la cooperación.

La psicóloga Carol Gilligan, pionera en estudios de género, descubrió que existen diferencias innatas en las tendencias de personalidad de hombres y mujeres. Gilligan encontró que los hombres tienden hacia el individualismo y un pensamiento ético basado en reglas abstractas y la autonomía, mientras que las mujeres valoran más las relaciones y consideran los aspectos contextuales y comunitarios, priorizando el respeto y la responsabilidad hacia los demás.

Siguiendo estas ideas, se observa que el sexo masculino presenta una inclinación hacia la autonomía, pero teme la intimidad y las relaciones, mientras que el sexo femenino aprecia profundamente las relaciones, aunque enfrenta dificultades con la autonomía. Se ha llegado a creer que en su mayoría los hombres tienden a dar amor para recibir sexo y por su parte las mujeres frecuentemente dan sexo para recibir amor. Sin embargo en la actualidad, nos encontramos en un punto crítico en el que los roles sexuales tradicionales están siendo trascendidos: los hombres deben aprender a integrar la conexión relacional, y las mujeres a fortalecer su autonomía. Ambos sexos tienen cualidades únicas que deben ser reconocidas mutuamente para lograr equilibrar la sociedad.

La relación entre lo femenino y lo masculino puede entenderse como expresiones de los arquetipos *Ánima* y *Ánimus*, cuya función es conectar nuestra vida individual con el mito colectivo. Estas figuras muestran cómo las representaciones personales y culturales son esenciales para la construcción de la identidad y la cohesión social. Jung consideraba estos arquetipos como puertas de acceso al inconsciente colectivo, representadas a lo largo de la historia mediante diversas imágenes. Por ejemplo, la energía masculina y la femenina se vinculan con el dios Shiva (conciencia) y la diosa Shakti (energía), los amantes universales cuyo abrazo amoroso da origen a toda la creación. Esta integración de polaridades se manifiesta en opuestos como:

Ser/Hacer, Penetrabilidad/Receptividad, Fuerza/Vulnerabilidad, Tenacidad/Flexibilidad, Racionalidad/Sensibilidad, Separación/Unión, Conexión/Autonomía. La polaridad masculina implica movimiento: es la acción de engendrar, penetrar y explorar el mundo, buscando lo que se desea. Representa la iniciativa, la lógica y la mente. Por otro lado, la polaridad femenina se asocia con la capacidad de entrega y receptividad, la ternura, la fecundidad, la contemplación y la intuición, simbolizando el cuerpo frente al espíritu.

El proceso de integrar ambas polaridades se denomina «matrimonio interior» o «boda alquímica». Este trabajo consiste en unir y equilibrar ambos principios complementarios dentro de uno mismo, logrando así la completitud. Este es el camino hacia el Sí mismo, el puente por excelencia para conectar con las profundidades del Ser.

La historia revela que la mujer, lejos de ser el género “débil” y estar siempre subordinada a la voluntad del hombre, tuvo un rol central en los albores de la humanidad. En las sociedades paleolíticas y neolíticas, ella sostenía el tejido social, proveyendo gran parte de los recursos esenciales para la supervivencia y, además, aportando vida. Con libertad para moverse, cazar y

recolectar, las mujeres ejercían un poder que trascendía lo material, ocupando posiciones de liderazgo político y espiritual. La paulatina erosión de esta centralidad femenina dio paso a una estructura patriarcal, resultado de tres procesos interrelacionados:

El surgimiento de la civilización: Con el desarrollo agrícola y la creación de excedentes, las comunidades se transformaron en sociedades más complejas, cuyo crecimiento trajo consigo la necesidad de defensa. Los hombres, con una inclinación cultural y física hacia la violencia, asumieron este rol, cimentando estructuras bélicas y sistemas de poder que consolidaron el dominio masculino.

La diferenciación de roles: Con la expansión de esta cultura bélica, las mujeres fueron relegadas a lo doméstico y reproductivo, mientras los hombres se ocupaban de la política, el comercio y la guerra. Este modelo de dominación pasó a considerarse natural, relegando a la mujer a roles secundarios.

El control de la procreación: Con el sedentarismo, el hombre asumió una responsabilidad sobre la descendencia y vio en la mujer un medio para perpetuar su linaje. Así, se instauraron prácticas de matrimonio y normativas de convivencia que se consolidaron como norma social, afianzando el patriarcado.

Durante siglos, la idea del matriarcado habitó en el reino de los mitos, hasta que el romanticismo la incorporó al discurso histórico como una necesidad simbólica y estructural. Desde entonces, esta noción ha ganado terreno, abriendo paso a la posibilidad de culturas matriarcales documentadas en la historia, cuyos vestigios nos invitan a reconsiderar el lugar de lo femenino en el orden social.

Entre el 9000 y el 1000 a. C., en zonas subtropicales del planeta, florecieron cultos centrados en una Gran Diosa. Este arquetipo femenino, eje de la teología, estaba acompañado por héroes masculinos secundarios. Hallazgos como los encontrados en la actual Anatolia Turquía, excavados en la década de 1970, ofrecen evidencias de esta estructura. En esta ciudad, que albergó a unos diez mil habitantes en el siglo VII a. C., se erigió un templo dedicado a una sola deidad femenina, representada como una mujer que da a luz figuras animales, simbolizando la conexión entre lo femenino y las fuerzas naturales.

Pierre Saintyves argumenta que algunas culturas antiguas vivían con el temor constante a la esterilidad y la despoblación, lo que llevó a la exaltación de la fecundidad mediante rituales mágicos y, a veces, inmorales. En Sumer, la diosa Inanna, señora del cielo y símbolo de la fertilidad, garantizaba la prosperidad de la tierra y dominaba las fuerzas divinas. Su mito narra su matrimonio con Dumuzi, quien muere y es rescatado por ella en el inframundo. En primavera, Inanna renace y revive a su esposo, simbolizando la renovación de la vida y la naturaleza.

Este mito destaca la supremacía femenina, ya que Inanna puede regresar de la muerte por sí misma, mientras que Dumuzi depende de ella. Esta superioridad femenina, asociada con el poder celestial y la fertilidad, fue posteriormente atribuida a lo masculino. Inanna, al igual que Ishtar y Astarté, es representada como una figura hermafrodita, combinando características femeninas y masculinas.

Ishtar, adorada en Babilonia, es la estrella matutina y nocturna, asociada con el amor, la fecundidad y el dominio del inframundo. En estas religiones, la sexualidad era vista como un acto sagrado, manifestándose en rituales como la maternidad virginal y las bodas místicas. Con la llegada del orden patriarcal, el sexo se convirtió en un acto pecaminoso, mientras que la filiación

pasó de centrarse en la madre a centrarse en el padre, estableciendo una ficción jurídica para legitimar la descendencia.

Durante los siglos XVIII y XIX, la sexualidad femenina vivió su mayor represión, relegando a la mujer al hogar o al convento. En la Edad Media, la desnudez femenina simbolizaba el pecado, y el destino de las mujeres se centró casi exclusivamente en procrear, perpetuar y servir a la familia. Esta visión persiste aún en algunas tradiciones, como la islámica, donde las mujeres son ocultadas bajo pesados ropajes.

Sorprendentemente, en épocas anteriores como la prehistoria y la era grecorromana, la sexualidad y el erotismo se vivían de manera libre, relacionando la sexualidad con la divinidad. En culturas como la hindú y otras asiáticas, nunca se ha ocultado la dimensión sexual, siendo considerada parte integral de la vida desarrollando toda una filosofía entorno al amor y la sexualidad (Tantra, Kamasutra). A finales del siglo XIX y principios del XX, figuras como Sigmund Freud y Havelock Ellis devolvieron la atención a la sexualidad, marcando un punto de inflexión en Europa.

El antropólogo suizo Johann Bachofen en 1861, propuso la existencia de un orden primitivo guiado por una autoridad femenina espiritual y mágica. Sin embargo, antropólogos como Malinowski aclaran que este dominio femenino nunca fue absoluto, sino que existió en formas como la "matrilinealidad" o "matrifocalidad". De hecho, sociedades actuales como los minangkabau de Indonesia y los mosuo del Himalaya son algunos ejemplos de sociedades matriarcales.

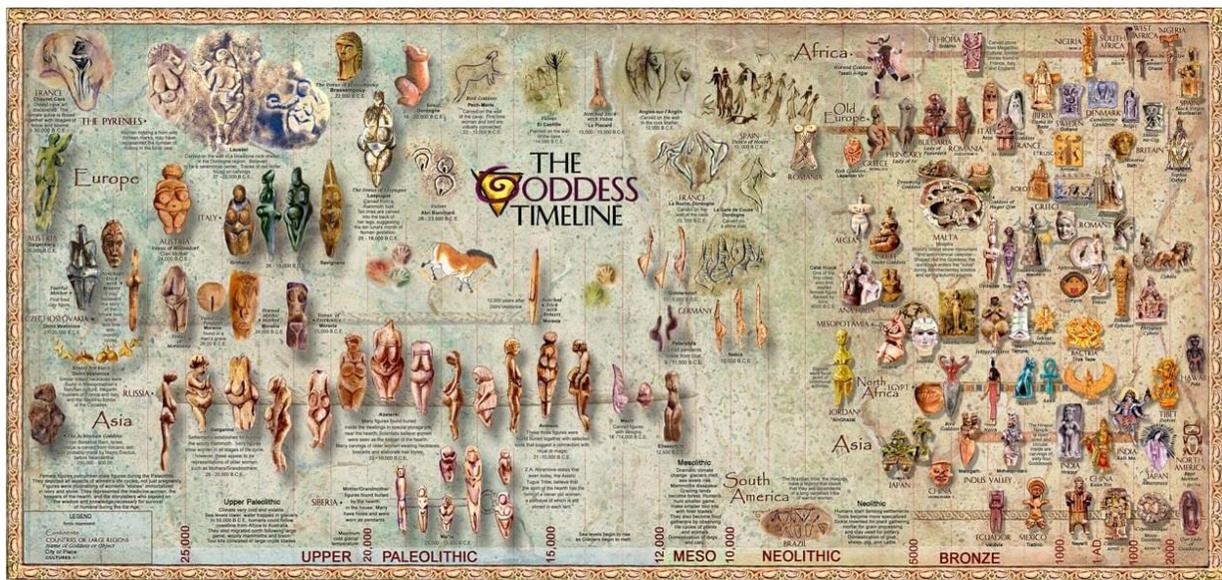
En México, culturas como los huicholes, rarámuris, tzotziles, lacandones y zapotecas aún conservan rasgos de esta herencia, otorgando a las mujeres un rol central en la estructura familiar y poniendo gran énfasis en la conexión con la naturaleza y la comunidad. Esto demuestra que el patriarcado no es la única forma de organización social, como lo confirman numerosas figuras femeninas representadas en el arte rupestre del Paleolítico.

El concepto de matriarcado fue el termino utilizado por Bachofen para describir el modo de organización social de las sociedades humanas previas a la existencia de las llamadas "culturas clásicas" (griega y romana). Estas sociedades veneraban un principio femenino representado por la Gran Madre, símbolo de fertilidad y regeneración, cuyo arquetipo se manifestaba en la naturaleza y se asociaba con la Luna y la serpiente. La Luna simbolizaba las fases de doncella, madre y anciana, mientras que la serpiente representaba la fuerza sexual y la renovación cíclica. Estas culturas tenían una cosmovisión panteísta, sin distinción entre lo divino y lo natural.

Según el antropólogo Lévy-Bruhl, experimentaban una "participación mística", en la que no existía separación entre el ser humano y su entorno, percibiendo el mundo externo como una continuidad de interno. Muchas culturas premodernas estaban impregnadas de este sentido de lo sagrado y, en la práctica, tenían características chamánicas. El chamanismo, surgido hace 50,000 años en Siberia, fue la primera espiritualidad de la humanidad, anterior a cualquier religión institucionalizada.

La luz de la era lunar brilló en todo su esplendor. Nuestros primeros antepasados vivían con un sentido diferente de la realidad, inmersos en un orden sagrado. El arquetipo de la Gran Madre se expresó en diversas formas en distintas culturas:

- **Deméter** en Grecia.
- **Isis** en Egipto.
- **Astarté** en Siria.
- **Inanna** en Sumeria.
- **Ishtar** en Babilonia.



Estas culturas priorizaban la fertilidad y la compasión sobre el heroísmo y la conquista. La figura de la Diosa Madre y su hijo-amante representaba la fertilidad y el ciclo sagrado de muerte y renacimiento, un tema reflejado en mitologías como las de Damuzi e Inanna y Osiris e Isis, y que también se encuentra en la historia de María Magdalena y Jesús, mostrando un arquetipo de divinidad que conecta la vida, la muerte y la resurrección.

Las primeras culturas agrarias concebían la naturaleza como un ente sagrado y vivo, cargado de irracionalidad, horror y belleza. Esta conciencia colectiva, aunque limitaba la capacidad de cuestionar mitos y estructuras sociales, sostenía un orden basado en tabúes y rituales, incluidos

sacrificios para apaciguar a la Gran Madre, símbolo tanto de protección como de destrucción. La identificación del Yo (Ego) era mínima, lo que favorecía una sociedad cooperativa y pacífica, libre de opresión y guerras. Aquellos a quienes hoy llamamos "primitivos" fueron capaces de crear una sociedad sin mendigos ni cárceles, que parecía mantener una relación armónica con el ecosistema.

La Gran Madre o el femenino divino ha perdurado en el corazón de muchas mitologías occidentales de búsqueda y redención. Ejemplos emblemáticos incluyen a Odiseo, quien regresa al hogar con Penélope bajo la guía de Atenea; Teseo, que encuentra su camino en el laberinto cretense gracias al hilo de Ariadna; y el viaje de Dante por el inframundo en busca de Beatriz, símbolo de sabiduría y amor divino.

De igual manera, el mito de Orfeo y Eurídice relata la búsqueda de Orfeo en el inframundo para rescatar a su amada Eurídice, un viaje que simboliza la lucha por recuperar el alma perdida y la unión con el aspecto femenino del ser. Asimismo, en la tradición gnóstica, la liberación de Sofía por parte de Cristo representa la redención del conocimiento divino, encarnado en la figura femenina, y su reunificación con lo trascendente.

En *“Los orígenes e historia de la conciencia”*, Erich Neumann describe la transformación del hijo subordinado de la Diosa Madre en el arquetipo del Héroe, quien lucha por emanciparse de las condiciones inconscientes de su origen materno. Esta figura encarna la búsqueda de la individualidad y autoconciencia frente a la inmersión tribal en el colectivo, cortando el vínculo con su madre y emergiendo como líder revolucionario y renovador.

La transición de una religión matriarcal a una patriarcal se puede observar en las antiguas culturas, como en Creta, donde los sacerdotes se sometían a la castración para imitar a la Diosa,

símbolo de la fertilidad y la creación. Estos sacerdotes oficiaban vestidos de mujer, reflejando un sistema religioso en el que lo femenino representaba lo divino. Sin embargo, con el tiempo, las religiones comenzaron a enfocarse más en figuras masculinas, como Marduk, el dios asirio, que marcó el inicio de una visión patriarcal, donde la relación padre-hijo adquirió un papel fundamental, reemplazando la figura materna.

Este cambio fue reforzado por castas sacerdotales masculinas que transformaron la antigua figura de la sacerdotisa en bruja impulsaron el pensamiento racional y abstracto, en detrimento de la percepción intuitiva. El sacrificio de Sócrates ejemplificó cómo el naciente Logos quedó subordinado al pensamiento mítico y autoritario, consolidando conceptos como la culpa y la tríada de ley-culpa-castigo, manifestada en el "Superyo" freudiano. La idea del bien y el mal como absolutismos se arraigó, y las leyes patriarcales, como en el código de Urukagina, redefinieron el lugar de la mujer en la sociedad. Al respecto, Jung escribió:

“La psicología del inconsciente había sido establecida por Freud con los motivos gnósticos clásicos de la sexualidad, por una parte, y la autoridad paterna nociva, por otra. El motivo del gnóstico Jehová y Dios creador aparecía nuevamente en el mito de Freud del padre primitivo y tenebroso, del superyo descendiente de ese padre... Pero la evolución hacia el materialismo (...) llevó a ocultar a Freud la perspectiva de un aspecto esencial y más amplio del gnosticismo: la imagen original, arquetípica del espíritu. Según la tradición gnóstica, fue ese Dios quien envió el vaso de las transformaciones espirituales en auxilio de los hombres. El vaso es un principio femenino que no halló lugar alguno en el mundo patriarcal de Freud.”

Este cambio, entonces, no solo fue religioso, sino que reflejó una transformación profunda en cómo las sociedades entendían la divinidad, la moralidad y la organización social. La lucha

entre lo masculino y lo femenino, lo individual y lo colectivo, marcó el rumbo de las civilizaciones, con la persistencia de elementos matriarcales adaptados a un nuevo contexto patriarcal.

Se pasó de una cultura vinculada a la Tierra y la naturaleza a una civilización más jerárquica y centrada en el Sol, como la cultura olímpica. En lugar de la venganza de sangre y los sacrificios humanos, comenzaron a surgir tribunales y leyes, estableciendo una justicia más organizada. Así la nueva civilización patriarcal, con una fuerte jerarquía y desigualdad, reemplazó a una cultura más fraternal y comunitaria.

De este modo a inicios de la Edad del Hierro, las culturas neolíticas de Europa y el sur de Oriente, conocidas por su adoración a la sacralidad femenina y una estructura social pacífica e igualitaria, comenzaron a desaparecer. A medida que las sociedades pasaron de una economía agrícola y de caza a una basada en la ganadería y la guerra, también cambiaron sus valores y estructuras sociales. Este declive marcó el surgimiento de una era centrada en el hombre. El surgimiento de reinos guerreros estructurados en jerarquías de dominación y esclavitud sería el eje central de esta transformación.

La transición de la era lunar a la era solar, que se produjo alrededor del año 2000 a. C., marcó un cambio significativo en la civilización occidental. La era lunar, donde el alma del cosmos era parte del orden sagrado de la vida, vinculaba los rituales y culturas humanas con la naturaleza mítica y sagrada del mundo. Con la llegada de la era solar, la conciencia colectiva se enfocó en el control y la manipulación de la naturaleza, favoreciendo un sentido de superioridad intelectual.

Este nuevo paradigma trajo consigo la sombra de la era solar: la idea de la guerra santa, un concepto dualista que exaltaba la victoria del bien sobre el mal y justificaba la muerte como un

medio para alcanzar objetivos. Esta mentalidad forjó el destino de los pueblos, moldeando la psique masculina de tal forma que la competencia y la victoria sobre los rivales se consideraron las mayores virtudes del hombre. Desde la infancia, las personas fueron condicionadas para encarnar este espíritu guerrero cuya sombra impide alcanzar un espíritu real de cooperación.

Este nuevo orden no solo redefinió la relación de las mujeres con el poder, sino que también impuso restricciones a los hombres, quienes fueron educados bajo un estricto código ético que exaltaba la represión emocional y la fortaleza imperturbable. La sensibilidad fue vista como una debilidad incompatible con el ideal masculino.

Estos ideales, vinculados al dominio patriarcal, se perpetuaron con el tiempo, trasladándose a las grandes corporaciones y a sus líderes, quienes ocuparon la cúspide de un Olimpo contemporáneo, similar al poder de Zeus en la mitología. Esta estructura jerárquica de poder refleja la persistencia de un orden patriarcal que sigue marcando la narrativa dominante en la sociedad actual.

De este modo una nueva mitología centrada en héroes solares se impuso en Oriente y Occidente, alterando radicalmente los valores y símbolos de los antiguos matriarcados. La serpiente, emblema de la Diosa, se convirtió en el monstruo-dragón que representaba las fuerzas instintivas e inconscientes, y que el héroe debía vencer para afirmar su libertad y liderazgo. Mitos de diversas culturas ilustran esta lucha: Apolo y Pitón, Zeus y Tifón, Perseo y la Medusa, entre otros. Con la derrota de la serpiente, se proclamaba un nuevo orden social, aunque este avance trajo consigo una iluminación colectiva simultáneamente también surgió una sombra en la mente humana y en la creación misma.

Las nuevas divinidades masculinas y celestiales desplazan a la Diosa, instaurando un Dios trascendente cuya creación se percibe separada de él. Este cambio conlleva la aparición de dualismos filosóficos (bien/mal, luz/oscuridad, femenino/masculino), en los que los opuestos son irreconciliables y constituyen la base de la nueva conciencia.

La antropóloga Marija Gimbutas sugirió que las invasiones de pueblos guerreros, como los arios y los semitas, trajeron consigo el dominio de dioses celestiales masculinos, cuyos símbolos —el rayo, el aire, el fuego y la tormenta— estaban asociados a la guerra y la conquista. Gradualmente, el arquetipo del Padre reemplazó casi por completo la antigua supremacía de la Madre, reflejada en figuras como:

- **Atón** en Egipto.
- **Zeus** en Grecia.
- **Alá** en las tierras semíticas.
- **Marduk** en Babilonia.
- **Assur** en Asiria.
- **Indra** en la India.



La instauración del patriarcado representó un cambio profundo en la estructura social y en la percepción de género, estableciendo roles rígidos que penetraron en el inconsciente colectivo. Este nuevo orden no solo redefinió la relación de las mujeres con el poder, sino que también impuso restricciones a los hombres, educados bajo un estricto código ético que exaltaba la represión emocional y la fortaleza imperturbable. La sensibilidad se consideraba una debilidad incompatible con el ideal masculino.

Uno de los motores culturales más fundamentales que favoreció esta transformación fue la invención de la escritura. Según el neurocirujano e historiador Leonard Shlain, en su libro *“El Alfabeto contra la Diosa”*, la escritura favoreció el predominio del pensamiento abstracto y racional, desplazando a la percepción intuitiva y emocional. Al convertirse en una herramienta

cultural esencial, la escritura promovió el desarrollo del hemisferio izquierdo del cerebro — responsable del pensamiento analítico, lógico y egocéntrico—, lo que dio lugar a un fenómeno conocido como lateralización hemisférica. Este fenómeno se tradujo en un desequilibrio en la actividad cerebral, favoreciendo las cualidades asociadas con lo masculino (razón, lógica, conciencia) y relegando a lo femenino (intuición, emoción, imaginación) a un segundo plano.

Betty Edwards, en su libro *"Aprender a dibujar con el lado derecho del cerebro"*, sugiere que el hemisferio derecho es responsable de las habilidades artísticas, intuitivas e imaginativas, mientras que el izquierdo se encarga de las funciones analíticas, lógicas y verbales. Según esta teoría, el desarrollo cognitivo y creativo depende de la utilización de cada hemisferio según las tareas específicas. En un contexto más amplio, la neurología contemporánea también considera los tres cerebros: el reptiliano, que gestiona funciones involuntarias y de supervivencia; el límbico, relacionado con emociones y memoria; y el neocórtex, que gestiona funciones cognitivas avanzadas como el pensamiento y la percepción.

Rudolf Steiner articuló esta visión tridimensional del ser humano, vinculando las esferas del pensamiento, las emociones y la voluntad, lo que es esencial para comprender cómo aprendemos. El aprendizaje en las distintas etapas de la vida puede ser más efectivo si se enfoca según el desarrollo cerebral: el neocórtex se activa en etapas más abstractas (pensamiento), el hemisferio derecho en aprendizajes simbólicos (emociones) y el límbico en procesos concretos (voluntad).

El impacto de esta transformación cerebral no solo fue biológico, sino también cultural, al configurar una mentalidad centrada en la racionalidad y la individualidad. La lateralización cerebral fomentó la autonomía del Yo y el sometimiento de los impulsos creativos y emocionales

al control del pensamiento racional. Este proceso culminó en la *era de la Razón* o la Ilustración. Este período histórico marcó un giro radical en Occidente, donde los dogmas de la espiritualidad trascendente judeo-cristiana fueron cuestionados y sometidos al juicio de la razón. La divinización de la razón y la exaltación del entendimiento humano sobre el mundo físico llevaron a un colapso de la visión espiritual del mundo enterrando en el pasado el gran legado trascendental de la humanidad.

Con el tiempo nuestra sociedad otorgó un gran valor al mundo material y le negó a la parte inmaterial toda profundidad intrínseca. El universo se convirtió en producto del azar, un error cósmico, carente de alma, propósito o belleza. Un reflejo de la voluntad y la mente conquistadora del hombre tecnológico. La visión de un cosmos vibrante y lleno de significado fue reemplazada por una concepción mecanicista, donde el único significado era el que la voluntad humana lograra imponer.

Jung afirmó que las sociedades occidentales de su tiempo estaban profundamente desequilibradas. Este desequilibrio se manifestaba en una fe ciega en la ciencia como el único medio para resolver los problemas fundamentales de la humanidad, lo que promovía un materialismo desbordado y marginaba los aspectos más sutiles y espirituales de la psique, tanto a nivel individual como colectivo.

Jung veía este proceso como un empobrecimiento del alma humana, que requería la integración y el equilibrio de los elementos racionales y sensitivos para alcanzar una verdadera plenitud. Este fue un tema de gran relevancia, discutido en profundidad en el Círculo de Eranos, un foro de intercambio intelectual y espiritual que exploraba las dimensiones simbólicas, arquetípicas y espirituales del ser humano.

El Círculo de Eranos, fundado en 1933 por Olga Fröbe-Kapteyn, surgió como respuesta a los extremos ideológicos y culturales de su tiempo. Su objetivo era explorar nuevos horizontes científicos y filosóficos que reconciliaran los conflictos entre lo racional e irracional, lo masculino y femenino, y lo material y espiritual. Durante más de seis décadas, en la villa Moscia, junto al lago Maggiore en Suiza, reunió a destacados pensadores como Joseph Campbell, Erich Neumann, Marie-Louise von Franz, Carl Gustav Jung y James Hillman.

Estos intelectuales compartían el interés de integrar las polaridades para ofrecer una visión más equilibrada del ser humano y el mundo. En un contexto dominado por el patriarcado, Eranos propuso una perspectiva renovadora que resaltaba la importancia de lo femenino y lo maternal como arquetipos esenciales en la psique y la cultura. Este enfoque no solo buscaba equilibrar los géneros, sino también integrar lo consciente e inconsciente, lo racional e irracional.

La dualidad entre la Sociedad del Anillo, fundada por Freud, y el Círculo de Eranos reflejaba dos visiones contrastantes del ser humano. Freud se centraba en el estudio de la conciencia y las dinámicas individuales, considerando el inconsciente como un refugio de deseos reprimidos, cuya liberación debía lograrse mediante la racionalización y el control. Por su parte, el Círculo de Eranos, bajo la influencia de Jung, veía los arquetipos y mitos como caminos hacia un conocimiento más profundo.

El Círculo de Eranos se concibió como un espacio para compensar las unilateralidades culturales, buscando la integración de lo que parecía irreconciliable. Uno de sus hallazgos más reveladores fue la identificación de huellas arcaicas de una mitología mediterránea matriarcal oculta tras el velo de la mitología indoeuropea patriarcal. Esta comprensión subrayaba la

importancia de estudiar ambas tradiciones para equilibrar simbólicamente sus influencias y avanzar hacia una visión más completa del ser humano y la cultura.

Guiados por el arquetipo Hermes, símbolo de la unión y la encrucijada de caminos, el Círculo de Eranos reunió a pensadores interdisciplinarios con el propósito de enfrentar los grandes retos culturales, espirituales y sociales de su tiempo. Su objetivo no era establecer una confrontación entre el *mythos* y el *Logos*, ni oponer lo racional a lo irracional, ni exaltar lo femenino sobre lo masculino, sino tender un puente entre lo consciente y lo inconsciente, buscando la integración de los opuestos.

Esta mediación no podía lograrse mediante la lógica tradicional o la razón pura, herramientas limitadas para abordar el vasto entramado de significados que Eranos intentaba descifrar. Por ello, el círculo propuso una visión no lineal y simbólica de la realidad, adoptando un lenguaje relacional que permitía la expresión creativa a través del arte, la música y otras formas de manifestación simbólica.

Los opuestos, en su esencia, son inefables e inalcanzables; sin embargo, las mediaciones – los símbolos, las imágenes, los mitos, las emociones y los pensamientos son herramientas humanas que permiten acercarnos a ellos. A través de esta red simbólica, Eranos buscaba explorar y comprender los profundos misterios de la psique y el mundo, promoviendo una visión integradora que trasciende las divisiones y unifica lo fragmentado.

La clave estaba en el imaginario colectivo, depósito de una compleja red de símbolos, mitos e imágenes cargadas de emociones y significados profundos. Según la *Hermenéutica Simbólica*

que guió sus debates, los opuestos el Unus Mundus de Jung o la Coimplicación de los opuestos de Ortiz-Osés no se reconcilian en el plano de la razón, sino en el territorio del símbolo.

La coimplicación de los contrarios alcanza su plenitud simbólica en el encuentro entre amor y muerte, los arquetipos supremos de la existencia humana. Ambos representan procesos de apertura y transformación: el amor abre hacia el otro, mientras que la muerte abre hacia la otredad. En este sentido, amor y muerte no son opuestos absolutos, sino expresiones diferenciadas de un mismo movimiento esencial.

La clave de esta relación reside en su mutua tracción hacia lo otro. El amor tracciona como atracción y deseo de unión; la muerte, en cambio, funciona como retracción y separación. Ambos trazan un recorrido de ida y vuelta, en el que la apertura del amor puede contener la semilla de la pérdida, y la pérdida que trae la muerte puede ser una puerta hacia nuevas formas de existencia. La dualidad se convierte en una unidad dinámica: amor y muerte como dos fases de un mismo proceso de transformación.

En esta dialéctica entre Eros y Tanatos dos expresiones de la energía libidinal, encontramos una especie de fusión y fisión: el amor busca la fusión con lo otro, pero esa unión perfecta es siempre inalcanzable y, por tanto, implica una dimensión mortífera, una disolución del Yo. La muerte, por su parte, es fisión, separación que libera, que transfigura la condición mortal en una posibilidad de amor eterno. Si recurrimos a la lógica hegeliana-marxista de posición, oposición y composición, esta relación no se resuelve en una mera contradicción estática sino en una síntesis superadora (sea en lo espiritual sea en lo material).

La labor de Eranos trascendía el ámbito académico, proponiendo una transformación cultural profunda orientada a equilibrar el desarrollo técnico con el crecimiento humano y espiritual. Su enfoque no buscaba rechazar los avances científicos, sino complementar dos formas opuestas de interpretar la realidad mediante una comprensión más holística del ser, donde el progreso material se armonizara con el desarrollo interno.

A través del estudio de disciplinas como el mito, la alquimia, la cábala y la gnosis, Eranos promovía una integración de la espiritualidad que contrarrestara el reduccionismo de la ciencia moderna. Esta síntesis ofrecía un conocimiento más completo y profundo, donde lo técnico y lo racional se enriquecían con lo simbólico y lo trascendente. El objetivo final era fomentar una evolución integral del individuo y la sociedad, guiada por un código ético sólido que vinculara el avance científico con el sentido de propósito y responsabilidad colectiva.

El círculo también reivindicó la figura de la Magna Mater (Gran Madre), subrayando su papel no solo en la preservación de la especie, sino en la formación y maduración del ser humano, especialmente en la infancia. Propuso una integración en la que lo anímico y espiritual, representado por lo materno, tuviera el mismo valor que lo técnico y científico, característico del mundo apolíneo. Este legado enfatizó la necesidad de equilibrar el desarrollo técnico con el desarrollo humano.

Erich Neumann definió la transición hacia el patriarcado como un proceso que implicó la desvalorización de lo femenino, simbolizado en figuras como la madre terrible o el dragón a vencer. Si bien el patriarcado facilitó avances tecnológicos y el desarrollo de la conciencia, Neumann advertía que esta etapa estaba llegando a su fin para dar paso a una nueva transición evolutiva.

Según él, el espíritu de la época demanda una nueva visión que revalorice lo femenino, lo colectivo y lo trascendente, marcando el inicio de una era de transformación y equilibrio.

Por su parte, C.G. Jung vislumbró el papel emergente de la mujer en la sociedad europea de posguerra como un movimiento psíquico y social que desafiaba normas históricas y culturales. En este contexto, la reaparición de lo femenino, reprimido y demonizado durante milenios, está en la actualidad tomando una fuerza renovada. Las antiguas brujas se han transformado en científicas, activistas y líderes que luchan por un futuro mejor. La superación del despotismo económico y militar patriarcal no se logrará mediante la imposición violenta de un Estado centralizado, sino a través de la evolución y transformación de las instituciones, fomentando una voluntad colectiva más consciente y cooperativa.

El mundo actual, con sus crisis económicas, políticas y ecológicas, exige un cambio profundo de paradigma. La transformación de las instituciones, que están evolucionando de estructuras jerárquicas hacia redes descentralizadas, refleja cómo la energía y conciencia femenina están permeando la sociedad. Lo femenino es esencial, no solo como fuerza artística, sensible y espiritual, sino también como un contrapeso vital al pensamiento lógico y analítico característico de lo masculino. Este resurgimiento del espíritu femenino es clave para construir un futuro más equilibrado y enriquecedor para la humanidad.



En la actualidad, este espíritu femenino está erosionando la hegemonía de la conciencia masculina, abriendo espacios colaborativos basados en la cooperación. Desde la economía compartida hasta el intercambio de información, el escenario global ha comenzado a abordar temas fundamentales como los derechos humanos, la educación, la salud y el bienestar colectivo promoviendo valores de nutrición y cuidado en lugar de competencia y agresión. Estos valores, tradicionalmente atribuidos a lo femenino, encuentran ahora un campo fértil en las tecnologías digitales, que facilitan nuevas formas de interconexión y colaboración, marcando el camino hacia una sociedad más inclusiva y consciente.

Ken Wilber argumenta que el destino de la mente humana es trascender los condicionamientos biológicos y los estereotipos culturales de género, explorando su potencial psíquico en toda su amplitud. Según Wilber, este proceso implica integrar los símbolos femeninos

y masculinos, promoviendo una humanización de las representaciones de género que permita relaciones más equilibradas y completas.

Para alcanzar esta integración, es fundamental considerar todas las funciones psíquicas: la razón y la sensación, tradicionalmente asociadas a lo "masculino", y la intuición y el sentimiento, vinculadas a lo "femenino". Este equilibrio no busca reforzar categorías rígidas, sino conducir la psique hacia una unidad superior, guiada por la búsqueda del Sí-mismo, el arquetipo central en la teoría junguiana que representa la autorrealización.

En este camino, el ser humano puede liberar su conciencia de dualidades limitantes, avanzando hacia una unidad fundamental que abarque tanto lo material como lo espiritual. Esta idea se sustenta en recientes descubrimientos neurocientíficos sobre la plasticidad neuronal, que demuestran la capacidad del cerebro humano para cambiar y adaptarse a través de hábitos y conductas. En particular, estudios recientes han evidenciado que el cuerpo calloso desempeña un papel crucial en el procesamiento interhemisférico coordinado, facilitando una comunicación más fluida entre ambos hemisferios y potenciando una integración funcional del cerebro.

El matriarcado, vinculado a lo ágrafo y las tradiciones orales, encuentra una expresión en la figura de Cristo, quien transmite su enseñanza mediante la palabra hablada. La única vez que escribe, lo hace en la arena, permitiendo que el agua borre sus palabras, tal como los monjes budistas destruyen sus mandalas tras concluirlos. Este gesto simboliza el carácter efímero y fluido del mensaje, aludiendo al ciclo perpetuo de creación y disolución. La relación con el agua, elemento ligado a lo femenino y lo cíclico, refuerza la conexión con lo inmaterial y trascendente.

En esta línea, algunos estudios sugieren que el relato bíblico de Moisés cruzando el Mar Rojo puede interpretarse como una metáfora del cuerpo calloso, el puente que conecta los hemisferios del cerebro. Se plantea que los grandes maestros iluminados, como Moisés y Cristo, simbolizan el proceso de integración entre razón e intuición, necesario para alcanzar un estado elevado de conciencia. Esta reconciliación hemisférica representa un camino hacia la plenitud espiritual.

Los románticos, en su búsqueda de raíces culturales profundas, rescatan el matriarcado como un pilar esencial de nuestra civilización. Al hacerlo, destacan la relevancia de lo intuitivo, lo simbólico y lo espiritual como aspectos fundamentales de la experiencia humana, en contraste con una visión puramente racional y lineal del conocimiento.

La noción de una "androginia mental" no es nueva y tiene profundas raíces en la tradición hermética y la alquimia medieval, donde se concebía como un estado superior del ser humano. Jung consideraba vital la integración de estos principios complementarios para nuestra evolución, vislumbrando que su unificación podría ser clave en la formación de una nueva cultura que refleje una síntesis dialéctica de nuestra historia y experiencias humanas. La desconexión progresiva del ser humano con la naturaleza y los aspectos inconscientes ha limitado la comprensión de nuestra interdependencia con la vida en el planeta. Jung lo expresó en sus escritos: *“El ser humano se siente aislado en el cosmos. Ya no está arropado por la naturaleza y ha perdido su participación emocional en los acontecimientos naturales que hasta ahora habían tenido un significado simbólico para él”*.

Jung veía en la evolución histórica de la cultura una expresión viva del inconsciente colectivo. Esto lo llevó a enviar una nota de felicitación al Papa Pío XII en 1950, con motivo de la

adopción de la doctrina de la Asunción de la Santísima Virgen. A pesar de la evidente importancia de la veneración a María en la psique colectiva —un vestigio de la Diosa Madre anterior al patriarcado, que sobrevivió a pesar de la dominancia masculina—, la Iglesia no había reconocido oficialmente esta figura simbólica hasta ese momento.

La resistencia institucional y patriarcal se oponía a aceptar esta evidencia y evolucionar al ritmo de sus propios miembros, los fieles creyentes. No fue hasta mediados del siglo XIX que los obispos empezaron a pedir a la Santa Sede que este ritual se declarara doctrina de fe, y aún así, transcurrieron 100 años hasta que se concretó.

Según relató en 2004 el profesor Quirrel, un venerable anciano y el único amigo personal de Carl Gustav Jung que aún vivía, el 1 de noviembre de 1950 el Papa Pío XII proclamó, por escrito, que la Asunción de María era un dogma de fe. Esto significaba el reconocimiento oficial de algo que podía percibirse como peligroso, antisistema y casi herético: se equiparaba a la Madre, una mujer exclusivamente humana, con el Hijo, que además de hombre era divino.

Quirrel comentó que esta proclamación generó descontento en casi todos los sectores: católicos, anglicanos... excepto en Carl Gustav Jung, quien, entusiasmado, exclamó: "*¡Por fin el sagrado femenino ocupa el lugar que le corresponde!*" Para Jung, este era el evento simbólicamente más importante en la historia de las mujeres modernas, un hito para su emancipación y reconocimiento.

Para Jung, la doctrina cristiana de la Trinidad estaba incompleta, pues carecía de un cuarto elemento que incluiría lo femenino, lo terrenal y lo oscuro, formando así una Cuaternidad más

equilibrada que precisaba de la integración de su componente oscuro. Jung respecto a lo femenino expresó su visión en sus seminarios:

“Durante mucho tiempo el cristianismo fue exclusivamente una religión de la luz; en otras palabras, el Yang, la cualidad brillante, la sustancia masculina. Es prerrogativa de nuestro tiempo descubrir que la mujer tiene una psicología, que hay otro punto de vista fuera del mundo masculino. Fue un descubrimiento completamente nuevo que el mundo podía ser visto desde un ángulo muy diferente, desde el ángulo Yin”.

Jung consideró a Satanás (sombra) y a María (principio femenino) como posibles "miembros ocultos" de la cuaternidad en la teología cristiana, ya que la trinidad (Dios, Cristo, Espíritu Santo) es masculina y carece del aspecto femenino. María, al representar lo materno y lo material, añade ese principio fundamental.

Es esta ausencia lo que genera, en el ámbito psíquico, una trinidad incompleta que, cuando se diviniza, se muestra como una estructura fragmentada. Jung, con valentía, señaló que las trinidades religiosas, en su forma más común, estaban incompletas.

Jung, al referirse a la coincidentia oppositorum (coincidencia de los opuestos) en el contexto de Cristo y el Anticristo, aborda la idea de que lo divino abarca tanto la luz como la sombra. Cristo representa el bien que surge de la naturaleza espiritual del hombre, mientras que el Anticristo encarna el mal que surge de la naturaleza material del hombre. Juntos forman una totalidad que refleja la naturaleza dual del ser humano y del universo (materia/energía). En su obra *“Aion”* Jung exploró estos conceptos:

“Las características astrológicas del pez contienen así pues esenciales elementos del mito cristiano, a saber: en primer lugar, la cruz; en segundo lugar, la contraposición moral y la separación de la misma en Cristo y Anticristo; en tercer lugar, el hijo de la virgen; en cuarto lugar, la tragedia clásica de la madre y el hijo; en quinto lugar, los peligros del nacimiento y en sexto lugar, el salvador y redentor.”

El fin del eón cristiano, vinculado a la transición entre la era de Piscis y la de Acuario en la astrología, plantea una transformación simbólica profunda. Para Jung, cada era astrológica refleja un arquetipo dominante que moldea las creencias y valores de la humanidad. Piscis, asociado a la dualidad (Cristo y el pez como símbolo), representa la fe, el sacrificio y la lucha entre opuestos. Acuario, en cambio, sugiere un enfoque más colectivo, humanitario y quizás científico, pero también puede traer crisis si no se logra integrar esta nueva energía.

El fin de este eón no necesariamente significa un apocalipsis en un sentido literal, sino más bien un desafío psíquico y espiritual: integrar la totalidad del ser, enfrentando tanto la luz como la sombra. Jung creía que la humanidad debía reconocer su propia oscuridad (el Anticristo como proyección de la sombra colectiva) para alcanzar la individuación y evitar la repetición de patrones destructivos.

El apocalipsis, en el sentido original de la palabra griega (apokálypsis), significa "revelación". Por lo tanto, Jung sugeriría que el fin del eón cristiano podría traer una revelación de la totalidad del Ser, donde se reconozca la unidad subyacente entre los opuestos, como Cristo y el Anticristo. Sin embargo, si esta integración fracasa, la sombra reprimida podría manifestarse externamente en forma de catástrofes colectivas, guerras o destrucción ambiental.

En última instancia, el desenlace depende de la capacidad de la humanidad para asumir conscientemente su papel en este proceso, equilibrando las fuerzas opuestas y abrazando un nuevo paradigma de unidad y responsabilidad. Esto implica dos procesos fundamentales por integrar tanto la sombra como lo femenino. El enfrentamiento individual con la sombra implica aceptar y confrontar los aspectos instintivos, amorales y filogenéticos de nuestra psique que solemos negar o reprimir. La sombra se manifiesta en nuestras proyecciones: cuando algo en los demás nos irrita, nos fascina o nos afecta desproporcionadamente, estamos viendo reflejados aspectos de nosotros mismos que no hemos integrado.

La sombra se nutre de la energía psíquica reprimida, proyectándose hacia el exterior, pero siempre está conectada con las profundidades del alma. Esta conexión no solo abarca lo instintivo y vital, sino que también abre la puerta a lo creativo, trascendente y universalmente humano. Integrarla no significa eliminarla, sino transformarla en una fuente de autoconocimiento y autenticidad. Este proceso permite que lo reprimido se transforme en una fuerza constructiva, enriqueciendo nuestra conexión con nosotros mismos y con el mundo.

Respecto a lo femenino, Jung señaló que cuando el yang —lo masculino, el patriarcado— llega a su extremo, se origina el yin, es decir, el retorno de lo femenino. Yin y yang, por tanto, no son elementos independientes, sino dos fases de un mismo fenómeno, bajo una visión cíclica y relativa del universo.

Lo femenino y lo masculino no equivalen estrictamente a mujer y hombre, sino que representan fases complementarias en un sistema dinámico, similar al Yin y el yang. El dominio del patriarcado, identificado con el masculino extremo, ha herido y reprimido lo femenino, tanto en mujeres como en hombres, impidiendo su integración plena.

Desde la perspectiva de la psicología junguiana, esta herida requiere una sanación tanto colectiva como individual. La lógica fragmentadora del patriarcado debe equilibrarse con la lógica del Eros femenino, que fomenta la conexión, el cuidado y el respeto por la diversidad humana y los ciclos del planeta. Este "pensamiento del corazón" nos lleva a reconocer la interdependencia entre el bienestar humano, el medio ambiente y el trato justo hacia todos los seres vivos, recordándonos que el sufrimiento de los demás también nos afecta directamente.

Jung confió en que el signo central de la evolución sería el camino hacia la integración de lo divino (Dios y Diosa) (Matriarcal y Patriarcal) en cada mujer y cada hombre. Jung dedicó sus esfuerzos hasta el final de su vida al estudio del Self (el Sí-Mismo), el núcleo profundo de la psique que puede unificar la fragmentación de la psique. María encarna el arquetipo materno. Ella, como toda madre, es anterior al hijo y al verbo. En su seno, lo divino se hace humano y el hombre redescubre lo divino en sí mismo. María no es solo madre; es el templo donde Dios comunica que la verdadera unción no es un acto de dominación, sino de comunión. A través de María, Dios muestra a la humanidad su redención en el amor de Cristo.

Cristo, nacido de esta unión, es el puente entre mundos. Su misión es clara: redimir a una sociedad cegada por el egoísmo, no a través de la fuerza, sino del amor que todo lo transforma. En él, la santísima Trinidad se expande hacia la santísima Cuaternidad. El triángulo de lo divino se convierte en el cuadrado del cosmos, simbolizando la totalidad: Dios ya no es solo Padre; es también Madre, abrazo y refugio. La historia humana es, en última instancia, una disolución de la dualidad y un retorno a la unidad.

No obstante, en el seno de nuestra mitología, hemos forjado un Dios modelado a imagen y semejanza de nuestra masculinidad. Este mito alejado de la verdadera esencia de Dios nos ha

servido para justificar nuestra conducta de invasión y posesión neurótica, nuestra defensa cruzada de verdades absolutas y nuestra acumulación de poder, legitimándonos a través de nuestras creencias particulares.

La ortodoxia se expresa así en las religiones patriarcales del Judaísmo, Cristianismo e Islam, así como en las sectas y mitos que se comportan como dogmas invasores. En la época que le ha tocado vivir a la humanidad, hemos crecido bajo el signo de lo masculino, bajo el signo del Padre. Este arquetipo patriarcal ha dominado nuestra ética individual, sometiendo a los miembros vulnerables al poder dictador de la ley y la norma interior de la tribu, del clan y de la familia en lo social, desarrollando un efecto de dominación y explotación, representado en lo económico y competitivo de nuestras sociedades.

Durante siglos, y aún hoy en muchas culturas, ser mujer ha sido considerado un estigma, una condición marcada por el peso de la inferioridad y la culpa. Las antiguas creencias, alimentadas por mitos de pecado y depravación, han instalado en el inconsciente colectivo una psicopatología que ha relegado lo femenino a la sombra, reduciéndolo a una ausencia de poder o virtud. Esta narrativa, repetida generación tras generación, no solo ha moldeado el pensamiento de los pueblos, sino que también ha penetrado en la psique de las propias mujeres, quienes, en su afán de sobrevivir en un mundo patriarcal, se han visto obligadas a adoptar máscaras de masculinidad.

Sin embargo, en ese proceso de adaptación, se ha perdido algo esencial: la sabiduría femenina ancestral, esa fuerza intuitiva y creadora que acompañó a la humanidad desde el amanecer de los tiempos. La mujer, en sus múltiples roles como madre, guía y protectora de los misterios de la vida, encarnaba un conocimiento profundo sobre la naturaleza y el ritmo del cosmos.

Durante siglos, las mujeres fueron médicas sin título, guardianas del conocimiento empírico y de los secretos de la naturaleza. En una época en la que la ciencia oficial se reservaba a los hombres, ellas cultivaban su saber en silencio, transmitiéndolo de generación en generación, de madre a hija, de vecina a vecina. En los rincones de sus hogares, con hierbas, intuiciones y manos sanadoras, encarnaban una sabiduría que no necesitaba certificados, porque provenía de la vida misma. Eran llamadas ‘mujeres sabias’ por quienes acudían a ellas en busca de alivio, pero para las autoridades representaban una amenaza.

El sistema heteropatriarcal, al consolidarse, las deslegitimó y desacreditó, etiquetándolas como brujas o charlatanas. Este no fue un simple acto de exclusión, sino una estrategia de poder: al perseguirlas, se buscaba no solo erradicar su conocimiento, sino también el espíritu de autonomía que encarnaban. La persecución de estas mujeres fue, en el fondo, una guerra contra lo femenino, contra el derecho a saber y a sanar desde otros paradigmas.

El resultado de este proceso fueron las guerras de religión, las cruzadas xenófobas, la conquista de los pueblos originarios, la inquisición de las brujas, y finalmente en nuestros tiempos el terrorismo y los crímenes de Estado. Si consideramos, que la orientación femenina es sinónimo de inclusión, participación, amor incondicional, comunión y tolerancia hacia todos los seres, vemos en lo femenino un principio de salvación.

Cuando la sociedad se vuelve más tolerante y culta, aparecen las diosas, símbolo de la tierra y la fecundidad, de la vida y la participación. Las grandes diosas de la cultura védica y egipcia nos enseñaron un mundo de integración y tolerancia, de cuidado y participación, que en los tiempos iniciales de nuestra civilización fue custodiado por la sacerdotisa.

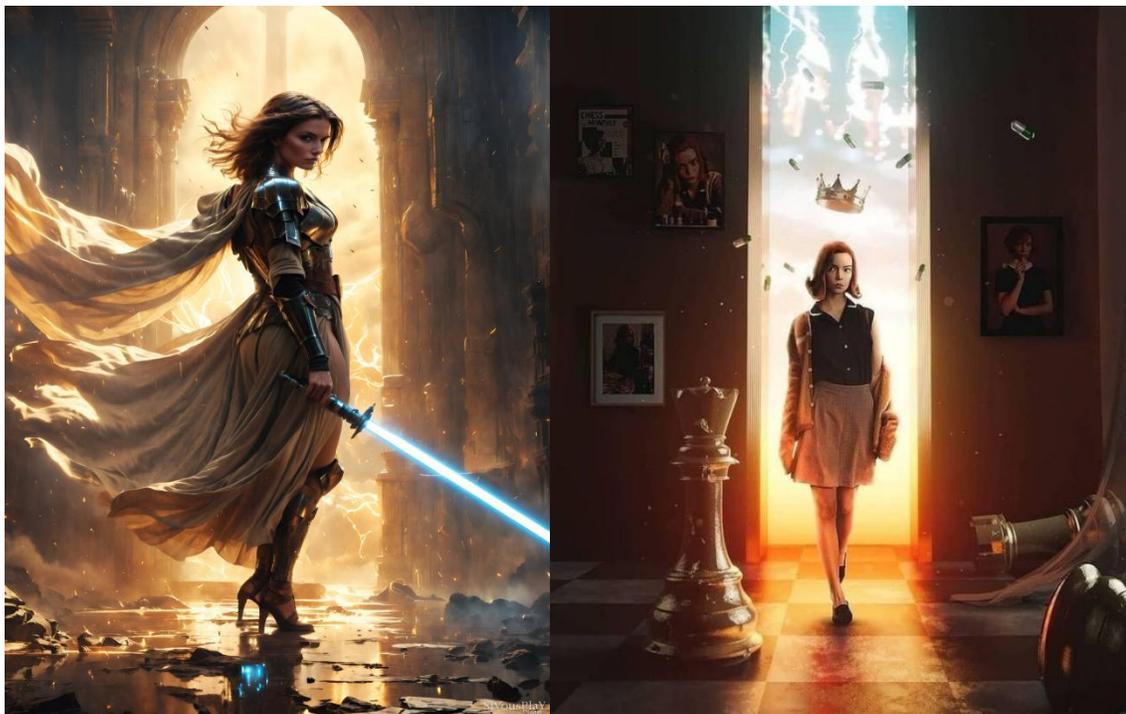
En el cristianismo primitivo existió la oportunidad de desarrollar un movimiento espiritual igualitario en las condiciones humanas, incluyendo la igualdad de género, aceptando el liderazgo de la mujer en las comunidades nacientes. Esto estaba en el centro de la posición original de Jesús, que hizo de María Magdalena su compañera y testigo primero del Reino de los cielos.

Jung publicó *“Respuesta a Job”* donde abordó el lado oscuro de Dios (la permisión del mal) y de su lado femenino. La respuesta a Job es la Encarnación, y la Asunción es su consecuencia: la glorificación del cuerpo, la exaltación de la sabiduría femenina ante el Logos masculino y la conciliación de los opuestos.

Donde lo masculino tiende a la separación y la exclusión, lo místico femenino tiende a la inclusión y la unidad; donde lo masculino, llevado al extremo, tiende al odio religioso, al dogma impositivo y a la intolerancia con otros credos, lo femenino tiende a la aceptación, a la inclusión, al anti-dogmatismo y a la participación ecuménica. La experiencia mística es la experiencia del amor divino. La analista junguiana Marion Woodman desarrolló ampliamente dicha perspectiva *“El alma femenina es la que nos fundamenta; nos ama y nos acepta en nuestra totalidad. Nuestro reto hoy es encarnar esto.”*

Así, a la fuerza, coraje y racionalidad que constituye la fuerza motora de la civilización, ha de unirse la tendencia creciente a colocar la inclusión, la participación, el respeto humano y el amor por todo lo existente en el centro de nuestro desarrollo. La integración de lo masculino y de lo femenino es el proceso interior culminante de la experiencia espiritual. Quizás así, en la celebración de la vida, podamos rescatar nuestro linaje de la depravación y opresión. En ese momento, cuando juntos hombres y mujeres hayamos rescatado a nuestro linaje de su tendencia autodestructiva, podremos alcanzar la redención.

El mundo necesita, ahora más que nunca, esa visión integradora. Necesita mujeres y hombres que recuerden el poder del amor, la intuición y la conexión con lo sagrado. Mujeres que abracen su esencia sin temor, que reivindicquen su derecho a ser completas, a ser sabias, a ser libres. En el fondo de cada mujer, y también en cada hombre, vive esa memoria ancestral que llama al equilibrio, al retorno de lo sagrado femenino. Recuperar esa fuerza y sabiduría no significa rechazar lo masculino ni glorificar lo femenino, sino integrar ambas energías por igual en una danza armoniosa entre luz y sombra.



2.2 El viaje del héroe femenino

Desde los albores de la humanidad, los relatos sobre héroes han sido el hilo conductor que teje el espíritu colectivo de los pueblos. A través de leyendas, fábulas, canciones, murales y representaciones teatrales, las hazañas de figuras como Teseo, Perseo y Eneas fueron inmortalizadas, no solo como entretenimiento, sino como símbolos de la lucha humana por el

sentido y la trascendencia. Estos héroes antiguos, con sus pruebas y triunfos, encarnaban arquetipos universales, enseñando valores y marcando el camino hacia el autoconocimiento y el desarrollo espiritual.

Hoy, ese legado continúa en las pantallas del cine, donde nuevos héroes como Luke Skywalker, Harry Potter y otros protagonistas de grandes sagas cinematográficas han capturado la imaginación del público. Aunque los escenarios y las tecnologías han cambiado, la esencia del relato heroico permanece: el viaje del héroe es siempre una travesía hacia el interior, un proceso psicológico de transformación, superación de obstáculos y descubrimiento de un glorioso propósito.

Los héroes contemporáneos, aunque envueltos en narrativas modernas, continúan siendo espejos de nuestras aspiraciones y desafíos colectivos. En un mundo fragmentado por la incertidumbre y el cambio, sus historias nos recuerdan que el coraje, la esperanza y la solidaridad son esenciales para superar las crisis y construir un futuro mejor. A través de ellos, se exploran temas como el amor, la justicia, la libertad y el sacrificio, valores que siguen siendo pilares del progreso humano.

Así, el héroe no es solo una figura de ficción, sino un símbolo vivo del potencial humano. Cada uno de nosotros, al enfrentarnos a nuestros propios desafíos, se convierte en un héroe en su propio viaje. Las historias que contamos y escuchamos, ya sea en antiguas epopeyas, en modernas películas o en el historial clínico de un paciente, son un recordatorio de que, en última instancia, todos somos protagonistas de nuestra propia aventura, y que el verdadero héroe es aquel que se atreve a encarar sus heridas, aceptarlas y transformarlas. Es en esa búsqueda honesta de la verdad

interior donde reside la posibilidad de hallar la luz que, al compartirse, puede iluminar el camino de otros.

Este acto de valentía no es un gesto solitario, sino una invitación a la conexión humana. El héroe no solo vence sus propios demonios, sino que, al hacerlo, abre espacios para la sanación colectiva. Cada proceso de autoexploración, ya sea en el campo de la psicoterapia o en los relatos épicos, nos recuerda que la verdadera hazaña no es la conquista externa, sino el autoconocimiento, el encuentro con la esencia, el despertar de la conciencia.

Según la descripción de Joseph Campbell en el viaje arquetípico del héroe, coexisten el libertador, el chamán, el místico, el creador, el explorador, el amante, el cuidador y el descubridor de nuevos mundos. Este es un viaje dramático que implica ciertas fases características, como la separación decisiva de la comunidad, que aleja al Yo de la zona de confort en la cual hasta ese momento ha estado insertado.

Las experiencias que surgen revelan que la vida física y espiritual del mundo está sometida a un gran peligro, representado por una sombra intrusa, una caída en desgracia, y un cambio radical de enfoque, que pasa de las realidades exteriores al dominio interior. Atravesando la noche oscura del alma el héroe encara el sufrimiento para disolver las estructuras identitarias y existenciales básicas del Yo, y así finalmente lograr desarrollar una consciencia de unidad en la que es capaz de experimentar su conexión con el todo.

Cada héroe, en su aventura, simboliza el camino que todos recorreremos en nuestra búsqueda de identidad y plenitud. Joseph Campbell, en su célebre obra "*El héroe de las mil caras*", describió este viaje como una estructura universal: el héroe parte de su mundo conocido, enfrenta desafíos,

se transforma y regresa renovado, llevando consigo un don para su comunidad. Las historias de héroes no solo entretienen, sino que cumplen una función vital: ofrecen mapas simbólicos que guían a las personas en sus propios procesos de cambio y evolución. El enfrentamiento con el dragón, la búsqueda del tesoro o la conquista del mal representan, en realidad, la confrontación con miedos internos, la integración de sombras y la realización de potencialidades latentes.

Maureen Murdock, psicoterapeuta junguiana, planteó una cuestión fundamental a Joseph Campbell: ¿cómo se relaciona el viaje del héroe con la experiencia femenina? Campbell, en su respuesta, afirmó: *“Las mujeres no necesitan hacer el viaje. En toda la tradición mitológica, la mujer [ya] está ahí. Todo lo que tiene que hacer es darse cuenta de que ella es el lugar al que la gente está tratando de llegar.”*

A partir de la respuesta de Joseph Campbell, Maureen Murdock desarrolló su propia estructura en 10 etapas, centrada en el mundo femenino, que sirve como una versión alternativa al *Héroe de las mil caras* de Campbell. A continuación, se presentan las etapas de este viaje heroico femenino:

1-Separación del mundo femenino: En esta primera etapa, la heroína se siente insatisfecha o incómoda con su vida actual y el rol impuesto por la sociedad. Empieza a cuestionar las normas y valores que ha aceptado como propios, preparándose para embarcarse en un viaje hacia lo desconocido.

2-Identificación con lo masculino y el viaje: La heroína se aventura en una búsqueda para definir su identidad, adoptando características y valores tradicionalmente asociados con lo masculino. Este es un período de aprendizaje y descubrimiento, en el que la heroína se esfuerza por alcanzar éxito y reconocimiento en un mundo dominado por hombres. Puede buscar asumir

cargos de liderazgo, éxito profesional e independencia económica. Sin embargo, este proceso también puede implicar una crisis de identidad al abandonar sus cualidades femeninas.

3-Cruza el umbral: La heroína se adentra en un nuevo entorno y enfrenta pruebas. Se encuentra con personas que intentan disuadirla del camino elegido o destruirla, representadas metafóricamente por ogros y dragones. En ausencia de la seguridad del hogar, busca reafirmarse en lo masculino para ser reconocida por los hombres. A nivel interior, su tarea es superar los mitos de dependencia, la inferioridad femenina y el déficit en pensamiento y amor romántico.

4-Ilusión del éxito: Tras superar diversas pruebas, la heroína alcanza cierto éxito: un título poderoso, una posición o una riqueza. Se convierte en una supermujer que lo tiene todo. Es reconocida por el mundo masculino y cree que ha alcanzado sus logros, pero no se siente satisfecha. A pesar de haber alcanzado sus objetivos, experimenta una sensación de incompletitud.

5-Muerte y despertar espiritual: A pesar de sus éxitos, la heroína se siente vacía y piensa que debe haber algo más en la vida. Puede sentirse traicionada por el sistema o por sus aliados. Escucha su voz interior después de años de ignorarla y siente una traición hacia sí misma y hacia su género. Ha sacrificado su alma y su corazón. Se ha abandonado a sí misma y no sabe a quién culpar.

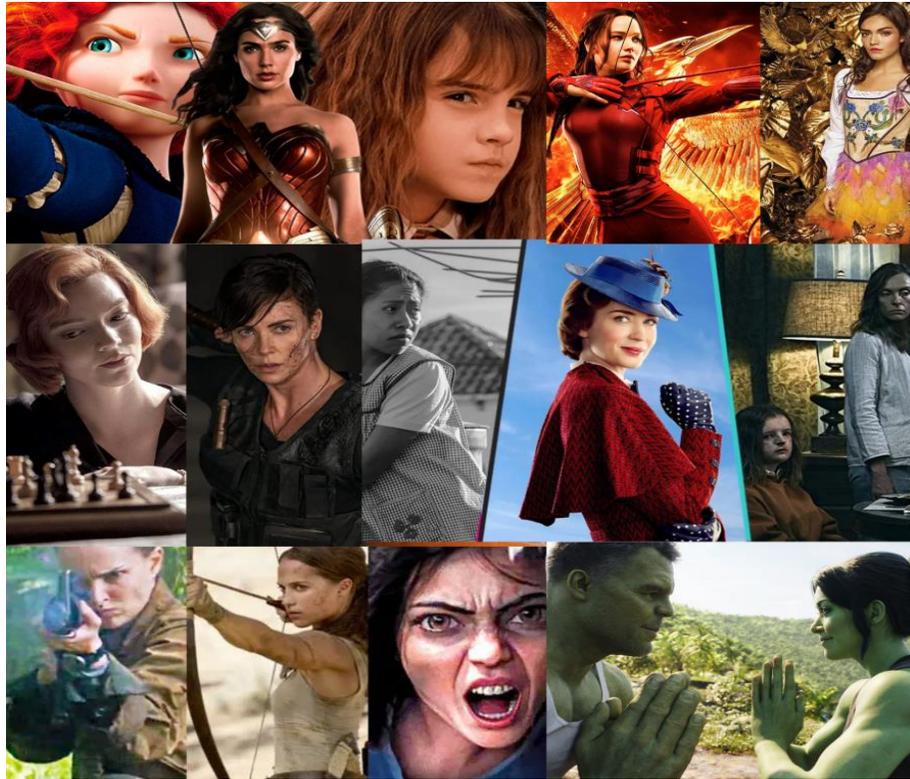
6-Iniciación y descenso a la Diosa: La heroína se encuentra con una figura femenina poderosa o sabia que le ofrece guía, apoyo y conocimiento. Este encuentro puede ser con una mentora, una madre o una figura espiritual que representa la esencia de lo femenino. Este encuentro la ayuda a reconectarse con su propia feminidad y a entender el valor y la fuerza que posee. La diosa le revela que la forma de salvarse no es a través de lo masculino, sino conectándose consigo misma. Este momento de gran revelación y empoderamiento le otorga la inspiración necesaria para continuar su viaje, reconociendo que posee la sabiduría necesaria.

7-Anhelo de reconectarse con lo femenino: Gracias a su encuentro con la diosa, la heroína se reconecta con lo femenino y comienza su viaje de regreso. Empieza a reconocer y aceptar plenamente su propia feminidad, incluyendo cualidades como la intuición, la empatía, la creatividad y la capacidad de nutrir. En este punto, deja de ver su feminidad como una debilidad y la abraza como una fuente de poder y sabiduría, avanzando hacia su proceso de integración psíquica.

8-Sanando la separación entre madre e hija: La heroína se reconecta con sus raíces y encuentra fuerza en el pasado. Surge de la oscuridad con un sentido más profundo de sí misma, lo que le otorga una forma de ser más responsable y empática. Descubre que una de sus misiones primordiales es sanar la herida de su linaje femenino, convirtiéndose en la redentora de sus ancestros.

9-Sanando lo masculino herido: Tras reorientar su concepto de feminidad, la heroína debe deshacerse de las percepciones tóxicas de la masculinidad. Se aparta de los prejuicios y busca lo que realmente le es significativo. Deja de lado los conceptos idealistas sobre los hombres y se da cuenta de que no tiene que perder su parte femenina para convivir con lo masculino.

10-Integración de lo masculino y lo femenino: dualidad y equilibrio: La heroína ha completado el círculo. Los aspectos masculinos y femeninos de su personalidad se integran en una unión de Ego y Self. Recuerda su verdadera naturaleza y utiliza de manera constructiva toda la fuerza que ha encontrado en sí misma, alcanzando un equilibrio que le permite vivir de forma auténtica y plena.



La visión patriarcal ha fragmentado la imagen integral de la mujer, relegando a las sombras aquellos aspectos que se perciben como opuestos a la masculinidad convencional. Lo distinto, lo oscuro o lo subversivo ha sido marginado a los márgenes de la normalidad. Sin embargo, en la psicología femenina, este "lado oscuro", asociado a las diosas sombrías, es esencial para alcanzar la plenitud, pues representa un tránsito necesario a través de crisis como la depresión o la desintegración, pasos que conducen a una profunda transformación. Reconocer estas figuras femeninas permite reconstruir una visión integral de lo femenino, destacando cualidades como la ternura, la pasión, la inteligencia, la fuerza y el poder político, artístico y espiritual de las mujeres.

En su obra *“Lo femenino en el cuento de hadas”*, Marie-Louise von Franz analiza cómo los relatos folclóricos de diversas culturas revelan arquetipos femeninos profundamente arraigados en el imaginario colectivo. Desde personajes icónicos como Blancanieves, Cenicienta y Caperucita

Roja, hasta historias menos conocidas, von Franz desentraña los símbolos y estructuras psicológicas que subyacen en estos relatos. Para ella, los cuentos de hadas son expresiones oníricas colectivas que reflejan los miedos, deseos y dilemas universales de la psique humana, y en muchos casos, ocultan el *Ánima* femenina incluso en personajes masculinos.

El viaje de la mujer heroína, al igual que los arquetipos presentes en los cuentos de hadas, es un proceso de reconocimiento y asimilación de todos los aspectos que han sido desvalorizados en un mundo predominantemente masculino. A diferencia del viaje del héroe, que suele estar asociado al héroe solar y al Logos, el camino de la heroína resalta la conexión con los ciclos naturales y los suyos propios, vinculándose con la Luna, Eros, el corazón y la intuición. Este viaje no solo busca la reconciliación con la sombra femenina, sino también la integración de todos los aspectos que conforman una visión completa de lo femenino, enfatizando su capacidad de transformación y renovación tanto personal como colectiva.

Tanto el héroe como la heroína utilizan el sol y la luna como símbolos que representan la integración entre opuestos complementarios. Hay un reconocimiento de lo sagrado de la parte femenina de todo ser humano. La mujer heroína trae toda esa sabiduría olvidada y, en su proceso de crecimiento, ha transformado la voz interna enjuiciadora para reconocer la visión simbólica del mundo en el que vivimos, encontrando en su vida una trascendencia relevante para la actualización de la trama cultural del cosmos.

En el caso de la mujer, no hay llamada a la acción, porque la mujer no sale a conquistar o a la búsqueda de aventura, sino que lucha por lo propio: su gente, su reino, su familia. Es entonces,

cuando se transforma en heroína. Su motivación es mucho más poderosa, más intrínseca, y tiene que ver con la introspección y la sanación.

Toni Wolff, discípula de Jung, desafió las nociones clásicas del psicoanálisis. Freud planteaba que el mito de Edipo representaba la experiencia paradigmática de todos los seres humanos. Wolff rechazó esta idea y, tras reflexionar sobre los diferentes “tipos” de mujeres en los mitos, propuso una serie de arquetipos que, según ella, reflejan mejor la experiencia femenina. Los cuatro arquetipos principales que identificó son: madre, amazona, mediadora y compañera. Estos arquetipos, reconocidos a través de la historia de la cultura, le permitieron complementar las cuatro funciones psíquicas de Jung (intuición, pensamiento, sensación y sentimiento).

Wolff consideró que estas cuatro formas surgen de la relación de la mujer con su entorno. Dos de ellas se vinculan de manera personal (madre y compañera), mientras que las otras dos representan vínculos impersonales (amazona y mediadora). Normalmente, una de estas formas predomina en la personalidad de una mujer, acompañada de una segunda menos consciente, mientras que las otras dos permanecen en el inconsciente, elevándose a la consciencia en la segunda mitad de la vida tras un trabajo personal significativo. Cada arquetipo contiene aspectos positivos y negativos que requieren un desarrollo consciente:

Madre

La función de la madre está asociada al cuidado y la nutrición, dirigiéndose instintivamente hacia aquello que está en proceso de crecimiento.

- **Aspecto positivo:** fomenta el desarrollo, la nutrición y la fuerza de quienes la rodean.

- **Aspecto negativo:** puede volverse asfixiante, generar ansiedad en los demás e impedir su desarrollo, absorbiendo su individualidad.

Compañera

Este arquetipo se relaciona con el hombre en un plano de igualdad, como amiga, amante o musa inspiradora.

- **Aspecto positivo:** ayuda al hombre a desarrollar sus valores más personales, despertando cualidades internas y enfrentando sus sombras.
- **Aspecto negativo:** si no va más allá de la persona de su compañero, puede perder su autenticidad y dejar de ser una guía válida.

Amazona

La amazona representa una energía femenina orientada a logros objetivos y valores culturales, independiente del hombre.

- **Aspecto positivo:** encarna ambición, independencia y orgullo por logros propios.
- **Aspecto negativo:** puede adoptar actitudes agresivas hacia lo masculino, cayendo en una imitación de lo peor del patriarcado: crueldad, violencia y sexualidad sin alma.

Mediadora

Este arquetipo está vinculado al inconsciente colectivo y al "espíritu de la época", captando la atmósfera psíquica del entorno.

- **Aspecto positivo:** es una fuente de inspiración, manifestando contenidos inconscientes que no suelen ser accesibles.

- **Aspecto negativo:** puede confundirse con el inconsciente, derivando en supersticiones o comportamientos sombríos, como el de una médium o bruja.

Es común que la función secundaria de una mujer no sea opuesta a la primaria. Por ejemplo, si una mujer se identifica con el arquetipo de amazona (impersonal), es habitual que su función secundaria sea una de las que se relacionan personalmente con el entorno (madre o compañera).

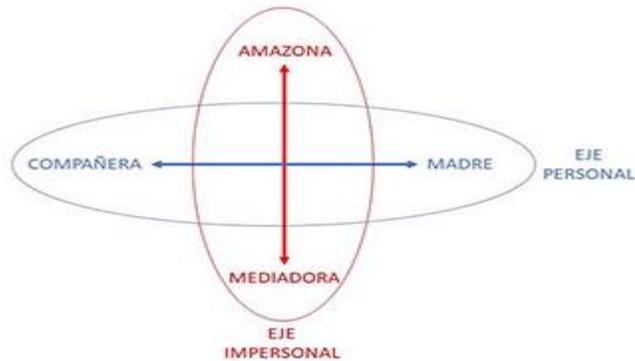
El proceso de integrar las funciones requiere esfuerzo:

1. La segunda función suele ser más accesible, aunque parcialmente consciente.
2. La tercera implica trabajar con aspectos más profundamente ligados a la sombra.
3. La cuarta, generalmente opuesta a la primaria, es la más difícil de asimilar, ya que está enterrada en el inconsciente y solo emerge simbólicamente.

Según Wolff: *"La mujer que inteligentemente se dedica a esta tarea encontrará su lugar adecuado en este mundo moderno y habrá completado su misión cultural. Así alcanzará la seguridad íntima que llega cuando los contenidos psíquicos (la Sombra, el Ánimus, la Gran Madre, la Mujer Sabia e incluso el Yo) dejan de ser proyectados en el ambiente"*. El modelo propuesto por Wolff incluye dos ejes:

1. **Vertical:** relacionado con el apego, la reproducción y la preservación.
2. **Horizontal:** relacionado con el poder espiritual y social.

Cada extremo del eje representa un campo energético asociado a los arquetipos. El patriarcado ha generado caricaturas de estas energías: la madre, la amante, la que odia a los hombres y la bruja. Hoy en día, los hombres tienden a preferir relacionarse con mujeres que están en el eje vertical, temiendo los rasgos asociados al eje horizontal.



Las cuatro formas surgen a partir de la relación de la mujer con su entorno, lo que determina en gran medida sus actitudes ante situaciones típicas. Por ejemplo, mientras que la amazona vive cerca del Ego, la mediadora puede resultar sombría en ocasiones. La mediadora es inspiradora porque manifiesta contenidos inconscientes que normalmente no son accesibles. Para el hombre, representa la parte impersonal de su *Ánima*, lo que explica por qué a menudo es percibida como una hechicera. Esta función tiende a inclinarse hacia mujeres con afinidad por el misticismo, la psicología, la sanación o el arte intuitivo.

Del mismo modo que la amazona puede dejarse llevar por el Ego y terminar imitando lo peor del hombre —brutalidad, crueldad, violencia o una sexualidad desprovista de alma—, la mediadora puede ser arrastrada por los vientos del inconsciente. Esto puede llevarla a quedar eclipsada por un complejo o poseída por un arquetipo, cayendo en una inflación del Ego.

La historia de la humanidad ha transitado por etapas marcadas por el matriarcado y el patriarcado, sistemas que privilegiaron una visión dominante de lo femenino o lo masculino, respectivamente. Sin embargo, el momento actual parece caracterizarse por la ambigüedad, posiblemente porque nos encontramos en una etapa de síntesis o conciliación entre ambos polos.

Jean Baudrillard describe este fenómeno como un proceso de transformación que genera una competencia paradójica: la mujer busca profundidad, mientras el hombre persigue la evidencia visible. Ambos se encuentran en un espacio característico de lo femenino: la incertidumbre. Es la incertidumbre de Alicia en el País de las Maravillas, símbolo de la perplejidad de la mujer extraviada en un mundo dominado por las reglas de las iniciaciones viriles. La joven que alguna vez se soñó heroína de un juego cuyas normas desconocía, ahora se reinventa, cobrando la dignidad de una profetisa capaz de intuir y dar forma a un nuevo orden.

En el umbral de un mundo donde los límites entre ciencia y misticismo comienzan a desdibujarse, el resurgir del arquetipo de la sacerdotisa se manifiesta como una fuerza renovadora.

Jung, con su intuición visionaria, había anticipado este fenómeno no solo como un modelo del inconsciente colectivo, sino como el retorno de verdaderas iniciadas de la antigüedad: mujeres que, a lo largo de los siglos, han trabajado en un linaje destinado a ayudar a equilibrar el mundo. En nuestro tiempo, este arquetipo comienza a manifestarse con fuerza, recordando (re-cordis, "volver a pasar por el corazón") y despertando una sabiduría ancestral que trasciende el tiempo.

La figura de la sacerdotisa emerge como un arquetipo profundamente transformador. No es únicamente una guardiana de templos físicos, sino una mujer que encarna el templo en sí misma, simbolizando la conexión entre los mundos visible e invisible. Como portadora de los misterios de la vida, la magia y la sacralidad, es consciente de su papel como iniciadora, como alquimia viva y como vaso sagrado que une y transforma.

Este arquetipo resuena poderosamente en el mito del Santo Grial, que a lo largo de la historia ha sido interpretado como un emblema de redención. Desde la perspectiva de la Psicología Analítica de Marie-Louise von Franz y Emma Jung, el Grial encarna una representación del Sí-

mismo, integrando elementos introvertidos y femeninos, como lo receptivo y lo transformador. En este sentido, ofrece una reconciliación entre los principios masculino y femenino, señalando el camino hacia un equilibrio profundo y duradero tanto en el individuo como en la colectividad.

Conforme estas iniciadas contemporáneas despiertan, encarnan una nueva luz para el mundo. Son un canal para la diosa, una presencia que cataliza una transformación global y redefine el equilibrio de la fuerza. Al final, el viaje de la heroína no es solo una exploración arqueológica del matriarcado o del pasado, sino una invitación a la humanidad a recordar su esencia sagrada y tejer una nueva narrativa donde el conocimiento ancestral, la femineidad y la innovación tecnológica coexistan en armonía.

Desde la perspectiva junguiana, integrar lo femenino no solo beneficia a las mujeres, sino también a los hombres, liberándolos de roles patriarcales restrictivos. Esta integración trasciende lo individual y es clave para abordar retos globales como la crisis ambiental y las divisiones sociales. Complementar la lógica patriarcal con el *Eros* femenino tal como lo vislumbro el Circulo de Eranos puede impulsar un progreso más equilibrado y sostenible para la humanidad. En palabras de Maureen Murdock:

“[La heroína] no debe descartar ni renunciar lo que ha aprendido a lo largo de su búsqueda, sino ver sus habilidades y éxitos ganados con tanto esfuerzo no tanto como la meta sino como una parte de todo el viaje. Este enfoque en la integración y la consiguiente conciencia de interdependencia es necesario para cada uno de nosotros en este momento mientras trabajamos juntos para preservar la salud y el equilibrio de la vida en la tierra.”



Jolande Jacobi en “El reino de las imágenes del alma”, menciona: *“En la era del dominio del matriarcado, los hombres vivían en constante temor al poder femenino, reverenciaban a la Gran Madre y la temían. Este miedo los obligaba a olvidarse de sus sombras, reprimidas en el subconsciente. Ellos cuidadosamente evitaban cualquier indicio de todo lo que tuviera tres dimensiones, cualquier referencia al espacio tridimensional, en el que solo es posible la parte oscura del ser humano. Una imagen completamente diferente se nos presenta en el mundo dominado por los hombres, donde la mujer en la vida social está destinada a roles secundarios. El hombre puede permitirse mucha más libertad y expresar abiertamente su sombra.”*

Lo femenino y lo masculino no equivalen estrictamente a mujer y hombre, sino que representan fases complementarias en un sistema dinámico, como el Yin y el yang. El dominio del patriarcado, identificado con lo masculino extremo, ha herido y reprimido lo femenino, tanto en

mujeres como en hombres, impidiendo su integración plena; esta herida requiere sanación colectiva e individual. La lógica fragmentadora del patriarcado debe equilibrarse con la lógica del eros femenino, que promueve conexión, cuidado y respeto por la diversidad humana y los ciclos del planeta.

Marian Sánchez, escritora y fundadora de *Storytelling Studio*, señala que las narrativas heroicas tradicionales enfatizan características masculinas, relegando la feminidad a roles secundarios. Incluso en conceptos religiosos como la Santísima Trinidad, lo femenino estaba ausente. Históricamente, esta invisibilización no solo influyó en el ámbito narrativo, sino que también se extendió a esferas laborales, sociales y económicas, perpetuando la desigualdad de género.

A lo largo de la historia, muchas grandes pensadoras han sido relegadas al olvido o han recibido un reconocimiento significativamente menor que el otorgado a sus colegas hombres. Científicas brillantes como Emmy Noether, pionera en las matemáticas; Cecilia Payne, quien descifró la composición de las estrellas; o Rosalind Franklin, clave en el descubrimiento de la estructura del ADN, no han tenido el mismo lugar en la memoria colectiva que figuras como Albert Einstein. De hecho, si Einstein hubiera nacido mujer, es probable que hoy supiéramos mucho menos sobre una de las mentes más brillantes de la historia.

Desde Hipatia de Alejandría, una de las primeras científicas, que realizó importantes aportes a las matemáticas y la astronomía antes de ser asesinada por una turba de cristianos, hasta Marie Curie o Marianne Grunberg-Manago, un gran número de científicas han enfrentado la invisibilización. Hipatia, convertida en mártir de la ciencia, simboliza cómo el patriarcado ha ignorado las contribuciones femeninas al conocimiento y al progreso.

María la Hebrea, también conocida como María la Profetisa, es una de las primeras figuras femeninas asociadas con la ciencia y la espiritualidad, aunque su existencia histórica, según los estándares modernos, no esté confirmada. Envuelta en el mito y profundamente arraigada en la tradición hermética, su legado ha trascendido los siglos como símbolo de sabiduría y transformación. A menudo identificada con Miriam, hermana de Moisés y Aarón, su figura conecta la liberación del pueblo judío con el nacimiento de la Alquimia, considerada en el antiguo Egipto una ciencia sagrada.

Mientras que la Biblia la menciona en los relatos del *Éxodo* y *Números*, es en los textos alquímicos donde María deja una huella imborrable. Zósimo de Panópolis, un alquimista del siglo III, la cita frecuentemente en sus tratados, consolidando su figura como la primera mujer alquimista. María es recordada como una maestra de la alquimia, vinculada simbólicamente a Hermes, transmisor del arte real y del conocimiento hermético. María la Hebrea ilumina la historia de las mujeres en la ciencia y la espiritualidad, marcando el inicio de un linaje que combina el rigor intelectual con la búsqueda trascendental.

En la actualidad, aunque se han logrado avances significativos en equidad de género, los sesgos persisten, especialmente en áreas como STEM (ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas). Estas disciplinas, clave para el desarrollo global, aún están marcadas por valores y perspectivas predominantemente masculinos, limitando el acceso de mujeres y niñas a estas esferas. Reconocer y valorar las contribuciones históricas y actuales de las mujeres en la ciencia no solo es una cuestión de justicia, sino también una oportunidad para enriquecer el progreso tecno-científico con una diversidad de voces y enfoques.



2.3 El héroe solar

En las vastas narrativas de las mitologías patriarcales, la figura del héroe trasciende lo humano, elevándose a una majestad consagrada que se sitúa por encima de los reinos mundanos. Con una lógica renovada y valores adaptados a nuevas épocas, el antiguo politeísmo de la psique persiste, vivo y transformado, en la polifonía de las mitologías contemporáneas.

Apolo sigue cabalgando por los cielos, radiante con la luz del Sol, infundiendo justicia desde su vehículo celeste protegiendo galaxias con una voluntad incandescente, cual linterna verde de esperanza. Hades, en su reino de sombras profundas, permanece como el guardián del inframundo, desatando la furia de las Erinias en avenidas teñidas de oscuridad y desolación.

Thor, con su martillo, quiebra los cielos en estallidos de trueno, disipando la negrura amenazante de la noche, mientras el bromista Loki continúa engañando a los viajeros con trampas e ilusiones. Hefesto, en su taller eterno, forja artefactos maravillosos, dominando el aire en su coraza indestructible, avatar del poder ilimitado de la tecnología. Poseidón, amo de los océanos, reina sin rival sobre las mareas y los secretos que se ocultan bajo las olas de los siete mares.

Atenea, en su renovada forma, surge como una guerrera de sabiduría y fuerza, encarnando la inteligencia estratégica y la valentía indomable. Váli, el arquero infalible, dispara sus flechas en mil direcciones, mientras Ares, acompañado de los titanes, palpita en la brutalidad descontrolada de un ser transformado por la furia de rayos gamma. Hermes, aún el mensajero más veloz, se desplaza cautelosamente entre los filamentos invisibles de las tecnologías que conectan nuestro mundo.

A través de las historias, tanto antiguas como nuevas, el simbolismo del héroe solar se mantiene constante, como un recuerdo de lo sagrado, un fuego que nunca ha dejado de arder en nuestro interior. Su luz se refleja en la eterna lucha por la iluminación de la humanidad tal como lo ejemplifica el mito griego de Prometeo o el mito mesoamericano del tlacuache.

Es en esos vastos reinos de la fantasía, ricos en símbolos y memorias atemporales, donde la psique humana se despliega y descubre su esencia multifacética, revelando los pliegues de lo inconsciente que subyace a cada impulso creativo. Allí, entre los resplandores de una imaginación sin fronteras, la multiplicidad arquetipal de la alquimia se hace manifiesta, entrelazando lo humano con lo divino, lo conocido con lo inexplorado. Jung dijo: *“Si usted está en busca del alma, vaya en primer lugar a las imágenes de su fantasía, pues así es como la psique se presenta directamente.”*



James Hillman en *“El pensamiento del corazón”* menciona: *“El mundo está entrando en una nueva fase de conciencia: al llamar la atención sobre sí mismo por medio de sus síntomas, puede comenzar a tomar conciencia de sí mismo como realidad psíquica. El mundo es ahora objeto de un enorme sufrimiento y presenta una serie de síntomas graves y llamativos, por medio de los cuales se defiende del colapso.”*

El héroe o la heroína surge como una figura arquetípica cuya misión principal es encontrar la luz y, una vez iniciado, emplearla para disipar las tinieblas y otorgar conciencia. A través de pruebas y aventuras, el héroe se convierte en un ser transformador, adquiriendo autoconciencia y afirmando la verdadera esencia de su Yo, oculta tras la máscara.

Para alcanzar este compromiso social y forjar su identidad, el héroe debe abandonar la zona de confort, enfrentar duelos y confrontar aspectos de su personalidad desconocidos o fragmentados,

mantenidos escindidos por una mente aún infantil. Solo mediante este proceso podrá emerger un Yo diferenciado, integrado y autónomo.

El héroe tiene el deber de individualizar su alma del reino arquetípico de los dioses, dotándola de un rostro e identidad propios, lo que le permite diferenciarse del inconsciente colectivo y reclamar la soberanía sobre su propia alma. Este viaje arquetípico simboliza la salida del inframundo y la ascensión al cielo, representando la transformación espiritual y psíquica hacia la totalidad.

Más allá del simbolismo del héroe, históricamente existe una relación de identidad —una "mismidad" esencial— entre Helios-Sol y el "Hijo Unigénito" que permite intercambiar estos términos sin alterar sus significados profundos. Este vínculo refleja una integración conceptual que trasciende la mera representación figurativa, estableciendo una conexión ontológica. El jesuita Antonio Orbe lo expresó con claridad al señalar que: *“los teólogos solares adaptaron la tradición pitagórica, sustituyendo el Logos por el Sol, que dirigía, desde el centro de las esferas planetarias, el coro de las Musas y producía el acorde sinfónico que aseguraba la unidad del mundo.”*

Esta adaptación, perceptible entre los estoicos del primer siglo, tuvo una profunda influencia histórica, alcanzando su culminación en los platónicos del Renacimiento. Desde el platonismo y el estoicismo, el Sol dejó de ser solo un símbolo de la vida terrenal, un paradigma de inmortalidad o un agente de salvación en ciertos cultos místicos. Se convirtió, en cambio, en un principio fundamental dentro de la teología racional —particularmente en el gnosticismo—, que sirvió como fundamento de la mitología cristiana.

Los orígenes del cristianismo están profundamente entrelazados con la simbología solar, particularmente con el Sol como emblema de Cristo. Este vínculo va más allá de una simple metáfora: el Sol no solo simbolizaba al Logos, sino que formaba parte esencial de su naturaleza. Jung relaciona la cruz con los antiguos palos que se frotaban para producir fuego, símbolo de iluminación, cuidado y la capacidad creativa de los seres humanos. Este fuego, asociado con la chispa de la consciencia y la creación de herramientas, convierte a la cruz en un poderoso símbolo de la energía, la luz y la creatividad que surgen de la tensión entre polaridades.

La cruz, en este sentido, representa la unión dinámica de opuestos, donde la tensión no es meramente un conflicto, sino una fuerza generadora. Subjetivamente, esta tensión se manifiesta como emociones: ese fuego interior que nos conmueve, incomoda y nos impulsa hacia el cambio. Es precisamente este proceso el que permite el refinamiento del ser, la transformación psíquica, el desarrollo de la consciencia y el "hacer alma", en el sentido que expresa Hillman sobre integrar las dimensiones profundas de la psique en nuestra experiencia de vida.

La cruz es un símbolo universal presente en muchas culturas, desde la fenicia hasta la inca, pasando por el antiguo Egipto, China y Cnosos en Grecia. La cruz solar, una cruz inscrita dentro de un círculo, es un emblema recurrente en los artefactos de la Europa prehistórica, especialmente durante el período Neolítico y la Edad de Bronce en Europa.

En este contexto, los primeros teólogos cristianos, influidos por el platonismo medio y el eclecticismo de Filón de Alejandría, moldearon a Cristo como un héroe solar, una figura arquetípica que resonaba con personajes míticos de diversas culturas, como Josué y Sansón en el judaísmo, o Apolo, Hermes, Osiris y Quetzalcóatl en otras tradiciones. Este arquetipo solar,

profundamente arraigado en mitos de muerte y resurrección, dotaba a Cristo de un carácter universal como redentor.

Los evangelios, especialmente el de Juan, y textos como el *Apocalipsis* refuerzan esta conexión al identificar a Cristo con la Palabra del Génesis y el Hijo de Dios de la tradición judeo-alejandrina. San Mateo, por ejemplo, cita la profecía de Isaías para describir al Mesías como la luz que ilumina al pueblo que habitaba en tinieblas, reflejando el amanecer que disipa la oscuridad de la noche. En este sentido, Cristo no solo se presenta como redentor espiritual, sino también como portador de claridad y entendimiento, trayendo esperanza y renovando la conciencia humana.

Este arquetipo luminoso no se limitó al nacimiento y ministerio de Cristo; su luz se reflejó en sus discípulos, muchos de ellos pescadores y personas comunes, demostrando que esta iluminación estaba destinada a todos. La luz de Cristo, como el sol que brilla para todos sin distinción, simboliza la esperanza y la capacidad de trascender la ignorancia y el error, ofreciendo una claridad sobrenatural que guía hacia la redención y la verdad. A través del tiempo, esta luz ha continuado iluminando las mentes y los corazones de quienes buscan superar la oscuridad, reafirmando su conexión con los arquetipos solares presentes en las raíces del cristianismo y su desarrollo histórico.

El héroe solar, presente en la mayoría de las mitologías, emerge de un nacimiento milagroso que resalta su naturaleza divina o sobrehumana. Este nacimiento suele implicar a una madre virgen y un padre espiritual, mientras el héroe enfrenta la amenaza de aniquilación por parte de un padre terrenal que teme perder su poder. Para protegerlo, fuerzas protectoras lo esconden, enviándolo lejos y abandonándolo en una corriente de agua o el océano, símbolos de la inconsciencia colectiva de la que debe emerger. Tras ser recogido por gente humilde que lo cría,

el héroe sobrevive y crece, con su linaje divino oculto, hasta que, ya adulto, pasa por un proceso de iniciación en el cual sus habilidades extraordinarias emergen. Este proceso marca el inicio de su transformación espiritual y su preparación para enfrentar desafíos mayores.

Del mismo modo, el bautismo se entiende como un ritual de muerte y renacimiento que simboliza una profunda renovación de la psique. En sus formas más antiguas, el bautismo no era solo una aspersion simbólica, sino una inmersión completa que representaba una muerte figurativa mediante el ahogamiento, una purificación radical y transformadora. Esta práctica, como la realizada por Juan el Bautista, marcaba la transición hacia una nueva vida, reforzando el simbolismo del renacimiento. En otros rituales, el renacer también podía ocurrir a través del fuego o la combinación de fuego y agua, elementos opuestos que, al unirse, generaban una energía transformadora. Edwar F. Edinger en “*EL ARQUETIPO CRISTICO*” recopila la perspectiva de Jung sobre el arquetipo de Cristo:

“El bautismo de Cristo representa una experiencia iniciática de la ‘solutio’, un drama de muerte y renacimiento en el que el ego se encuentra y compromete con su destino transpersonal. (...) Que Cristo fuera bautizado por Juan el Bautista indica que inicialmente fue seguidor suyo. (...) Algo similar puede suceder cuando un paciente se somete a la transferencia. Lo que comienza como dependencia personal y proyección puede conducir al encuentro único con la psique objetiva. La idea de la limpieza y santificación del agua sugiere la transformación del inconsciente. Lo que una vez había sido la morada de los demonios, complejos autónomos que amenazan con poseer al ego, puede, a través del aumento de la consciencia, ser experimentado como el terreno sagrado y transpersonal del ser.”

Jung relacionó el renacer espiritual, como el de Zaratustra en Nietzsche, con el simbolismo del bautismo en el Jordán y el nacimiento de Jesús a su vida pública. En términos psicológicos, este ritual de renacimiento representa un momento decisivo en el desarrollo personal. Según los evangelios de Marcos y Mateo, el bautismo simboliza la renuncia al Ego individual para aceptar un llamado superior, orientado la vida hacia una vocación espiritual que procura el bienestar colectivo.

Este compromiso implica una profunda purificación del pasado y la adopción de un código ético que exige voluntad, valentía, humildad, compasión y otras cualidades esenciales. Este proceso, tanto ritual como psicológico, forja una nueva identidad, marcando la transformación del héroe en un ser íntegro, consciente de su propósito y comprometido con una vida significativa y trascendente.

La figura de Cristo como *Logos solar*, identificado con el *Sol Invictus* y otros dioses solares como Mitra, consolidó su papel tanto en el plano teológico como en la devoción popular. Más adelante, en la historia, Constantino logró asociar a Jesucristo con el *Sol Invictus* y con el dios Mitra. Sin embargo, esto fue posible porque el mito de Cristo ya contenía en sí mismo estos elementos arquetípicos.

La etapa de iniciación en el camino del héroe implica enfrentar pruebas como enfrentarse a monstruos o buscar tesoros ocultos, y siempre incluye un descenso simbólico al inframundo. Este descenso, presente en el arquetipo de la *iniciación*, simboliza el acto de confrontar e integrar los propios aspectos sombríos. Es un proceso esencial en el desarrollo del héroe, donde el inframundo (representado como el averno, la caverna o el Hades) actúa como el espacio donde ocurre la transformación interior.

Jung también relacionó este descenso con la "noche oscura del alma", un momento crítico en el camino espiritual. Durante esta etapa, el individuo, al igual que un gusano que se transforma en mariposa, experimenta una profunda metamorfosis que trasciende sus antiguos límites, emergiendo renovado y con una conciencia expandida. Este proceso no solo simboliza la integración de los opuestos, sino también la capacidad de emerger de las sombras con una nueva claridad y propósito.

Joseph Campbell nos recuerda que "la cueva oscura donde temes entrar es donde está tu tesoro". Este descenso a lo desconocido es una inmersión en las profundidades de la psique, donde la oscuridad no solo revela los miedos más profundos, sino también las fuentes más ricas de potencial interno.

Este arquetipo de la noche oscura del alma también está relacionado con figuras simbólicas como la Gran Madre o la diosa negra Kali. En la tradición hindú, Kali encarna la transformación y el ciclo de vida-muerte-vida: destruye para crear y crea para destruir. En este proceso, la diosa no solo desmantela el orgullo, el egoísmo y la pequeña voluntad personal, sino que abre paso a un nuevo estado de conciencia.

La muerte de lo viejo se convierte en el prelude necesario para la renovación, simbolizando que la verdadera iniciación implica dejar atrás aquello que ya no sirve para abrazar una forma de ser más auténtica y profunda. En este sentido, el descenso al inframundo no es un fin, sino un medio para alcanzar la luz que aguarda al otro lado del horizonte. En la narrativa bíblica, se menciona que Cristo descendió al Seol o Hades entre su muerte y resurrección. Durante este tiempo, liberó a las almas retenidas en ese lugar y las llevó al cielo, simbolizando la redención y liberación del alma humana.

En los textos gnósticos, este acto se relaciona con la figura de Sofía, quien representa la sabiduría caída. Según esta perspectiva, Dios envió a Jesús para rescatarla, lo que ilustra que la humanidad puede ser salvada del mal y reconciliada con Dios a través del conocimiento (*gnosis*). Este proceso no solo implica una liberación espiritual, sino también una transformación interior que reconecta al ser humano con la sabiduría divina.

La crucifixión de Cristo revela que el sufrimiento psíquico es un componente esencial en el proceso de crecimiento personal, actuando como un agente transformador capaz de dismantelar las capas de orgullo, vanidad, arrogancia y narcisismo que encierran al individuo en una visión egocéntrica.

Solo al atravesar y derrumbar estas estructuras limitantes, como el perfeccionismo, la rigidez y la intolerancia, se puede abrir espacio para virtudes como la compasión, la misericordia y el amor. En este proceso, la humildad se forja en el fuego alquímico del dolor, convirtiéndose en un punto de inflexión que reorienta la psique hacia un estado más integrado, genuino y auténtico.

Este simbolismo, presente en los mitos y narrativas arquetípicas, adquiere un poder transformador cuando es asimilado por la conciencia. En ese momento, el sufrimiento deja de ser un mero estado de aflicción para convertirse en una fuerza reordenadora de la energía psíquica. Este proceso posibilita el surgimiento de nuevas estructuras de la personalidad que potencian formas más maduras de pensar, sentir y actuar, abriendo camino a una existencia más plena y significativa.

Robert A. Johnson nos menciona que: *“El hombre evoluciona desde actuar instintivamente hasta poner su energía psíquica bajo el control de su ego(...) Luego debe*

evolucionar aún más, para colocar su energía psíquica bajo el control del Sí-mismo". A través de las crisis nos volvemos más sensibles al dolor inherente a la fragilidad humana, como se evidencia plenamente en momentos de grandes tragedias sociales. Es en esas circunstancias, cuando todo parece estar envuelto en oscuridad, que inesperadamente emerge lo mejor de cada individuo: una luz que ilumina y da esperanza incluso en los momentos más sombríos.

El héroe es el arquetipo que simboliza la lucha contra la sombra. Es el salvador, el guía y el redentor. Siempre está tutelado y orientado por el arquetipo del Sabio, mientras soporta la amenaza constante del Embaucador. Si observamos a Cristo, vemos cómo Jehová dirige sus pasos y Satanás intenta confundirlo. Para triunfar, el héroe debe disipar las ilusiones del Ego para restablecer la conexión con su propia alma. Finalmente, el héroe alcanza la apoteosis, asumiendo su rol divino como salvador. En este punto, se convierte en una deidad solar, representada en figuras como Perseo, Mitra o Moisés.

En la modernidad, el héroe solar se reinterpreta en cientos de mitos heroicos, donde el "mar del inconsciente" que debe cruzar se convierte en el espacio exterior. En estas historias, el nacimiento milagroso se explica a través de elementos de ciencia ficción: el origen del héroe puede estar en un planeta lejano, una dimensión celestial o en algún evento desafortunado del que sobrevive milagrosamente. Todo superheroe es forjado en momentos de gran dificultad. De su herida surge una cualidad que transforma aquel trauma en una nueva habilidad puesta al servicio de la colectividad. Así dedica su vida a proteger a la humanidad, guiado por un código ético que lo distingue del resto del mundo por la eternidad.

Figuras culturales como Superman guardan una notable semejanza con Jesucristo, el último héroe solar de la cultura occidental. Al igual que Cristo, Superman pasa por un nacimiento

milagroso, un exilio, un descenso simbólico al infierno y, finalmente, una consagración. En sus historias el héroe es una figura mesiánica que vigila y ayuda desde los cielos, pero sin interferir nunca en el libre albedrío humano.

Esta comparación se intensifica en el cómic "*All-Star Superman*", donde el héroe enfrenta sus "12 trabajos" en alusión a los de Hércules, otro héroe solar arquetípico. Al igual que Hércules y su paso por las 12 constelaciones zodiacales, simbolizando el viaje cíclico del Sol. Así, las figuras heroicas cambian de vestidura, pero el arquetipo persiste a través del tiempo. Alimentado por símbolos y valores de cada cultura, el mito del héroe solar evoluciona, adaptándose a las necesidades y expectativas colectivas de cada época por lo que continúa arraigado en lo profundo de la psique colectiva como expresión del anhelo humano de trascendencia y protección divina.

El mito del héroe simboliza el despertar de la conciencia humana, un proceso que transformó a una simple criatura del reino animal en un ente capaz de cultura, de abstracción y de comprender su propia finitud. Este héroe encarna el principio masculino y, más aún, el principio solar, reflejando en su esencia el Sol Invictus, ese astro que renace en el solsticio de invierno y promete la victoria de la luz sobre la oscuridad.

Jesucristo, como héroe solar, eligió la humildad del pesebre sobre el esplendor de palacios o templos, demostrando con su vida y enseñanzas que la verdadera grandeza no depende de riquezas materiales. Su resurrección trasciende el sacrificio; revela que la muerte es una ilusión y el alma, inmortal. La resurrección no solo muestra una victoria sobre la muerte, sino que invita a una "resurrección de la conciencia".

Jesús fue mucho más que una imagen de sacrificio violenta. Es un maestro de secretos cósmicos que guió al hombre hacia el conocimiento que permite la trascendencia. Los héroes suelen emerger en épocas de precariedad, en momentos de transición de formas sociales, creencias religiosas, políticas o psicológicas. Así, el verdadero desafío espiritual es despertar al Cristo que reside dentro de nosotros, integrar su luz y su sabiduría, y encarnar la divinidad a través de nuestras acciones, pensamientos y sentimientos. No es un concepto abstracto, sino un llamado urgente a cada ser humano para ser el cambio que quiere ver.

Jung, en *Aión*, reflexiona sobre Jesús como figura histórica, afirmando que la mentalidad colectiva de su tiempo, marcada por el arquetipo del *Anthropos*, se proyectó sobre él, un profeta judío que encarnó la idea del "hijo del hombre", enfrentado al "divus Augustus", el señor terrenal.

“Pero sería un grave error el querer ver como una simple «casualidad» que Jesús, el hijo de un carpintero, anunciara el Evangelio y se convirtiera en el «salvator mundi». Tuvo que ser una personalidad de talla aventajada que fuera capaz de expresar y representar la esperanza general, aunque inconsciente, de su época, de un modo tan perfecto. Ningún otro hubiera podido ser el portador de tal mensaje, sino precisamente este hombre, Jesús.”

Jesús no fue un mensajero casual; era una personalidad única capaz de materializar la esperanza colectiva de la época, con una numinosidad que impulsó la consciencia occidental hacia una mayor comprensión individual y colectiva. Sin embargo, este proceso de expansión de la consciencia decayó, surgiendo entonces la alquimia como contrapartida, donde el *lapis* no solo es redentor del hombre como Cristo, sino un dios que necesita ser redimido por la humanidad.

En el mito de Jesús como héroe solar, se despliega un lenguaje de símbolos y parábolas que desafiaron los preceptos establecidos por los sacerdotes de su tiempo, disolviendo las barreras entre lo divino y lo humano. Estas enseñanzas ocultas, inicialmente reservadas a una élite iniciada en los arcanos de la espiritualidad desde tiempos antiguos, fueron llevadas por Jesús al corazón del pueblo, proclamando la radical verdad de que todos somos hijos del Dios verdadero.

Así, lo sagrado se democratizó, quebrando la exclusividad de un conocimiento celosamente guardado. Nació sin papeles, migrando y huyendo del peligro desde el inicio y hasta el final de sus días. A pesar de ello, nos otorgó el título de ciudadanía de ese reino que se revela cuando se vive en el amor.

Nació entre la incertidumbre y la vulnerabilidad, desafiando a reyes y sacerdotes. A pesar de ello, nos trajo la certeza de que Dios nos ama. Con sus palabras y parábolas, nos mostró que todas y todos somos hijas e hijos consentidos, merecedores de las buenas nuevas. Soportó toda clase de pruebas y peligros para ir al encuentro de los marginados, sentándolos a su mesa, donde cabemos todos. Porque, de un modo u otro, todos somos rechazados por alguien, pobres de algo, solitarios o exiliados, a veces incluso de nosotros mismos. Y, a la vez, somos buscadores de esa paz que solo el amor genuino y el perdón pueden darnos. Hoy, su relato sigue vivo mostrándonos el camino hacia la casa del Padre amoroso.

Su peregrinaje fue una invitación a despertar, a descubrir la luz interior que disipa las sombras y eleva al ser humano hacia la realización de su verdadera naturaleza, partícipe y creador en su propio proceso de redención y trascendencia. De este modo, su enseñanza no solo reveló una nueva comprensión espiritual, sino que democratizó el acceso a la divinidad.

La figura de Cristo, más allá de la expectativa de un regreso físico, simboliza un principio divino de integración que habita en lo más profundo de nuestro ser. No se trata de un mesías que desciende del cielo, sino de un Cristo que emerge desde el corazón, capaz de reconciliar los opuestos que nos dividen y fragmentan. Jung reflexiona sobre esta dualidad al afirmar: *"El hombre se halla crucificado entre los opuestos y sufre hasta que adviene el tercero mediador"*. Para Jung, la verdadera redención no surge de evitar el conflicto, sino de integrar y armonizar estas polaridades mediante un proceso interior de transformación.

Esta idea destaca la invitación que se presenta en Mateo 10:16: *"Sean astutos como las serpientes e inocentes como las palomas"*. Aquí se sugiere que el camino hacia la plenitud requiere un equilibrio dinámico entre la astucia y la pureza, atributos aparentemente opuestos que, en su integración, reflejan la sabiduría de un anciano y la inocencia de un niño. Así, C. G. Jung y su asociado G. R. S. Mead emprendieron una aventura para tratar de entender y explicar la fe gnóstica desde un punto de vista psicológico. En una carta a Laurens van der Post, Jung escribió:

"No puedo probarte que Dios existe, pero mi trabajo ha demostrado empíricamente que el patrón de Dios existe en cada hombre y que este patrón en el individuo tiene a su disposición las mayores energías transformadoras de las que la vida es capaz".

La manifestación del arquetipo del héroe alude a la iniciación espiritual como medio para descubrir la propia potencialidad de transformación social, proyectando sus ideales y objetivos. Estos se representan, sobre todo, mediante la expresión de ideologías, filosofías y religiones, y la adhesión a ellas.

Según Jung, la producción de experiencias numinosas es una forma de describir este universo pleno de sentido. Junto con el físico Wolfgang Pauli, Jung ideó la noción de sincronicidad, que describe como una "*conexión acausal significativa*". La denominación de "acausal" significa que no obedece a leyes materiales conocidas. De este modo, el renacimiento del Sol Invictus, o "Sol Invicto", cada año nos recuerda la constante conexión entre lo interno y lo externo a través del simbolismo presente en el reino psicoide de los arquetipos, que se expresan a través del tiempo en el mito eterno del héroe solar.

Para Erich Neumann, el mito del héroe no es otra cosa que el símbolo del surgimiento de la conciencia humana. Es aquel momento sagrado de hominización en el que un animal se transformó para siempre en un ser capaz de tener una comprensión más amplia del universo. Esto implica el encuentro con manifestaciones de la propia psique en la realidad, momentos en los que el ser humano descubre que el universo en el que vive está lleno de significado y no es solo un lugar frío, vacío y sin propósito.



3. Arte y espiritualidad

A lo largo de la historia, la humanidad ha sentido la presencia de hilos invisibles que conectan el mundo físico con una realidad más profunda e inexplicable. Esta conexión nos invita a reflexionar sobre nuestro lugar en el cosmos, donde cada acción tiene una reacción en el todo. Somos una especie única en su complejidad, capaz de una dualidad fundamental: mientras construimos, también destruimos; mientras abrazamos la vida, la hemos apartado de su esencia natural. Hemos olvidado, en gran parte, la unidad que tenemos con la naturaleza, el universo, y nuestras propias raíces espirituales.

En el mundo del arte, existe una poderosa conexión con lo divino que ha inspirado a artistas a lo largo de los siglos. Desde las majestuosas obras maestras de la antigüedad hasta las expresiones contemporáneas más vanguardistas, el arte ha sido utilizado como una forma de explorar y expresar la interioridad humana, aquel espacio inmaterial donde mora el alma. A través de la pintura, la escultura, la música, la danza y otras formas de expresión artística, los artistas han encontrado una vía para manifestar su conexión con lo divino.

El alma, entendida como un viaje colectivo cuyo templo es nuestra imaginación, sirve para unir mente y corazón bajo un puente simbólico; cuando la inteligencia y la sensibilidad encuentran comunión, nace un nuevo tipo de inteligencia, que autores como Daniel Goleman han definido como inteligencia emocional. El espíritu es la mente y el alma el cuerpo: uno es racional y otro sensorial. Estas dos figuras dimensionan que los seres humanos somos habitados por una fuerza inexplicable que nos obliga a crear, a imaginar y a tratar de hacer realidad esos pensamientos. Esta fuerza es una energía que trasciende la materia. El arte es, por lo tanto, la expresión del espíritu y del alma en su unión con el mundo.

Esa manifestación se expande en obras que son inútiles a menos que las saquemos del espacio de las imágenes y las llevemos al mundo de las acciones. Su propósito social es recordarnos nuestro deber como humanos, motivándonos a buscar conducirnos éticamente. Somos el único ser que contamina y agota los recursos de la tierra.

Somos una raza desconsiderada y quizá una plaga terrible para este planeta. Pero también somos una especie que crea, sueña, da vida y realiza los más sublimes actos. Somos los que buscan apagar fuegos, defender criaturas, cuidar la creación y rezar para que termine la destrucción. En

nuestro interior, todos tenemos la inspiración artística para crear. La exteriorizamos de forma natural cuando somos niños.

La creación no es una demostración de habilidades; es un espacio de libertad en medio de la rigidez mental. La expresión artística es un lenguaje del corazón que sintetiza nuestros pensamientos, deseos y emociones. La disciplina artística, es un método capaz de reunir espíritu, alma y cuerpo. Hace que la razón, la intuición, las sensaciones y los sentimientos sean una sola potencia.

La espiritualidad, más allá de las doctrinas religiosas, es un estado de ser en el que podemos re-ligarnos con algo mucho más grande. Jung hablaba de esta idea como la conexión con el inconsciente colectivo, una dimensión que trasciende el Yo individual y que encuentra su expresión en arquetipos y símbolos presentes en el arte, los sueños y los mitos. Según Jung, la vida humana debe estar enraizada en la tierra y, sin esta conexión, perdemos nuestra capacidad de realización plena y caemos en un aislamiento que desvitaliza nuestra existencia.

En sus Memorias dice Jung: *“hay tantas cosas que me llenan: las plantas, los animales, las nubes, el día, la noche y el eterno presente en los hombres. Cuanto más inseguro me siento sobre mí mismo, más crece en mí el sentimiento de mi parentesco con todo”*. Dentro de este contexto afirma: *“es importante proyectarnos en las cosas que nos rodean. Mi yo no está confinado a mi cuerpo. Se extiende a todas las cosas que hice y a todas las cosas a mi alrededor. Sin esas cosas, yo no sería el mismo, no sería un ser humano, sería tan solo un simio humano, un primate. Todo lo que me rodea es parte de mí (...) Estoy profundamente comprometido con la idea de que la existencia humana debe estar enraizada en la tierra.”*

Para Jung, las cosas no son meras entidades materiales; nos envuelven y penetran como símbolos y arquetipos, cargados de emociones que dan forma a la constelación de nuestro Yo profundo. En sus propias palabras: *“mi vida es la historia de la autorrealización del inconsciente”*. No dice de “mi inconsciente”, sino del “inconsciente colectivo” que se puede comprender como un Self que posee dimensiones humanas, cósmicas, animales y vegetales. La culminación del proceso de individuación tal como representaron los antiguos alquimistas es un proceso que nos conecta con las diversas realidades que conforman nuestra experiencia humana. Una de estas dimensiones es el amor.

En la espiritualidad, el amor se considera un sentimiento divino que nos motiva a cuidar nuestros pensamientos, palabras y acciones para cuidar todo aquello que consideramos valioso; es una fuerza que impulsa la vida y la eleva hacia las esferas más sublimes. El amor es otro nombre del espíritu de Dios, que mantiene el universo en equilibrio y armonía. Es una fuerza que proviene del alma y nos da la facultad de ser algo más que simios salvajes o robots autómatas.

El amor ha sido comprendido desde diversas perspectivas, y a lo largo de las culturas y filosofías, se le reconoce como una energía que surge de una naturaleza animal básica que motiva a la reproducción y el cuidado de las crías. Sin embargo, en los seres humanos esta energía parece evolucionar, alcanzando dimensiones culturales que conectan la individualidad con un sentido de divinidad y compasión universal. Aunque Freud veía en el eros la raíz de todas las manifestaciones de amor —incluso aquellas relacionadas con la bondad y la solidaridad—, muchos han interpretado el amor en su diversidad no solo como una sublimación de los instintos, sino como un camino complejo de desarrollo espiritual que requiere conciencia.

El amor surge entre la tensión entre naturaleza y cultura. Es una actitud simbólica que puede transformar no solo al hombre sino a la civilización; es un sentimiento necesario para la transición hacia una humanidad más evolucionada. Sin embargo, en el mundo, muchos optan por quedarse en el nivel erótico, en una zona de confort placentera, y otros tantos eligen el nivel abstracto, intelectualizando e idealizando bajo diversos esquemas. Esta dualidad es un problema que se refleja en nuestra sociedad; por un lado la irracionalidad del hombre civilizado y, por otro, la sistematización de la naturaleza humana.

Nuestras sociedades también se ven amenazadas en un extremo por la barbarie de esa parte salvaje y en el otro extremo por el exceso de racionalidad que ha traído como resultado un desarrollo tecnológico (inteligencia artificial) capaz de superar nuestra inteligencia en muy poco tiempo. En este escenario tecnológico amenazante, una clase de amor que trascienda esa dualidad puede ser clave para ayudar a sanar el mundo. Este amor tiene el potencial de transformar a ese primitivo "simio salvaje" en un ser más evolucionado consciente de su propia existencia y promete humanizar los engranajes de la gran maquinaria tecnológica de nuestra era para resolver los grandes retos de nuestra era.

Claudio Naranjo define una teoría única sobre el amor donde los tres cerebros deben integrarse para lograr la plenitud del ser. Ninguno de ellos puede ser negado, si es que queremos lograr que la mente pueda fluir libremente hacia la evolución de un ser espiritual. Los 3 cerebros son estructuras arquetipales de la conciencia que se simbolizan de la siguiente manera:

-Cerebro Reptil (+): Simboliza al padre, el amor instintivo, el erotismo en la búsqueda de placer, la agresividad y el control.

-Cerebro Mamífero (-): Simboliza la madre, el amor emocional, la compasión, empatía y vinculación con los otros.

-Cerebro Neocórtex (0): Simboliza al hijo, el amor intelectual, el amor desinteresado, la comprensión, la fe y el respeto por los principios y valores.

Hoy en día, la sombra del cerebro reptil sigue dominando, manifestándose en actitudes como la agresión, la avaricia y el libertinaje. Pero la evolución reside en la parte más elevada de nuestra mente, el neocórtex, que regula nuestras respuestas y nos permite dirigir nuestro sistema límbico de manera coordinada para manifestar la empatía por el otro. La verdadera espiritualidad une instinto, emoción y razón en un todo conectado. Así, al integrar nuestra naturaleza ancestral, recuperamos una conexión espiritual que armoniza nuestra mente, alma y cuerpo.

Gurdjieff concebía que el sufrimiento humano derivaba de la imposibilidad de coordinar nuestros tres cerebros por lo cual se interesaba en la educación de «tricerebrados armoniosos» y en la noción del poder humano para lograr integrar las funciones cerebrales de manera más coherente.

En una sociedad donde muchas veces vemos la expresión de nuestros aspectos más primitivos la integración de los tres cerebros —reptil, mamífero y neocórtex—, como propone Claudio Naranjo, es esencial para alcanzar la plenitud. Cada uno cumple un rol en la estructura de la conciencia: el cerebro reptil representa al padre instintivo y protector, el mamífero a la madre afectiva y compasiva, y el neocórtex al hijo libre y racional capaz de unificar lo paternal y maternal. Este equilibrio permite que nuestra mente fluya hacia un ser superior.

Lejos del marketing idealista, posesivo y, en cierto sentido, narcisista del amor, la realidad de este sentimiento se revela como un arte que demanda un profundo aprendizaje. Amar constructivamente exige aprender a amarse a uno mismo, para luego extender ese sentimiento al prójimo y finalmente al trabajo, la naturaleza, la humanidad, y lo que algunos llamarían Dios. Este

proceso implica trascender el miedo y la búsqueda de beneficios personales para buscar siempre un bienestar común, y esto se puede expresar en actos cotidianos como la autoestima, el cuidado, la responsabilidad, el compromiso, la sinceridad y en cierta medida, el sacrificio. Nos dice Claudio Naranjo:

“Todas las neurosis son perversiones del amor, y aparte de la agresión y el terror no existe en nuestro mundo emocional otra cosa que el amor y sus perversiones. En todas las emociones, seguramente, encontramos derivados del amor o de la sed de amor, y así como se busca a veces el amor en el fetichismo o donde simplemente no está, el factor curativo por excelencia es el que en vez de buscar el amor aprendamos a generarlo.”

En el interior de cada individuo, los arquetipos del Padre, la Madre y el Hijo se expresan como fuerzas de disciplina, amor y deseo, respectivamente. El equilibrio social quizás dependa de nuestra capacidad para honrar a estas tres fuerzas, restaurando su unidad en el mundo. Este ideal sugiere que la especie humana, en lugar de verse dividida entre su naturaleza salvaje y sus aspiraciones racionales, podría encontrar en el amor una vía de evolución hacia un estado más pleno y consciente, capaz de armonizar su existencia con la creación de la cual forma parte.

El amor compuesto de un polo instintivo-bioquímico y otro psíquico-abstracto es un arte que requiere reglas claras, comunicación, interés mutuo, responsabilidad y compromiso. El amor sincero, sin embargo, no es un ideal de felicidad absoluta; como sugiere Jung, amar implica enfrentarse a los propios conflictos, sufrimientos y límites. Así, el amor se convierte en una senda que, al igual que otras emociones humanas, exige una actitud simbólica. Sin negar ni idealizar estos sentimientos deben ayudarnos a encontrar un sentido a todo aquello que nos hace humanos.

El amor erótico, el amor altruista, el amor a Dios, a la naturaleza, al trabajo, al conocimiento y el arte son tan solo algunas de sus expresiones más conocidas.

Este amor, fiel a su raíz biológica pero abierto a un crecimiento superior, sugiere una posibilidad de transformación profunda. Un amor que florezca en su conexión con la tierra, pero que mire al cielo, integraría lo divino en cada ser, orientando nuestros esfuerzos hacia la construcción de un mundo mejor. El amor es un poder que está presente en la creación y que armoniza, une y vincula.

El amor al igual que el arte es una dimensión transpersonal que permite a la persona conectar con algo más allá de ella misma. La conexión espiritual con el mundo permite tomar una posición respecto a la vida dotándola de sentido. La ciencia misma ahora ha comenzado a explorar esta conexión entre el mundo material y la dimensión espiritual, reconociendo que el bienestar integral incluye un aspecto espiritual.

La Organización Mundial de la Salud, al definir la salud como "*un estado dinámico de bienestar completo físico, mental, espiritual y social*", destaca que los aspectos espirituales no son solo un accesorio sino una dimensión vital de nuestra salud. Los estudios actuales muestran que el contacto con la naturaleza y una práctica espiritual activa generan estados de paz, mejoran nuestras respuestas frente al estrés y aumentan la resiliencia, abriendo una ventana a una vida más significativa y en armonía con nuestro entorno.

El arte, desde tiempos inmemoriales, ha sido un vehículo para expresar y acceder a esta espiritualidad. La creación artística es una manifestación tangible de ese vínculo, un proceso que une lo consciente y lo inconsciente, lo físico y lo psíquico. En el arte encontramos un espacio para

dialogar con las fuerzas invisibles que moldean nuestras vidas. Así como los alquimistas buscaban en la materia el reflejo del espíritu, el acto de crear nos permite transformar nuestras emociones y pensamientos en algo tangible.

Los contenidos inconscientes que surgen en la pintura, la música o la poesía son manifestaciones de los arquetipos que conforman nuestro ser más profundo. Estas imágenes nos hablan y nos reflejan, guiándonos en el proceso de autoconocimiento y de conexión con algo que va más allá de nuestra propia existencia. El proceso de individuación, en su visión, implica no solo conocerse a uno mismo sino reconocer en cada ser y fenómeno de la naturaleza un reflejo de nuestro propio ser. Todo en el mundo físico, entonces, puede ser visto como una manifestación de lo invisible.

Sin embargo, la creatividad se empobrece cuando perdemos la conexión con su origen espiritual. La sociedad moderna, al aislar el arte de su dimensión simbólica y espiritual, limita sus posibilidades y lo transforma en producto sintético puesto al servicio de mercadólogos, políticos y publicistas. Por el contrario la imaginación libre y espontánea, enraizada en la autenticidad, nos permite trascender lo racional para acercarnos a una expresión más pura del alma humana. Martha Graham no dice;

“Existe una energía, un impulso vital, una fuerza que se convierte en acción a través de tu yo, y como hay un solo tú desde el principio de los tiempos, esa expresión es única. Si impides su materialización, no existirá a través de ningún otro medio y se perderá. El mundo no contará con ella. No es cosa tuya determinar si es buena, qué valor tiene o cómo es comparada con otras expresiones. Es cosa tuya establecer tu autoría, clara y directamente, pero, por sobre todo, es cosa tuya mantener el canal abierto. Ya sea que hayas elegido tomar una clase de arte, llevar un

diario íntimo, filmar tus sueños, bailar tu historia o vivir cada día de tu vida de manera creativa: por encima de todo, mantén el canal abierto.”

Para lograr una vida en equilibrio, debemos reconectar con este sentido de pertenencia y trascendencia. Al vivir la espiritualidad no como una idea abstracta, sino como una práctica enraizada en el respeto y la preservación de la naturaleza y de quienes nos rodean, podemos empezar a reparar el vínculo roto con el mundo.

No somos espectadores pasivos del universo; somos sus participantes activos. Nuestra capacidad para cuidar, para amar y para crear refleja la dimensión espiritual de nuestra existencia y nos llama a vivir en comunión con el entorno. Como lo evidencian las observaciones de los bebés y niños en contacto con la naturaleza o con objetos reales, hay una autenticidad que no se puede sustituir por artificios: la verdad se siente, incluso cuando no se puede explicar.

Para la modernidad es difícil contemplar el espíritu como algo real pues no puede ser medido, ni fotografiado, tampoco pesado ni mucho menos videograbado. A pesar de ello cada día ampliamos nuestro lenguaje para acceder a mayores niveles de comprensión de aquello que reside más allá de los límites de nuestra racionalidad.

En una era de sueños prometeicos, las neurociencias han alcanzado una capacidad asombrosa: conectar neuronas biológicas con redes artificiales, explorar la posibilidad de transferir la conciencia a un disco duro, crear dimensiones sintéticas y proyectar nuestras identidades digitales a metaversos donde podríamos habitar por toda la eternidad. Estos avances tecnológicos, que parecen sacados de la ciencia ficción, nos colocan frente a una realidad en la que la inteligencia

artificial y el concepto de un "exocórtex" personal —un cerebro externo que amplifica nuestras capacidades— han comenzado a redefinir la identidad humana.

Surge así una serie de cuestiones fundamentales: ¿qué significa ser humano en una era donde la conciencia podría proyectarse en hologramas o preservarse en servidores? La posibilidad de crear una conciencia no local —una mente que puede habitar un espacio digital sin estar limitada a un cuerpo físico— abre preguntas sobre el alma y la esencia humana. ¿Podemos realmente replicar el alma de manera artificial, o la espiritualidad va más allá de lo que la ciencia puede imitar? Estos temas reclaman una reflexión filosófica para evitar un estancamiento espiritual que podría acompañar al desarrollo técnico si este avanza sin una dimensión ética.

Al imaginar un futuro donde la muerte pudiera "matarse" gracias a los avances en tecnología, surgen cuestiones éticas y existenciales. ¿Deberíamos confiar ciegamente en las máquinas para preservar nuestras mentes, nuestras vidas y nuestras almas? Aunque la inmortalidad puede parecer un ideal alcanzable, también podría representar un riesgo para el desarrollo humano si no se acompaña de una madurez espiritual que comprenda y respete el ciclo de la vida.

Si la idea del "alma" puede replicarse digitalmente esto significaría que también estamos más cerca de descubrir su existencia en un sentido espiritual, lo cual ha sido desde siempre un tema elusivo para la ciencia, que ha tenido dificultades para explorar lo intangible. Pero, como en los antiguos ideales de la alquimia, esta perspectiva de "*fantasmas cuánticos*" abre una puerta a considerar que el espíritu y la materia podrían ser opuestos complementarios, necesarios el uno para el otro.

La filosofía y la espiritualidad, en diálogo con el desarrollo tecnológico, son claves para que el progreso avance sin perder de vista la naturaleza humana. Solo al alinear el desarrollo técnico con el humano podremos aspirar a un mejor futuro. La relación entre la filosofía, el concepto de Dios y la teoría de la evolución ha sido un eje central de la reflexión humana desde tiempos antiguos.

La filosofía surgió cuando la humanidad empezó a cuestionar el mundo y el origen de las cosas más allá de los mitos. Este paso del mito a la razón abrió un horizonte en el que la reflexión, en lugar de la tradición y los relatos religiosos, empezó a tomar protagonismo en la búsqueda de explicaciones sobre el universo y la existencia.

Uno de los mayores misterios, desde entonces, ha sido el de una posible entidad creadora. La idea de Dios como causa primera y planificador ha sido una respuesta reconfortante para muchos, mientras que otros han adoptado una postura crítica, considerando el concepto de Dios como un recurso simbólico para aliviar la ansiedad existencial.

Esta tensión se observa en la historia de la filosofía, que ha oscilado entre interpretaciones religiosas y materialistas de la realidad. Con la teoría de la evolución, la visión de Charles Darwin ofreció una explicación alternativa a la creación divina, planteando que las especies y su diversidad resultan de un proceso natural y no de una intervención sobrenatural. Sin embargo, como Darwin mismo expresó, su teoría no pretendía negar la posibilidad de un diseño oculto detrás de las leyes naturales, sino más bien explicarlas a partir de procesos observables. Nos dice Darwin:

“Yo no tenía intención de escribir con un sentido ateo. De cualquier manera, no puedo conformarme con ver a este maravilloso universo y especialmente la naturaleza del hombre, y

concluir que todo es el resultado de una fuerza bruta. Me inclino a mirar todo como resultado de leyes prediseñadas, con los detalles –buenos o malos– dejados al proceso de lo que podemos llamar casualidad”. “En mi opinión, lo que concuerda mejor con lo que sabemos de las leyes impresas en el mundo material por el Creador, es que la producción y la extinción de los habitantes pasados y presentes del mundo han sido por causas secundarias, como las que determinan el nacimiento y la muerte de las personas”. “Me parece que el principal argumento para comprobar la existencia de Dios es la imposibilidad de concebir que este universo grandioso y maravilloso, incluyendo a nuestros seres conscientes, haya surgido por casualidad.”

Para Darwin, el proceso en el que el mundo fue formado debía tener un orden oculto que debía ser revelado y estudiado para comprender el lenguaje que articula la realidad tal como la conocemos. Así como se piensa que Eva fue la evolución de la costilla de Adán, el ser humano quizás podría ser producto de un proceso evolutivo donde el óvulo y el espermatozoide dan lugar a un óvulo fecundado; el embrión bien podría ser el resultado de la evolución del cigoto, el cual mediante la mitosis celular y la conjugación de genes forma un nuevo ser.

Curiosamente, la biología molecular y la embriología parecen apoyar esta visión evolutiva: los embriones humanos y de otras especies vertebradas son prácticamente idénticos en las primeras etapas de desarrollo, lo cual sugiere un ancestro común que formó un patrón básico para la evolución. A medida que la vida se desarrolló, los mecanismos epigenéticos guiaron las diferencias entre las especies, llevando al desarrollo de la humanidad con una corteza prefrontal avanzada, lo que permite el autocontrol y la capacidad de conceptualizar ideas tan abstractas como el bien, el mal y Dios.

Hoy en día los protestantes religiosos categóricamente niegan la teoría de la evolución al afirmar que ningún ser humano puede provenir de un mono. De igual modo, la ciencia actualmente niega cualquier planteamiento que no pueda ser comprobado por ecuaciones matemáticas o un conjunto de respuestas electroquímicas a estímulos. No obstante, la ciencia aún no puede definir respuestas claras a los grandes enigmas del universo. Los científicos siguen esforzándose por comprender los misterios del vacío y la expansión del universo, pero sus descubrimientos han dejado más dudas que respuestas.

Tal vez la creación de Dios es un proceso continuo que requiere tiempo para manifestar su producto final, y este proceso final aún no está completo. La siguiente etapa de la evolución bien pudiera ser la consciencia necesaria para comprender las leyes que nos permitieron estar aquí. En últimos términos, sin la evolución de las estructuras cerebrales, no sería posible comprender los conceptos espirituales que dieron origen a las grandes religiones, y sin estos elementos mitológicos la ciencia jamás hubiera podido dar sus primeros pasos.

En términos metafóricos la concepción del reino de los cielos sería el resultado de la evolución de los impulsos espirituales; por el contrario, el infierno sería el resultado de la involución de la naturaleza espiritual del hombre aparentemente civilizado. La religión y la ciencia parecen partir de una misma raíz, una búsqueda de sentido que se fragmentó en un momento de la historia tomando distintos caminos.

Tanto la religión como la ciencia parten de un mismo punto de origen; mártires que por amor a Dios y al conocimiento sacrificaron todo para que hoy tengamos algo en que creer. Quizás esto pueda servirnos para recordar que debemos vencer esta fragmentación y unificar dos formas

de percibir la realidad. Un gran intelecto puede ser guiado por un gran código ético para buscar siempre el bienestar colectivo de nuestra especie.

Mientras la religión toma la espiritualidad y el misterio como elementos esenciales, la ciencia busca explicaciones en fenómenos tangibles. Realmente si intentáramos reunir todos los genios que han concebido una idea de Dios, no habría espacio suficiente para reunirlos a todos en un solo texto. Existen registros de más de 70 mujeres intelectuales y científicas que tuvieron concepciones espirituales de la realidad y más de 700 fundadores de distintas disciplinas científicas que concibieron una idea de Dios.

Tihomir Dimitrov, en su obra *La dimensión espiritual de grandes científicos*, presenta el resultado de 11 años de investigación, llevada a cabo principalmente en los archivos de la Biblioteca Nacional de Bulgaria (Sofía), la Biblioteca Comunale di Milano (Italia) y la Biblioteca Nacional de Austria (Viena). En ella, logró recopilar correspondencia de varios científicos contemporáneos, incluidos ganadores del Premio Nobel, quienes compartieron sus creencias personales acerca de Dios. Este trabajo demuestra que la ciencia y la espiritualidad no están tan distantes entre sí como comúnmente se cree.

Muchos científicos ganadores del Premio Nobel han explorado a fondo el problema mente-cuerpo: George Ward, Nevill Mott, Max Planck, Erwin Schrödinger, Brian D. Josephson, Santiago Ramón y Cajal, Roger Sperry, Albert Szent-Györgyi, Walter R. Hess, Henri Bergson y Alexis Carrel. Todos ellos han comprendido, desde sus distintas perspectivas y conocimientos, la necesidad de indagar en el fenómeno de la naturaleza dual, que nos permite reflexionar sobre nuestros orígenes y nuestro destino como humanidad.

Sus descubrimientos sobre el mundo interno y externo tienen una estrecha relación y están regidos por su propio sistema de leyes, en una gran diversidad de teorías y enfoques, en los cuales todos coinciden en la estrecha relación que hay entre el mundo interior (consciencia) y el mundo exterior (materia).

El propio Jung descubrió la existencia del arquetipo de Dios en sus exploraciones de las profundidades de la mente humana. A través de sus estudios, observó que el inconsciente estaba altamente organizado, lo que lo llevó a preguntarse: ¿de dónde surge esta estructuración que da forma a la consciencia? Tras estas reflexiones, Jung llegó a la conclusión de que la consciencia emergió a lo largo de una línea temporal vinculada a un mismo evento cósmico que estructuró la materia y la energía, dando forma al pensamiento humano.

Jung observó que el arquetipo de Dios actúa como un catalizador de crecimiento personal y transformación, y que la evolución cultural expresa esta progresión del inconsciente al consciente mediante el mito del héroe solar mediante símbolos cuaternarios como la cruz y el mandala. Para Jung, la consciencia lograba cuadrarse mediante las 4 funciones psicológicas para proyectarse en el mundo exterior y dar forma a nuestra realidad psíquica.

Viktor Frankl, por otro lado, también propuso en sus enfoques teóricos que el ser humano tiene una religiosidad inconsciente que, cuando es reprimida, puede causar neurosis. Su enfoque terapéutico, la logoterapia, busca hacer consciente la dimensión espiritual del ser humano, que considera como el centro de integración para encontrar el sentido de la vida.

Frankl creyó que la búsqueda de sentido en la vida es vital y sostuvo a través de sus experiencias personales que el arte puede ser una fuente de valor en situaciones extremas, como los campos de concentración, ayudando a las personas a encontrar significado. Nos dice Frankl: "

El arte es aventura en el mismo sentido en que lo es la vida y la cultura, que no se refiere solo a la adaptación del hombre a su contexto vital, sino a una posibilidad de modificarlo, recrearlo y reinventarlo con el fin de hacerlo propio".

3.1 El camino alquímico de transformación a través del arte

El Pranayama crístico egipcio concibe al Prana como el aliento cósmico que surge de la transmutación de la energía sexual, es un concepto analógico al impulso libidinal, esencia universal que anima y sostiene todo en el universo. Este principio vital palpita en cada átomo y estrella, en cada suspiro y latido que sostiene la vida. Impulsa el fuego a arder, el agua a fluir, el viento a soplar y el Sol a brillar dando forma a toda creación humana. Al respecto, Jung menciona:

"El término libido, o energía, (...) no se trata de una sustancia, sino de una abstracción. La energía no puede ser observada en la naturaleza; no existe. Lo que existe en la naturaleza es la fuerza natural, como una cascada, o una luz, o un fuego, o un proceso químico. Luego aplicamos el término energía, pero la energía en sí misma no existe (...) La energía propiamente dicha es una abstracción de una fuerza física, una cierta cantidad de intensidad. Es un concepto referido a las fuerzas físicas en su aspecto `sūkṣma`, donde no son ya manifestaciones sino `tattva`, esencia, abstracción."

La noción de sublimación constituyó siempre un verdadero enigma para Freud. Pese a no alcanzar una connotación conceptual suficientemente acabada, se mantuvo presente en su obra desde sus inicios, y alcanzó mayor relevancia en la formulación de su segunda tópica, al devenir en una estrecha relación con la pulsión de muerte.

Sigmund Freud define la sublimación como un destino de la pulsión no vinculado con una satisfacción sexual, y no mediado por la represión: *"La sublimación constituye aquella vía de*

escape que permite cumplir esa exigencia sin dar lugar a la represión". El primer enigma de la "naturaleza" de la sublimación se patentiza en tanto Freud devela como su característica principal el reemplazo de un objeto sexual por uno no sexual; así, en la sublimación, la satisfacción sexual deja de ser la meta señalada, desviándose hacia actividades artísticas y de carácter intelectual, sin perder su intensidad: *"el acento recae entonces en la desviación respecto de lo sexual."*

La experiencia estética del arte auténtico, según Lacan, se encuentra marcada por el vacío, un vacío que da forma a la creación artística. Lo universal, lo todo, lo uno, está del lado de lo imaginario, mientras que lo real se asocia a una fractura en esa continuidad imaginaria. Así, el arte auténtico no se reduce al objeto mismo, sino que refleja la tensión entre lo simbólico, lo imaginario y lo real, evidenciando el vacío como el espacio fundamental de la creación artística.

Pocos psicólogos han dado tan importancia al papel de la imaginación, el arte y la espiritualidad como Carl Gustav Jung. En 1916 en su artículo *"La función trascendente"* escribe por primera vez sobre la imaginación activa, mas tarde en 1917 comienza a animar a sus pacientes a crear representaciones visuales de sus sueños y fantasías. En 1929 propone formalmente la expresión artística en su ensayo sobre las metas de la psicoterapia.

Desde la infancia, Jung vivió en un mundo de ensoñaciones que le permitieron comprender que, mediante la imaginación, era posible adentrarse en otros órdenes de la realidad. Así comenzó a explorar un mundo imaginario; sin embargo, sus experiencias no tenían cabida en un entorno académico profundamente racional. Lo que para él era real para los demás solo podía ser concebido como fantasías. De este modo, al no poder expresar sus vivencias sin ser rechazado, empezó a

considerar que tenía dos personalidades distintas y escindidas: llamó "personalidad 1" al mundo exterior y "personalidad 2" al mundo interior.

En sus inicios, Jung comenzó a estudiar las obras de Breuer, Pierre Janet y Sigmund Freud. El libro *“La interpretación de los sueños”* le fue útil para comprender la esquizofrenia, lo que le permitió adquirir una visión más profunda y amplia de esta enfermedad. No obstante sus hallazgos y descubrimientos no fueron bien recibidos por la comunidad científica.

Sin perder el ánimo comenzó a estudiar mitología y arqueología, logrando descubrir que, en los relatos de los pacientes, no solo emergen figuras personales, sino también figuras colectivas que corresponden a mitos presentes en todas las épocas. Tras publicar *“Símbolos de transformación”*, libro en el que expone sus teorías, rompió definitivamente su relación con Freud, lo que marcó el inicio de una profunda crisis personal. Su obra visionaria del *“El libro rojo”* o *“Liber Novus”* contienen en primer plano la experiencias personales surgidas de esta crisis.

En 1913, durante un viaje en el que se encontraba solo, Jung fue súbitamente poseído por una visión: un diluvio tremendo cubría todos los países nórdicos y los territorios bajos entre el Mar del Norte y los Alpes. En su visión, observó olas amarillas, restos flotantes y muerte. También vio un mar de sangre inundando los países del norte. Incapaz de interpretar estas imágenes, pensó que su espíritu había enfermado. Al tratar de comprender estas visiones precognitivas desde el pensamiento moderno, solo podía clasificarlas como demencia precoz (esquizofrenia). A partir de ese momento, la necesidad de dar sentido a sus imágenes se convirtió en una prioridad vital.

Al confrontar sus propias crisis, Jung comprendió que estas experiencias no podían ser asimiladas desde su "personalidad 1". Para encontrar un significado relevante, debía convocar una

integración entre su "personalidad 1" y su "personalidad 2". De esta manera, lo que para su primera personalidad era incomprensible, probablemente su segunda personalidad podría integrarlo. Este proceso le permitió ampliar la perspectiva teórica que condicionaba su visión sobre la enfermedad.

En el primer capítulo del *Libro rojo*, Jung descubre que, al seguir el espíritu científicista de la época —representado por su personalidad 1—, había ignorado por completo a su personalidad 2. Reconoció que, sin la capacidad para lo imaginario que esta última le ofrecía, y que le permitía producir un sentido simbólico, su percepción del mundo quedaba incompleta. Esto se debía a que el espíritu de la época consideraba que las formas de lo imaginal no eran reales y atentaban contra la razón. Por consiguiente, debían tratarse como anomalías, ya que todo aquello que no pudiera ser fotografiado, enumerado, pesado ni medido se consideraba superfluo.

A pesar de todo esto, Jung consideraba que, aunque no pudiera comprender las imágenes que emergían abruptamente del inconsciente, no debía negarlas. Así descubrió que, para poder integrarlas, era necesario encontrarles un sentido, considerándolas primero como partes de su propia psique. De este modo, inició un proceso para validar sus imágenes internas y aceptarlas, logrando recuperar su alma, es decir, su capacidad para el pensamiento imaginal. Jung nos dice: *“Si las aceptas como reales, tu alma vuelve a ti (...) Tuve que reconocer que solo soy expresión y símbolo del alma.”*

A través de la exploración de estas imágenes, se manifestaba un conflicto interno. Posteriormente, Jung descubrió que estas imágenes tenían la forma de mitos clásicos y parábolas. De este modo, comprendió que su conflicto estaba sostenido por figuras retóricas y acertijos que se habían incorporado a su pensamiento, conformando su personalidad sin que él fuera consciente de ello.

A partir de estas experiencias, Jung entendió que estas figuras de la imagen formaban parte del lenguaje de su alma, aunque no constituían su totalidad. Él mismo mencionó: “*Sé que todo lo que dices, alma mía, también es mi pensamiento*”. Sin embargo, para alcanzar una comprensión completa del alcance de sus pensamientos, debía aceptar que estas formas eran parte de él: personificaciones de su propia psique que buscaban integrarse en su conciencia.

Al entablar un diálogo con estas imágenes como técnica, logró desidentificarse de las formas de la imagen. A través de estas figuras, pudo visualizar una "guerra civil" interna, identificando un conflicto de origen temporal. Este conflicto no era exclusivamente suyo, sino que también representaba un síntoma cultural que se expresaba en la guerra mundial de su época. Así, Jung comprendió que existía una relación no solo imaginal, sino también real, entre el sujeto y ciertas realidades objetivas, donde los límites entre sujeto y objeto eran fundamentales para mantener la estructura del Ego.

La experiencia de Jung reveló que existe una conexión profunda entre la subjetividad y la cultura, entre la intimidad y la política. En cada persona hay una batalla interna con las imágenes arquetipales, del mismo modo que esta batalla tiene su manifestación social. Así, al traducir sus emociones en imágenes y, a su vez, contrastar estas imágenes con la luz del razonamiento, lograba alcanzar una mayor tranquilidad interna.

Con el tiempo, Jung desarrolló una disposición estética como medio para visualizar los conflictos latentes a través de estas formas o metáforas de la imagen. Lo importante era abordar estéticamente las imágenes inconscientes, encontrarles sentido y valor, ya que estas fantasías no se revelaban en su totalidad hasta que eran integradas racionalmente en el conjunto de la

personalidad. Esto implicaba afrontar su verdadero significado y enfrentarlas moralmente para producir las transformaciones necesarias.

Una vez dispuestas estéticamente las imágenes y visualizado el conflicto temporal, Jung buscaba la forma de trascenderlo. Para ello, necesitaba abrir una brecha en el tiempo único, introduciendo en la psique formas simbólicas que, por su naturaleza medial, le ayudaran a superar la individualidad. Así, desarrolló la técnica de la *imaginación activa* como un medio para promover la *función trascendente*. La *función trascendente*, por lo tanto, es una función abstracta, profundamente conectada con el cuerpo.

La función trascendente, mediante la imaginación activa, posibilita el acceso a la zona imaginal o zona intermedia, donde el impulso creativo puede encontrar su forma. Es decir, las dos fuerzas necesarias para dar lugar a la *conjunctio* durante el proceso creativo logran la unión entre las formas figuradas o retóricas de la imagen y las formas desfiguradas o potencia imaginante, haciendo emerger una visión durante el acto simbólico.

De este modo, las imágenes surgen desde las profundidades del inconsciente colectivo, atravesando el inconsciente personal, para integrarse en la consciencia gracias al poder de la imaginación desplegada de forma creativa. A pesar de tratarse de un acto no racional, al analizar un conjunto de obras es posible observar estructuras claras que expresan un orden y una coherencia que desafían la noción de ser meras fantasías. Al respecto nos dice Jung:

“La energía mental (...) toma forma de idea o imagen. Cuando percibes energía psíquica, percibes una imagen; por lo tanto, toda imagen posee energía. La energía reprimida llega en forma de fantasía y mediante la realización de tal fantasía se libera la energía. El primitivo concibe tal energía como “alma”. (...) Las imágenes son energía o libido. Esta es la razón por la

que el mago hace imágenes, porque tales cosas son energía – energía mágica. En la medida en que tales figuras te causan una impresión, se libera energía. Un objeto que puede hacer esto es, de hecho, mágico. Por ejemplo, la Mona Lisa atrae a la gente, es energía. Un cuadro así es mana, fetiche, etc. El valor mágico del objeto existe en ciertas imágenes. El valor mágico del objeto consiste en la proyección del ánima o del ánimus.”

Para Jung, el *espíritu del tiempo* se centraba en la mirada y, por ende, en la observación y el análisis de los síntomas visibles, evaluando la realidad de las experiencias únicamente desde lo observable. En contraste, el *espíritu de la profundidad* abría un camino hacia el pensamiento imaginal, o lo que es lo mismo, hacia la vivencia simbólica. La forma simbólica no hace visible lo invisible, sino que lo hace comprensible simbólicamente, a partir de un conocimiento intuitivo. Por este motivo, la ceguera y la penumbra se convierten en fundamentos epistemológicos esenciales. La activación del pensamiento imaginal permite experimentar el símbolo a través de la interacción con la imagen.

Para contener este tipo de experiencias, era necesario practicar la desidentificación. Jung empleaba un método ya utilizado por los místicos, que consistía en suspender el juicio ante lo percibido mediante una actitud de *silencio mental*. Este silencio no era un vacío pasivo, sino activo: un vaciamiento temporal del conocimiento adquirido mediante evidencias, que creaba un espacio para contener el símbolo. En este estado, el silencio activaba la imaginación, y el conocimiento llegaba como una revelación.

Jung consideraba que, mediante la desidentificación, era posible contener la intensidad de estas experiencias. Este estado mental servía como una "sala de espera" hacia otros estadios

mentales igualmente importantes. El espacio creado por el silencio mental se convertía en una zona intermedia donde la imagen figurada se encaminaba hacia su desfiguración.

Cuando se activa la función de la imaginación, se es capaz de tomar consciencia de la dimensión emocional y de los conflictos internos contenidos en las figuras de las imágenes: bien-mal, verdad-mentira, arriba-abajo, dentro-fuera. Posteriormente, gracias a la desidentificación, es posible trascender estos conflictos. Este estado de *sin-consciencia de sí* es clave para la activación del acto simbólico. El vacío creado abre una brecha en la consciencia individual, posibilitando el acceso al espacio imaginal y restaurando la intimidad.

El *Libro Rojo* es una invitación a abrir el tiempo cronológico y sumergirnos en el tiempo imaginal. Promueve el uso de la imaginación para expandir los límites de la consciencia mediante la exploración de las imágenes internas. Jung había comprendido desde pequeño que su Yo estaba escindido de sí mismo; es decir, existía un abismo entre su personalidad 1 y 2, entre el exterior y el interior. En su edad adulta, esta escisión se había intensificado debido a que había perdido su capacidad para lo imaginal, es decir, para mediar entre lo real y lo imaginario. Su crisis se agudizaba por su incapacidad para comprender las formas que se presentaban en sus visiones.

Para recuperar la salud, Jung necesitaba recuperar su capacidad simbólica, ya que solo a través de metáforas podría sostener la paradoja que le presentaban sus visiones. Para encontrar el camino de reunión de opuestos y trascender el pensamiento escindido, era necesaria una actitud simbólica. Así comenzó *El Libro Rojo*, un viaje iniciático en el cual tuvo que realizar distintas tareas para sustituir la lógica del pensamiento lineal.

El primer paso fue descender simbólicamente al inframundo, enfrentar la noche oscura del alma, atravesar el desierto y regresar al cielo pasando por el centro. La finalidad era integrar simultáneamente los tiempos, uniendo el tiempo único y la lógica lineal con el tiempo múltiple y la lógica cíclica del pensamiento mediador. Este proceso se expresaba gráficamente a través de imágenes que Jung encontraba profundamente significativas, casi como revelaciones proféticas, transmitiendo una clase de sabiduría proveniente de su mente más profunda.

Así inició un largo proceso para unir la tierra con el cielo y trascender el pensamiento fragmentado. En el *Liber Primus*, se relata el camino que conduce del inframundo a este mundo intermedio, logrando abrir una brecha con el tiempo cronológico mediante una serie de etapas y pruebas análogas al mito del viaje del héroe. De esta forma, el espíritu de la profundidad guía al Yo hacia el desierto para el sacrificio, donde el héroe debe morir para renacer.

En esta obra se recopilan los experimentos visuales que Jung realizaba para intentar comprender las imágenes provenientes del inconsciente colectivo. En todo momento, estas visiones fueron impulsadas por una fuerte pulsión creativa que requería de una actitud simbólica para proteger al artista frente al objeto, la visión y la experiencia extrasensorial. Jung comprendió que, si uno se sumerge completamente en estas imágenes, puede quedar atrapado y destruido por su propia creación onírica. Por ello, el artista debe adoptar una actitud estética, vencer el temor y convertirse en un receptor consciente de su propio inconsciente. Este viaje de autoconocimiento incluye una "regresión" que no implica un retroceso, sino una adaptación a la vida interior, fundamental para lograr el equilibrio con la realidad exterior.

Jung, a través de sus experiencias artísticas con pacientes, observó la abundancia de símbolos que emergían en sus procesos creativos. En una carta a J. A. Gilbert en 1929, relató cómo

permitía a sus pacientes encontrar sus propias representaciones simbólicas y metodologías, asombrado por la riqueza de intuiciones y fantasías que surgían del inconsciente y para las cuales no existía un lenguaje adecuado. Jung empleaba el "método expresivo", facilitando que los pacientes comprendieran sus contenidos inconscientes mediante la escritura, el dibujo o la pintura. Aquí tienes el texto corregido y con una redacción más clara y estructurada. En 1961, Aniela Jaffé mostró el *Liber Novus* a Richard Hull, traductor de las obras de Jung. Posteriormente, Hull escribió sus impresiones a McGuire:

"Ella [Aniela Jaffé] nos mostró El libro rojo famoso, lleno de dibujos verdaderamente extraños, casi alocados, con comentarios escritos a mano con un estilo monacal; ¡no me sorprende que Jung lo mantuviera bajo llave! Cuando él entró y lo vio sobre la mesa — afortunadamente cerrado —, exclamó con firmeza: 'Das soll nicht hier sein. Nehmen Sie 's weg!' [Esto no debería estar aquí. ¡Llévatelo!], a pesar de que ella me había asegurado por escrito que él había dado su permiso para que yo lo viera.

Reconocí varios de los mándalas que están incluidos en Sobre el simbolismo del mándala. Sería una maravillosa edición facsimilar, pero no sentí que fuese correcto sacar el tema, o sugerir la inclusión de los dibujos en la autobiografía (lo que la señora Jaffé me insta a hacer). Realmente debería formar parte, algún día, de su obra: así como la autobiografía es un suplemento esencial a sus otros escritos, del mismo modo El libro rojo lo es a la autobiografía.

El libro rojo dejó una profunda impresión en mí; no puede haber dudas de que Jung ha atravesado todo lo que atraviesa una persona demente, y más. Hablando del autoanálisis de Freud: ¡Jung es, él mismo, un manicomio andante! La única diferencia entre él y un interno común es su

asombrosa capacidad para salirse de la aterradora realidad de sus visiones, para observar y comprender qué está sucediendo y para elaborar a partir de su experiencia un sistema terapéutico que funcione. Si no fuese por este único logro, estaría más loco que un sombrerero.”

A través de su “método expresivo”, Jung ayudaba a los pacientes a traer a la luz de la consciencia sus fantasías inconscientes mediante representaciones artísticas. Los alentaba a visualizar sus fantasías y plasmarlas en obras artísticas, como hizo con Christiana Morgan, a quien recomendó registrar sus visiones en un libro especial para mantener el control sobre ellas.

Jung utilizó una selección de 44 visiones de Christiana Morgan para ilustrar su teoría y demostrar su método interpretativo de amplificación a un grupo selecto. En particular, empleó estas visiones para enseñar la manifestación creativa del inconsciente y para mostrar cómo el análisis puede aprovechar el poder curativo del contenido simbólico arquetípico. Durante sus seminarios, Jung subrayó que estas visiones simbolizaban el retorno a la conciencia de lo que denominó el principio yin: la feminidad, lo erótico oscuro y terrenal, y la reverencia por la tierra y el cuerpo.

La *Opus Magnum*, o gran obra alquímica, puede interpretarse como una *obra maestra* artística modelada en torno al proceso alquímico del mismo nombre. Para los alquimistas, el arte era una vía para acceder a la esencia espiritual que se oculta en la materia. La revista académica *Cauda Pavonis*, publicada por diversas universidades desde 1980, exploró estas conexiones entre el arte, la literatura y la alquimia.

Diversos artistas como Vasili Kandinski, David Teniers, Hilma af Klint, Agnes Lawrence Pelton, Leonora Carrington y Remedios Varo plasmaron en sus obras una concepción espiritual

que se adhiere con notable precisión a los preceptos alquímicos explorados por Jung. En los universos simbólicos de estos artistas no hay lugar para la lógica lineal, ya que sus pinturas construyen un simbolismo propio, casi mágico, que trasciende las dicotomías entre lo animado y lo inanimado, lo divino y lo humano, la ciencia y la fantasía, la inteligencia y lo animal. Rafael Alberti lo expresó bellamente en su soneto *Al Lienzo*: "Ya no eres lino, plano humilde, tela / Ya eres barco celeste, brisa, vela."

El *Liber Novus* no solo complementa la autobiografía de Jung, sino que es esencial para comprender la profundidad de sus experiencias y su desarrollo intelectual y psicológico. Jung percibía una conexión intrínseca entre psicología, arte y mito, considerando que ambos reflejan los contenidos del inconsciente. Para él, la imaginación era un medio fundamental de vida, conocimiento y afecto, orientado a la restauración de los vínculos con una naturaleza universal. El arte, en este contexto, se presentaba como una extensión de la fuerza vital.

En su búsqueda, Jung mostró un interés amplio y profundo por disciplinas como la magia, la alquimia, el tarot, la mitología, la historia, la arqueología, la astrología, el arte y la biología. Gracias a estos conocimientos diversos, pudo desarrollar un método que buscaba ofrecer una comprensión más amplia de la relación entre cerebro, mente y conducta, no solo a nivel individual, sino también en su interacción con el mundo y la realidad colectiva.

Jung animaba a todos sus pacientes a crear su propio *Libro Rojo* como un método terapéutico para trabajar con el alma. Este enfoque permitía a los individuos explorar sus mundos internos y dar forma a las imágenes emergentes del inconsciente. De esta manera, el arte auténtico resiste la objetivación y la mercantilización, transformándose en una vía de acceso a lo real. Más

allá de las fantasías y construcciones simbólicas, la obra alquímica subraya la necesidad de encontrar en el poder mental un camino para transformar la realidad material.

En el proceso creativo, los arquetipos emergen y revelan sus movimientos psicoanímicos a través de las fantasías más íntimas. Estos símbolos, profundamente arraigados en las tradiciones sagradas de la humanidad, atraviesan las barreras del tiempo y el espacio, tejiendo un hilo continuo en la experiencia humana. Al unir la fantasía y la realidad en una dirección común, estos símbolos impulsan el desarrollo de la consciencia, actuando como una fuerza motriz para la transición y evolución de la civilización. Por esta razón, Jung mostró un profundo interés en el tarot como herramienta terapéutica, reconociendo su gran utilidad para explorar los principios alquímicos que subyacen en el proceso de la *Gran Obra*.

Para Jung, el tarot no solo ofrecía un lenguaje simbólico rico en arquetipos, sino también una vía para conectar con los procesos de transformación interna inherentes al desarrollo psicológico. En su obra sobre Arquetipos e inconsciente colectivo Jung expresó: *“Si uno quiere formar una imagen del proceso simbólico, la serie de fotografías que se encuentran en la alquimia son buenos ejemplos. También parece como si el conjunto de imágenes en las cartas del Tarot fueran lejanamente descendientes de los arquetipos de la transformación, a fin de que se ha confirmado para mí en una conferencia muy instructiva por el profesor [Rudolph] Bernoulli. El proceso simbólico es una experiencia en las imágenes y de las imágenes. Su desarrollo por lo general muestra una estructura enantiodroma como el texto del I Ching, y por lo tanto presenta un ritmo de negativo y positivo, la pérdida y la ganancia, oscuridad y luz.”*

En *“Jung: A Biography”*, Deirdre Bair relata que, en 1950, Jung asignó a los cuatro miembros de su Club de Psicología la tarea de explorar diferentes «métodos intuitivos sincrónicos».

A Hanni Binder se le encomendó investigar el tarot y aprender a leer las cartas. Determinaron que el antiguo tarot de Marsella contenía elementos alquímicos, metafóricos, mitológicos y simbólicos, lo que lo convertía en una herramienta de gran utilidad para el método analítico jungiano. El trabajo de Hanni Binder quedó documentado en un informe que actualmente se conserva en el Instituto Jung de Nueva York. El 1 de marzo de 1933, Carl Gustav Jung se refirió al tarot durante un seminario sobre la imaginación activa, lo que sugiere que estaba bastante familiarizado con estas imágenes expresando lo siguiente respecto a las cartas:

“Son imágenes psicológicas los símbolos con los que se juega, como parecen ser del inconsciente y juegan con su contenido. Ellos se combinan de cierta manera, y las diferentes combinaciones se corresponden con el desarrollo lúdico de eventos en la historia de la humanidad (...). Esas son las ideas de carácter de arquetipo y diferenciado que se mezclan con los constituyentes normales del flujo del inconsciente, por lo que es aplicable a un método intuitivo que tiene el propósito de entender el flujo de la vida, posiblemente, incluso la predicción de eventos futuros, o en todo caso, se presta a la lectura de las condiciones del momento presente (...). El hombre siempre sintió la necesidad de encontrar un acceso a través del inconsciente al significado de una situación real, porque hay una especie de correspondencia o una semejanza entre la condición predominante y la condición del inconsciente colectivo.”

A través de sus estudios sobre el tarot, Jung identificó la huella de cinco arquetipos principales, que se despliegan como un mapa de la psique. Este mapa permite navegar por el mar del inconsciente, utilizando el tarot como una barca para emprender un viaje hacia el descubrimiento del alma.

Para Jung, era evidente que el ser humano es un compuesto de opuestos, tanto físicos como psíquicos, con elementos masculinos y femeninos integrados en su genética y psique. En el hombre, el *Ánima* reside inicialmente en el inconsciente personal, entrelazada con la *Sombra*. Una vez integrada, el *Ánima* se convierte en un puente que conecta al individuo con el inconsciente colectivo, actuando como mediador entre el mundo real de la máscara-ego y el reino psicoide de los arquetipos.

El viaje del héroe se expresa de manera gráfica en el tarot como un mapa de la psique humana, un recorrido arquetípico que trasciende culturas y épocas, expresando la evolución histórica del individuo en busca de la totalidad. El Loco, en el tarot, encarna al héroe y simboliza la inocencia y la fe necesarias para emprender la travesía. Cada carta de los arcanos mayores representa una etapa de este viaje, reflejando las experiencias y aprendizajes que marcan el camino hacia la autorrealización. Jung interpretó que este viaje simboliza la evolución de los arquetipos en la psique humana, desde el inicio representado por el Loco hasta la culminación en el Mundo, donde se alcanza la plenitud y la conciencia plena del ser.

La travesía del héroe, dividida en tres etapas, comienza con la ruta de los grandes arquetipos que establece las bases de la identidad y el aprendizaje. La segunda etapa se centra en las tareas de desarrollo personal, enfrentando desafíos internos que promueven el crecimiento y la integración de la sombra, un concepto junguiano que implica confrontar aspectos ocultos y reprimidos de uno mismo. La última etapa, la ruta de la autorrealización, culmina en la iluminación, donde el héroe enfrenta sus miedos y se reconcilia con su sombra, alcanzando así una madurez espiritual.

Este viaje cíclico, comparable al movimiento del Sol y la Luna a través del cielo, subraya la conexión entre el macrocosmos y el microcosmos. Según Jung, el proceso de individuación—

la integración de la totalidad de la psique—conduce al reencuentro con uno mismo, uniendo opuestos y restaurando la unidad. Así, el héroe que ha transitado por la oscuridad y la luz, al final del camino simbolizado por el Arcano XXI, el Mundo, logra una comprensión profunda de la vida, integrando la dualidad en una totalidad transformada y consciente.

La riqueza simbólica de la alquimia y su conexión con el tarot permiten un análisis profundo de la psique y del proceso de transformación personal. Este vínculo entre ambas tradiciones no solo se evidencia en sus iconografías compartidas, sino también en su esencia filosófica, al definir las situaciones arquetípicas que ha experimentado la humanidad a lo largo de su historia. Jung mencionó:

“Tal como yo lo veo, el mundo en tres dimensiones, el tiempo y el espacio, funciona como un sistema de coordenadas. Lo que aquí se separa en coordenadas y abscisas puede aparecer “allí”, en el espacio atemporal, como una imagen primordial que abarca múltiples aspectos; tal vez como una nube difusa de cognición que rodea un arquetipo. Sin embargo, un sistema de coordenadas es necesario para que cualquier distinción entre contenidos discretos sea posible. Cualquier operación nos resulta impensable en un estado de omnisciencia difusa o, en su caso, en una conciencia sin sujeto, sin demarcaciones espacio-temporales. La cognición, al igual que la generación, presupone una oposición: un aquí y un allá, un arriba y un abajo, un antes y un después”.

El Mago en el tarot, representado como un alquimista o aprendiz, ilustra el inicio del proceso: la conciencia incipiente y el caos del laboratorio, donde la práctica y la ingenuidad coexisten. El desorden refleja la falta de comprensión del significado trascendental de la alquimia, orientada inicialmente a la ganancia material más que a la transformación espiritual. Por el

contrario, el Ermitaño, con su luz y su bastón, encarna la búsqueda más consciente y sabia, alineada con la naturaleza y sus misterios, simbolizando un enfoque más profundo del proceso alquímico.

La dualidad entre lo masculino (azufre) y lo femenino (mercurio), como los principios opuestos representados por el Emperador y la Emperatriz, es central para el proceso alquímico, indicando el equilibrio y la unión necesaria de energías opuestas para alcanzar la transformación. Esta unión es el preludio del nacimiento del andrógino, que aparece en la carta del Juicio, culminando en la carta del Mundo, que simboliza la totalidad. La Fuerza y la materia prima purificada, con la imagen de la mujer y el león, evocan la integración y control de la naturaleza instintiva, protegida por Apolo, símbolo solar de iluminación.

La Muerte representa la fase de Nigredo, la desintegración del Ego, el proceso de disolución que prepara la psique para la renovación. La Torre como el atanor es el símbolo del caos, la destrucción necesaria antes de la purificación, que conduce a la preparación de la materia en la Estrella, donde el “rocío celeste” nutre y purifica.

La culminación del camino alquímico, el encuentro con el Ánima o el Ánimus y la integración de la sombra, refleja la reconciliación de los opuestos, simbolizada por la coniunctio. Esta integración, descrita por Jung como un retorno al Unus Mundus, alude al misterio de la totalidad en la Rubedo, la fase dorada y última del proceso. Es un estado de realización en el que el Ego consciente se une al Self, encarnando el arquetipo del Si-mismo relacionado con la figura del héroe solar o consciencia crística.

Los arcanos del tarot muestran este proceso de manera estética: Cristo como héroe solar es la luz, la chispa divina que surge cuando los principios opuestos, el masculino (Emperador) y

el femenino (Emperatriz), se armonizan en amor. Ella representa la fuerza celestial interna y espiritual; él, la fuerza terrenal externa y material. Detrás de estas energías se hallan nuestras sombras.

El Loco encarna la fuerza inspiradora y emocional, mientras que la Muerte simboliza la fuerza bruta y necesaria para enfrentar los desafíos de la existencia. En lo alto, en la "cueva de la consciencia", una luz brilla en medio de la oscuridad, como una estrella que emerge en la tierra para irradiar verdad y amor, alcanzable solo por aquellos que han despertado la dimensión crística en su corazón.

En esencia, la alquimia, como camino de autoconocimiento, es un proceso de purificación y sublimación del ser humano, de su cuaternario inferior hacia una trinidad superior, reconectando al individuo con su propósito espiritual y su lugar en el cosmos. El joven alquimista, figurado como un "soplador" o "artesano", comienza su camino hacia el conocimiento de sí mismo. A través de su realidad imaginal, toma conciencia de su poder creador y su capacidad para moldear su destino. De esta manera, su influencia en el mundo real se vuelve relevante para el devenir colectivo de su época, transformándose de este modo en el héroe del tiempo.



4. Conclusiones:

Desde el inicio de los grandes eventos cósmicos que dieron forma al universo, hasta los destellos creativos que conformaron los cimientos de la conciencia, el ser humano ha sido parte de un viaje de la materia a la mente: un legado cósmico que ha permitido al ser pensante reflexionar sobre su existencia, comprendiendo de qué manera el espacio y el tiempo dieron forma a una realidad interna que llamamos mente, un espacio inmaterial y profundo aún inexplorado en su totalidad. Desde las primeras observaciones de la bóveda celeste, nuestros ancestros encontraron en los astros fuentes de inspiración para representar las fuerzas cósmicas en mitologías, conformando culturas matriarcales y patriarcales. La luz de la era lunar y la sombra de la era solar

crearon una fenomenología que parece ser relevante para explicar las condiciones sociales que vive actualmente la humanidad.

Ahora más que nunca, la necesidad de incentivar lo femenino a través de un correlato de igualdad entre el viaje del héroe y de la heroína parece ser un camino que debemos recorrer para confrontar las sombras de nuestra irracionalidad. Juntos podemos escribir un nuevo capítulo en la historia de la humanidad, iluminando la oscuridad y encontrando en las memorias enterradas de nuestro pasado la sabiduría para guiar nuestros pasos con prudencia y superar la tendencia autodestructiva de nuestra especie.

El arte y la espiritualidad jugarán un papel relevante para recordarnos nuestro deber como humanidad, alzando sin temor la mirada al horizonte y trazando nuevos sueños hacia un futuro distinto, donde podremos finalmente dejar atrás el sufrimiento y la injusticia para abrazar un nuevo amanecer, lejos de las fuerzas destructivas que nos atan a los mismos errores del pasado. Al escuchar el llamado heroico, como hermanos podremos elevar un reino hacia el cielo para cohabitar juntos un mismo sueño por toda la eternidad.

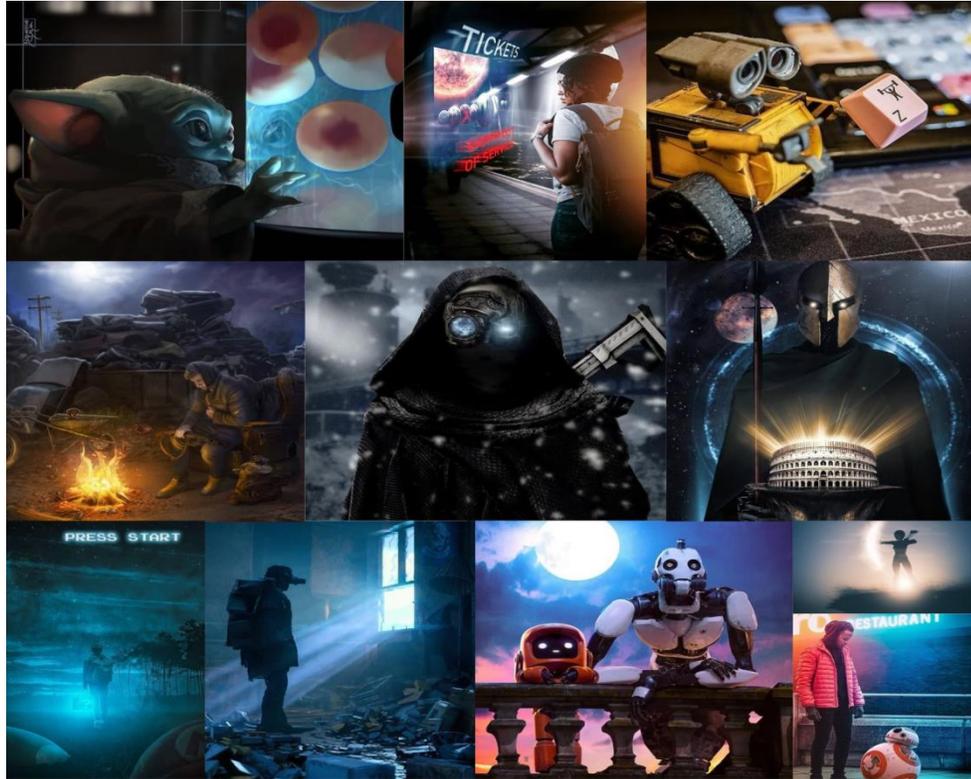
Los héroes emergerán una y otra vez, herederos de una voluntad ancestral que trasciende el tiempo. Alzarán sus estandartes en las noches más oscuras, cuando la humanidad tambalee al borde de la extinción, oscilando entre la desesperanza y la redención. En sus gestas no sólo encontramos relatos de coraje y sacrificio, sino también un reflejo de la eterna búsqueda del *Self*: la individuación como destino último del alma y propósito cósmico. Cada hazaña, cada tribulación, se erige como un eslabón en la cadena infinita de la realización, una historia cósmica donde el héroe se convierte en el espejo del universo mismo.

Si la energía sólo se transforma y el tiempo es una construcción de la mente, ¿no sería lógico pensar que la vida, en su esencia, jamás se extingue? Como un río que fluye perpetuamente, su continuidad depende de la colectividad, de la resonancia entre las almas. Tal vez el alma misma sea un viaje compartido, una travesía forjada en la imaginación de aquel primer homínido que, al alzar la mirada al cielo, vislumbró con asombro algo más allá de lo tangible. Desde entonces, personas comunes, artistas, poetas, héroes, villanos, cada ancestro que nos permitió estar aquí y cada descendiente que está por nacer, forman parte de una historia que se extiende más allá de los confines de lo material.

Pasado, presente y futuro podrían no ser más que ilusiones: proyecciones creadas por nuestra mente para darnos un punto de referencia en este vasto océano de existencia. Pero, ¿es la realidad algo más que unos y ceros? ¿O acaso es un enigma que siempre se situará más allá del umbral de nuestra comprensión racional? Aquí surge la fe, más allá de los dogmas, como una brújula que nos permite avanzar aun cuando no entendemos completamente el camino. Es la fe la que nos da valor para enfrentar lo incierto y nos conecta con el misterio infinito de la existencia. En esta fe —no limitada únicamente a lo divino, sino también al propósito intrínseco de nuestra humanidad— encontramos la fuerza para seguir adelante.

Al final, los héroes no sólo iluminan el camino; nos recuerdan que la eternidad no es un destino fijo, sino una meta colectiva donde cada uno tiene un lugar privilegiado, una propia nota en la gran sinfonía de la existencia. Esta herencia cósmica es accesible a todos por igual, pero requiere un ingrediente indispensable: desarrollar consciencia a través de nuestra propia travesía heroica. Es la fe, la chispa primordial, la que nos invita a creer que, aunque no comprendamos el todo, cada paso, acto y pensamiento forman parte de una obra sublime. En última instancia, el

sentido de la vida no se encuentra en la certeza, sino en el acto de confiar, crear y participar en este vasto tejido cósmico.



Referencias:

Bacque, J. (1997). Crimes and Mercies: The Fate of German Civilians under Allied Occupation 1944-1950. Londres.

Berman, M. (1992). Cuerpo y espíritu. Edit. Cuatro Vientos, Santiago.

Bishop, P. (Ed.). (1999). Jung in Contexts. Londres. Disponible en: <https://www.scribd.com/doc/6919618/JUNG-IN-CONTEXT1>

Bly, R. (1990). Iron John: A Book About Men. Nueva York: Vintage Books, 1992.

Boof, L. (1979). El rostro materno de Dios: ensayo interdisciplinar sobre lo femenino y sus figuras religiosas (6ª ed.). Ediciones Paulinas.

Branston, B. (1960). Mitología Germánica. Edit. Vergara, Barcelona, España.

Campbell, J. (1959). El héroe de las mil caras. México: Fondo de Cultura Económica.

Campbell, J. (1991). Mitología oriental. Edit. Alianza, Madrid.

Cañas, R. (2006). El origen de la filosofía en Grecia: la unidad del hombre con el cosmos. Revista Espiga, 7(13), 1-22.

Carabatea, M. (2007). Greek Mythology. Pergamos, Peania.

Carpenter, T. H. (1991). Art and Myth in Ancient Greece. Thames & Hudson.

Carter, C. E. O. (1987). Introducción a la astrología política. Fer de Lance, Bs. As.

Chevalier, J. (1988). Diccionario de los símbolos. Edit. Herder, Barcelona, España.

Dick, S. J., & Lupisella, M. (Eds.). (2009). Cosmos & Culture: Cultural Evolution in a Cosmic Context. National Aeronautics and Space Administration, Office of External Relations, History Division.

Domínguez García, P. (2017). El origen del simbolismo. El Homo neanderthalensis como ejemplo (Bachelor's thesis).

Durant, G. (1964). La imaginación simbólica. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Edwards, B. (2000). Aprender a dibujar con el lado derecho del cerebro: un curso que potencia la creatividad y la confianza creativa. Urano.

Eliade, M. (1978). Historia de las creencias y de las ideas religiosas (Tomo Iº). Edit. Cristiandad, España.

Eliade, M. (1984). El mito del eterno retorno. Planeta Agostini, Barcelona.

Elwell, D. (1930). Plutón, una función de vida. En Revista de Astrología N° (c).

Freud, S. (1910). Five Lectures on Psychoanalysis. Conferencias dictadas en la Universidad de Clark en 1909.

Frenzel, Y. (1985). Nietzsche. Biblioteca Salvat, Barcelona.

Frazer, J. (1986). La rama dorada. F.C.E., México.

Gardner, H. (2003). La inteligencia reformulada: Las inteligencias múltiples en el siglo XXI. Paidós, Barcelona.

Giegerich, W. (2005). Dialectics & Analytical Psychology.

Green, J. (1986). Plutón como causa evolutiva de la encarnación. En Astrología, C.A.B.A., Bs. As.

Greene, L. (1986). El pensamiento del corazón. Atalanta.

Gutiérrez González, M. E. (2004). La personificación del tiempo entre los mayas. Estudios de cultura maya, 25, 17-32.

Healy, J. (1990). *Endangered Minds*. Touchstone, Nueva York.

Hesiod. (2007). *Hesiod*. Loeb Classical Library.

Hillman, J. (1971). *The Inferior Function*. En M.-L. von Franz & J. Hillman, *Jung's Typology*. Spring Publications.

Hillman, J. (1979). *Puer Papers*.

Hillman, J. (2017). *El pensamiento del corazón* (Tr. Fernando Borrajo). Atalanta.

Hornblower, S. (2012). *The Oxford Classical Dictionary*. Oxford University Press.

Hope Moncrieff, A. R. (1994). *Classical Mythology*. Senate, London.

Jacobi, J. (1976). *La psicología de C.G. Jung*. Edit. Espasa-Calpe, Madrid.

Jung, C. G. (1953). *Psychological Aspects of the Self*. En *Collected Works of C.G. Jung* (Vol. 9). Princeton University Press.

Jung, C. G. (1960). *Tipos psicológicos*. Edit. Sudamericana, Bs. As.

Jung, C. G. (1968). *Consideraciones de la historia actual*. Edit. Guardarrama, Madrid.

Jung, C. G. (1968). *Man and His Symbols*. Dell.

Jung, C. G. (1972). *The Relations between the Ego and the Unconscious*. En *Two Essays on Analytical Psychology*. Bollingen Series, Princeton University Press.

Murdock, M. (1993). *Ser mujer: un viaje heroico*. Gaia.

Murdock, M. (1996). *La hija del héroe: una exploración del lado oscuro del amor paterno basada en la mitología, la historia y la psicología jungiana*. Gaia Ediciones.

Neumann, E. (1954). *The Origins and History of Consciousness*. Princeton University Press.

Penrose, R. (2016). *El camino a la realidad: una guía completa de las leyes del universo*. Debate.

Reich, W., & Bein, R. (1972). *Psicología de masas del fascismo*. Editora Latina.

Rowan-Robinson, M. (2001). *Los nueve números del cosmos*. Editorial Complutense.

Shlain, L. (2000). *El alfabeto contra la diosa: el conflicto entre la palabra y la imagen, el poder masculino y el poder femenino*. Debate.

Steiner, R. (1996). *The Foundations of Human Experience*. Anthroposophic Press.

Stevens, A. (1990). *On Jung*. Penguin Books.

Vásquez, A. (1981). *Psicología de la personalidad en C. G. Jung*. Ediciones Sígueme.

Wilber, K. (2000). *Integral Psychology: Consciousness, Spirit, Psychology, Therapy*. Shambhala Publications.